

**Socialismo es hoy
igual a esperanza**
Reunión de los partidos
socialistas europeos
Achille Occhetto

**El diálogo social
y una frustración
argentina**
Adrián O. Goldin

**¿Derecho laboral
flexible para
frenar las
arbitrariedades?**
Omar R. Moreno

**Mujeres en el
escenario político**
Leonor Arfuch

El fracaso de los políticos

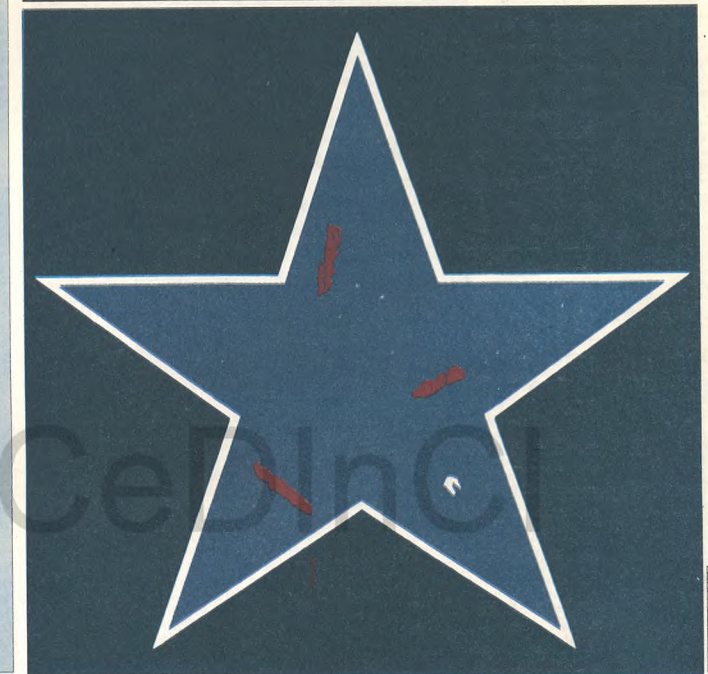
**Perú atraviesa
la peor hora de
su historia**
Luis Pásara

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Director Fundador: José Aricó (1931-1991) Directores: Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula

Nº 37, Buenos Aires, Primavera 1993 \$5



La izquierda frente a los desafíos de la modernidad

Alberto Martinelli y Michele Salvati

Es posible gobernar de otra manera

Julio Godio

Elecciones de octubre: F.Storani, Chacho Alvarez, H.Polino, Jesús Rodríguez

Suplemento 11



**¿Existe
una alternativa al
neoliberalismo?**
Seminario de la
Fundación Jean Jaurès

Juan Pablo Renzi

Al cumplirse un año de la muerte de nuestro entrañable amigo Juan Pablo Renzi se organizó una muestra en su memoria en la Fundación San Telmo. Como una forma de expresar nuestra adhesión al homenaje publicamos este texto, preparado para el catálogo de la muestra.

Lelia Driben

Partiendo en 1977, *Primera Comunión* (120 x 150 cm) acciona una guerra de desplazamientos que implícitamente comportan cierto cuestionamiento de límites, cruce de fronteras entre el interior y el entorno del cuadro, que hace de esta pintura una reinterpretación - con otros personajes y en otra época - de *Las meninas* de Velázquez tal como lo analiza Foucault.

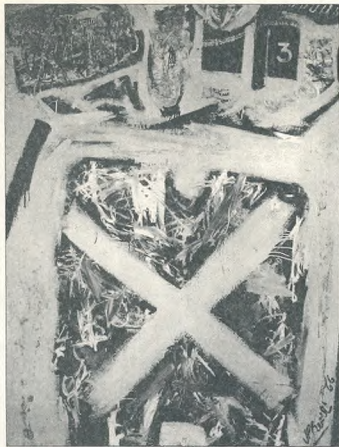
A partir de ese enfoque, el cuadro mencionado de Juan Pablo Renzi se ofrece como una suerte de representación simbólica, en el contexto de lo visual, de una cadena de operaciones que marcan toda la trayectoria de este artista y que va de la obra a los fenómenos estéticos, de una y otros al entorno social, o decididamente político; un intenso proceso, en suma, que abarca actos, reflexiones, lecturas, escritos y compromisos en la esfera de lo público y lo privado, en los que Renzi nunca dejó de exponer (es decir señalar, enunciar) y exponerse, de interrogar e interrogarse.

Peró la pintura comentada pertenece a un momento en la producción de su autor, a la década de los años setenta. No es casual que, después de haberse apartado de su obra entre 1968 y 1976, nada menos que en ese controvertido período de la historia de nuestro país - JPR vuelva a pintar escogiendo la tendencia predominante en el ámbito artístico local y extranjero, el realismo contemporáneo. Fue para él un barajar y dar de nuevo, un retorno nada inocente a las formas ilusorias en el interior del cuadro, un reordenamiento necesario, una especie de tregua después del abismo y del incendio, términos estos últimos no tan metafóricos si se recuerda qué pasó en esos años y en los precedentes, dentro y fuera de la práctica estética en la Argentina.

De 1965/66, otra fecha por demás conflictiva, es *El general* (Mambri) (200 x 150 cm). Elaborado en base a densas capas de pintura que en algunas áreas emerge profusamente gestualizada, coherente con una de las vertientes de la vanguardia de mediados de siglo, este cuadro instaura a la materia como presencia corpórea y como habla en sí misma. Pero su núcleo está en el cruz que abarca gran parte de la imagen y borra el despliegue cronológico de esa zona de pintura.

Con la indudable carga de ironía que el nombre Mambri conlleva, más el peso paradigmático de la ronda infamada por el título ("Mambri se fue a la guerra... ya yo volveré") y por aquellos años afloraba como subtexto emblemático ciertos acontecimientos recientes y de otros que anticipaban un futuro inmediato. Así mismo, en tanto dicho título está inevitablemente asociado al juego de los muros, admite ser leído como una alusión al componente lúdico de toda obra de arte. Esta tensión - tensión por cierto edificante - entre la posibilidad comunicativa de la tarea creadora y su aspecto gratuito, autogenerante, se expande en toda la producción de Renzi.

Los objetos e instalaciones que JPR realizó de 1966 a 1968 muestran como elementos básicos al agua y al aire. La experiencia parecía



menor atisbo dretórico, lo que en este cuadro, en esquema parcial y estrictamente artístico, aparece, son los términos de un debate y su síntesis que surten, constituyendo todo el proceso creativo de Renzi: la capacidad de derimir, desde las entrelinas del texto visual, en los que Renzi nunca dejó de exponer (es decir señalar, enunciar) y exponerse, de interrogar e interrogarse.

Peró la pintura comentada pertenece a un momento en la producción de su autor, a la década de los años setenta. No es casual que, después de haberse apartado de su obra entre 1968 y 1976, nada menos que en ese controvertido período de la historia de nuestro país - JPR vuelva a pintar escogiendo la tendencia predominante en el ámbito artístico local y extranjero, el realismo contemporáneo.

Fue para él un barajar y dar de nuevo, un retorno nada inocente a las formas ilusorias en el interior del cuadro, un reordenamiento necesario, una especie de tregua después del abismo y del incendio, términos estos últimos no tan metafóricos si se recuerda qué pasó en esos años y en los precedentes, dentro y fuera de la práctica estética en la Argentina.

De 1965/66, otra fecha por demás conflictiva, es *El general* (Mambri) (200 x 150 cm). Elaborado en base a densas capas de pintura que en algunas áreas emerge profusamente gestualizada, coherente con una de las vertientes de la vanguardia de mediados de siglo, este cuadro instaura a la materia como presencia corpórea y como habla en sí misma. Pero su núcleo está en el cruz que abarca gran parte de la imagen y borra el despliegue cronológico de esa zona de pintura.

Porque basta una señal de intolerancia, apenas un gesto de disgusto del caudillo, para que la militancia antidemocrática de los Britos Lima, Cesarsky o Batatas -de la que el justicialismo nunca quiso desprenderse- salga a la calle a buscar al enemigo. Viejos xenófobos, antisemitas y exasperados punteros que conciben a la

Porque basta una señal de intolerancia, apenas un gesto de disgusto del caudillo, para que la militancia antidemocrática de los Britos Lima, Cesarsky o Batatas -de la que el justicialismo nunca quiso desprenderse- salga a la calle a buscar al enemigo. Viejos xenófobos, antisemitas y exasperados punteros que conciben a la

Porque basta una señal de intolerancia, apenas un gesto de disgusto del caudillo, para que la militancia antidemocrática de los Britos Lima, Cesarsky o Batatas -de la que el justicialismo nunca quiso desprenderse- salga a la calle a buscar al enemigo. Viejos xenófobos, antisemitas y exasperados punteros que conciben a la

les, de una práctica que rearticula imágenes, formas, tratamientos matéricos y tendencias. Dicha reformulación se hará orgánica en los ochenta. Es entonces cuando JPR -en el curso de una serie que despliega formas y figuras sobre toda la superficie del cuadro- ejecuta *Der Blaue Reiter* (1984, 130 x 200 cm). Su pintura, en ese momento, es expansiva, con una revalorización de la naturaleza estrictamente procesada desde la organización específica de la imagen y un impulso constructivo, gracias al cual la mano que pinta dialoga con la pintura misma sin controversias desrealizantes. En tal contexto, *Der Blaue Reiter* funciona como la actividad del pintor comentador que pone en términos explícitos una vertiente colectiva: la vuelta al expresionismo de sus contemporáneos alemanes con su correlato en Italia, la transvanguardia. Sólo que, al tomar como título el de uno de los movimientos germánicos de principios de siglo parafraseando el procedimiento mismo de Franz Marc, JPR se acopla a la institucionalización de la obra que opera como uno de los engranajes de la posmodernidad. Y, simultáneamente, permanece fiel a sí mismo: no a la *bad-painting* ni al desarmamiento de la materia que propiciaron los alemanes de los años ochenta.

Después, en otros cuadros, *Mirando al cielo antes del desayuno* (200 x 200 cm), *Bodogón ecléctico* 1, 2 y 3 (200 x 200 cm), *Café* (200 x 200 cm), *Canto final de la brocha de oficiar*, todos de 1988, se aproximará a los neoexpresionistas en la constitución de la imagen pero conservará cierta pulsión constituyente de la pintura, solidario con su pertenencia a un medio, la Argentina, que debe mucho en ese sentido a la herencia italiana. Y si en este conjunto el tratamiento de los núcleos figurativos se deja atar por la virulencia desordenada, disociativa, de la estructura global, años más tarde, la muestra en galería Ruth Benzarca (1988) mostrará los inicios de una reobjetualización de las figuras -marillito, estrella, peine- que terminará de consumarse en la exposición del Museo de Arte Moderno. Son los últimos años de su producción, años en los que, otra vez, leal a sí mismo, Juan Pablo Renzi hace de su obra un signo de permatabilidad que en su diversidad convoca al pasado reciente y a la actualidad, de las formas del arte y de su propia trayectoria estética. Y, subsumidas en el entramado de la incisiva visualidad que devolvían sus cuadros, están los indicios de una vida, como artista y como hombre, que al modo de los buenos vanguardistas, no omitió el exilio. □

Después, en otros cuadros, *Mirando al cielo antes del desayuno* (200 x 200 cm), *Bodogón ecléctico* 1, 2 y 3 (200 x 200 cm), *Café* (200 x 200 cm), *Canto final de la brocha de oficiar*, todos de 1988, se aproximará a los neoexpresionistas en la constitución de la imagen pero conservará cierta pulsión constituyente de la pintura, solidario con su pertenencia a un medio, la Argentina, que debe mucho en ese sentido a la herencia italiana. Y si en este conjunto el tratamiento de los núcleos figurativos se deja atar por la virulencia desordenada, disociativa, de la estructura global, años más tarde, la muestra en galería Ruth Benzarca (1988) mostrará los inicios de una reobjetualización de las figuras -marillito, estrella, peine- que terminará de consumarse en la exposición del Museo de Arte Moderno. Son los últimos años de su producción, años en los que, otra vez, leal a sí mismo, Juan Pablo Renzi hace de su obra un signo de permatabilidad que en su diversidad convoca al pasado reciente y a la actualidad, de las formas del arte y de su propia trayectoria estética. Y, subsumidas en el entramado de la incisiva visualidad que devolvían sus cuadros, están los indicios de una vida, como artista y como hombre, que al modo de los buenos vanguardistas, no omitió el exilio. □

Después, en otros cuadros, *Mirando al cielo antes del desayuno* (200 x 200 cm), *Bodogón ecléctico* 1, 2 y 3 (200 x 200 cm), *Café* (200 x 200 cm), *Canto final de la brocha de oficiar*, todos de 1988, se aproximará a los neoexpresionistas en la constitución de la imagen pero conservará cierta pulsión constituyente de la pintura, solidario con su pertenencia a un medio, la Argentina, que debe mucho en ese sentido a la herencia italiana. Y si en este conjunto el tratamiento de los núcleos figurativos se deja atar por la virulencia desordenada, disociativa, de la estructura global, años más tarde, la muestra en galería Ruth Benzarca (1988) mostrará los inicios de una reobjetualización de las figuras -marillito, estrella, peine- que terminará de consumarse en la exposición del Museo de Arte Moderno. Son los últimos años de su producción, años en los que, otra vez, leal a sí mismo, Juan Pablo Renzi hace de su obra un signo de permatabilidad que en su diversidad convoca al pasado reciente y a la actualidad, de las formas del arte y de su propia trayectoria estética. Y, subsumidas en el entramado de la incisiva visualidad que devolvían sus cuadros, están los indicios de una vida, como artista y como hombre, que al modo de los buenos vanguardistas, no omitió el exilio. □

Después, en otros cuadros, *Mirando al cielo antes del desayuno* (200 x 200 cm), *Bodogón ecléctico* 1, 2 y 3 (200 x 200 cm), *Café* (200 x 200 cm), *Canto final de la brocha de oficiar*, todos de 1988, se aproximará a los neoexpresionistas en la constitución de la imagen pero conservará cierta pulsión constituyente de la pintura, solidario con su pertenencia a un medio, la Argentina, que debe mucho en ese sentido a la herencia italiana. Y si en este conjunto el tratamiento de los núcleos figurativos se deja atar por la virulencia desordenada, disociativa, de la estructura global, años más tarde, la muestra en galería Ruth Benzarca (1988) mostrará los inicios de una reobjetualización de las figuras -marillito, estrella, peine- que terminará de consumarse en la exposición del Museo de Arte Moderno. Son los últimos años de su producción, años en los que, otra vez, leal a sí mismo, Juan Pablo Renzi hace de su obra un signo de permatabilidad que en su diversidad convoca al pasado reciente y a la actualidad, de las formas del arte y de su propia trayectoria estética. Y, subsumidas en el entramado de la incisiva visualidad que devolvían sus cuadros, están los indicios de una vida, como artista y como hombre, que al modo de los buenos vanguardistas, no omitió el exilio. □

OPINION

La puerta entreabierta

"No se admitirá comentario, estríbillo, publicación o cualquier otro medio de difusión que afecte a cual quiera de nuestros dirigentes"

La orden reservada que aprobó el Consejo Superior Peronista en octubre de 1973 entreabrirá, apenas, la puerta que dejaría en libertad a todos los demonios. En los dos años y medio siguientes fueron clausuradas decenas de publicaciones, apaleados numerosos periodistas y dinamitados algunos diarios. Las clausuras fueron ordenadas por el Poder Ejecutivo y respondían a la tradicional coalición entre peronismo y periodismo inaugurada en 1946. Entre ese año y 1950 fueron cerrados *Nueva Provincia*, de Bahía Blanca; *El Intransigente*, de Salta; *La Vanguardia*, del Partido Socialista, más otros periódicos pertenecientes a partidos de oposición. *A la Prensa* le tocaría el turno más tarde, ya nombrado en 1949 el legendario Raúl Alejandro Apold.

Acaso es posible imaginar que Juan Domingo Perón, Isabel Perón o Carlos Menem puedan haber dado la orden de golpear a un periodista, poner bombas en los diarios o amenazar telefónicamente a un locutor?

No. Pero entreabrir la puerta. Resoluciones como la del Consejo Superior o frases como *delincuentes periodísticos*, pronunciada por nuestro actual presidente, incitan a que una buena porción del periodismo crea que ha llegado la hora de la violencia.

Porque basta una señal de intolerancia, apenas un gesto de disgusto del caudillo, para que la militancia antidemocrática de los Britos Lima, Cesarsky o Batatas -de la que el justicialismo nunca quiso desprenderse- salga a la calle a buscar al enemigo. Viejos xenófobos, antisemitas y exasperados punteros que conciben a la

política como un ejercicio de dominación mediante la fuerza afilán sus uñas. Primero golpean. Después apuran un arma en último momento?

¿Cuándo? ¿Acaso cuando crean que los antinacionales se oponen a la perpetuación del caudillo en el poder? ¿Acaso cuando crean que se ha vulnerado la doctrina nacional, la forma de organización social que naturalmente debe reinar en la Argentina?

Carlos Menem está mostrando su peor rostro. ¿El verdadero? Y azura, hace gestos, inicia, entreabre la puerta para que se asome -otra vez- el país de la ajuridicia, el país que vivió al margen de la ley. El viejo país que quisiera, incoherentemente, creímos haber dejado atrás.

Sergio Bufano

El incendio y sus vísperas

La recientemente recuperada democracia latinoamericana no parece estar pasando por un buen momento. Alejados de una perspectiva inmediata los peligros de un colapso económico, asoman hoy otros temores: los de la crisis social o política. Con diferentes grados de severidad, los riesgos de intervención militar en la vida política aparecen hoy en Venezuela, Brasil, Uruguay, Paraguay y Chile, mientras en Perú el presidente remata su experiencia de autogolpe con una amañada asamblea constituyente reunida con el objeto de autorizar su reelección. Fujimori ha conseguido ya lo que Menem ambiciona como su mayor fortuna.

Nuestro país integra esa lista de deterioro con una aceleración preocupante a medida que parecen complicarse los deseos reaccionarios. En el círculo central del poder existe la consigna de que la perpetuación en el poder deberá conseguirse apelando a cualquier método. Y

precisamente a ese espectáculo estamos asistiendo desde hace unos meses: el que muestra todas las formas de asalto que un pequeño grupo está dispuesto a utilizar para remover los obstáculos constitucionales a la reelección del Caudillo.

La urgencia de los tiempos indica que hacia fines de año ya debe estar en marcha el proceso de reforma. Primero se pensó que la contundencia de los resultados electorales de octubre sería un argumento suficiente para remover las oposiciones; luego se agregó la variante del plebiscito; por fin se lanzó el argumento absolutamente anticonstitucional de que bastaban los dos tercios de los presentes, por lo que con el apoyo mínimo de un tercio del total de los legisladores podía declararse la necesidad de la reforma. Todo esto en el marco de rumores no desmentidos sobre la posibilidad de compra de votos de representantes de la oposición o de los partidos provinciales.

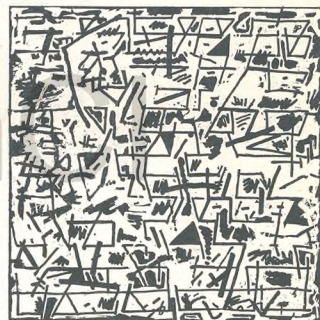
El argumento de los 2/3 de los presentes no resiste el más mínimo análisis ni de la letra ni de la lógica subyacente a la Constitución. Cuando, en su letra, ésta hace referencia a los 2/3 de los presentes lo dice con claridad (arts. 45 y 51, por ejemplo) y ese no es el caso del artículo 30 que señala que la necesidad de la reforma debe ser declarada por el Congreso (no por el voto de dos terceras partes, al menos, de sus miembros". Por otro lado, el espíritu de una constitución rígida como la argentina hace impensable que una reforma pueda realizarse sin una mayoría ca-

lificada que declare su conveniencia. La Constitución es un instrumento de consenso nacional y no puede ignorarse desde la prepotencia de una facción.

Peró es tal el monio de ansiedad que guía al menemismo que es posible imaginar, como lo señalara Beliz, que cualquier herramienta podrá ser utilizada. En ese sentido, la situación es grave: aunque el escenario afortunadamente haya cambiado, la sombra de los años 74 y 75 ha comenzado a descender sobre la sociedad argentina y muchos de los sobrevivientes de esa época nefasta del lopezreguismo aparecen otra vez en la plana de los diarios, junto con la reaparición de las amenazas y de los atentados contra las voces discordantes.

Ya no caben dudas que si se sigue adelante con esta voluntad reaccionaria habrá un incendio institucional: la fujimorización está al acecho. □

Juan Carlos Portantiero



Sumario

Lelia Driben: Juan Pablo Renzi	2	fragilidad de las políticas económicas	14
Opinión		Raúl Alfonsín: Acerca del rol del estado en la actualidad	16
Ricardo E. Lagos: Cultura, democracia y desarrollo	18		
Juan Carlos Portantiero: El incendio y sus vísperas	3	Omar R. Moreno: ¿Y si la solución fuera el derecho flexible?	19
Sergio Bufano: La puerta entreabierta	3	Enonces, ¿cuál?	
Política		Internacional	
Jesús Rodríguez: No alcanza con triunfar electoralmente	4	Carlos Páscar: Perú: el fracaso de los políticos	20
Federico Starnati: El futuro: un enorme desafío	4	Achille Occhetto: Las dificultades son formidables ocasiones	22
La Ciudad Futura: Carlos Nino	5	Libros	
Fabian Bosser: 93 sin 95, 95 sin 93	5	Alfredo Bianco: El silencio y la palabra (Franco Rella)	24
Héctor Polito: Unificación y vocación de poder	6	Martin Plot: Los "no lugares" (Marc Augé)	24
Carlos Chacho Alvarez: ¿Una nueva identidad política?	6	Ensayo	
Julio Gordo: Otro rumbo es posible	6	Alberto Martinelli y Michele Salvati: La izquierda desencantada	25
Labores		Contrapata	
Adrián O. Goldin: El diálogo social y la participación	9	Leonar Atruf: Mujeres en el escenario político	28
Suplemento		Instrucciones	
La Ciudad Futura: Ciclo de Seminarios organizados por la Fundación Jean Jaures	11	Trabajos y bocetos de Juan Pablo Renzi	
Jorge Castañeda: Estado y economía en América Latina	12		
Pierre Salama: Vuelta a los mercados internacionales y			

POLÍTICA

No alcanza con triunfar electoralmente

El candidato radical por la Capital Federal advierte sobre la necesidad de transformar el caudal electoral en un caudal político que exprese una clara voluntad de cambio.

Jesús Rodríguez

El desafío del radicalismo consiste en construir poder desde la oposición, expandiendo y reforzando sus nuevas funciones de agregación social.

El radicalismo tiene una larga trayectoria en defensa de las instituciones democráticas y un historial de lucha contra el autoritarismo; tiene un tipo de organización capilar de carácter nacional y un poder de convocatoria capaz de ponerle freno a la vocación hegemónica del gobierno. Ningún otro partido, ninguna otra fuerza, está en condiciones de hacerlo.

El menemismo, por su parte, para actuar sin tropiezos, prescribe continuar con la receta impuesta: necesita partidos políticos dóciles, debilitados, desorientados, no representativos y sin una identidad definida. Una sociedad anestesiada, con partidos groys. Esto es lo que todo proyecto económico temeroso del poder civil fuertemente organizado necesita para sentirse a salvo.

Lo que se juega esta año, bajo el rótulo de "modelo menemista", no sólo es una orientación económica definida y regresiva; se incluye también una concepción no menos evidente de lo que debe ser un

sistema de partidos "funcionando".

Por eso, el 3 de octubre nos pone a los radicales frente a un doble desafío: derrotar al modelo político del menemismo y mostrar un partido político fuerte, capaz de ser un adecuado intérprete de las demandas sociales y útil herramienta para la voluntad de cambio de los argentinos.

Esta vez se trata de transformar el carácter del resultado. Se trata de hacer que los términos cuantitativos de la victoria tengan una lectura cualitativa aplastante; es decir, transformar nuestro caudal electoral en un caudal político que exprese una clara voluntad de cambio.

Construir un triunfo político significa romper con las reglas vigentes que intentan definir a la política como un show televisivo, que tienen como único objeto elegir el candidato que construya una mejor imagen. Significa decidirse a forjar un polo de poder social que se sienta expresado en una propuesta clara de cambio. Si no lo hacemos así, si nos dejamos arrastrar a una campaña electoral de ideas y de propuestas confusas, donde lo que

vale son las imágenes que se "construyen" en la televisión, donde

la política se

Este año se juega también una concepción de lo que debe ser un sistema de partidos 'funcionando'. Un triunfo político no se puede construir sin la gente.

potencial político que significa miles de militantes y afiliados radicales.

Nos proponemos hacerlo con definiciones concretas, ya que las campañas genéricas parecen estar llegando a su fin.

Defender los intereses de los usuarios de las empresas de servicios privatizados incluyendo a representantes de los ciudadanos en sus organismos de control, im-

pulsar una ley antimonopolística que limite los efectos de la creciente concentración

de poder económico, promover la creación de un Consejo de la Magistratura para el proceso de designación de los jueces,

imponer que los funcionarios de gobierno rindan cuentas sobre el uso que se da a los fondos secretos y cuentas reservadas,

impulsar la sanción de leyes que estimulen el desarrollo científico y tecnológico, sancio-

nar una nueva ley universitaria, promover la orientación vocacional en los colegios secundarios, legalizar el aborto para el caso de la mujer violada y eliminar el delito de adulterio que a la actualidad persigue a la mujer, son algunas de las propuestas concretas sobre las que

proponemos edificar el triunfo político de octubre. □

sitaria, promover la orientación vocacional en los colegios secundarios, legalizar el aborto para el caso de la mujer violada y eliminar el delito de adulterio que a la actualidad persigue a la mujer, son algunas de las propuestas concretas sobre las que

proponemos edificar el triunfo político de octubre. □

proponemos edificar el triunfo político de octubre. □

El futuro: un enorme desafío

El primer candidato a diputado por la provincia de Buenos Aires habla de los desafíos de la UCR: las elecciones de octubre y las del 95, la búsqueda de un diálogo fluido con la sociedad y la constitución de un polo alternativo.

Federico Storani

La Unión Cívica Radical tiene frente a sí cuatro trascendentes desafíos. El primero es la elección de octubre. El segundo, los comicios presidenciales de 1995. El tercero, hacer fluídos canales de diálogo con la sociedad. El cuarto, constituir un polo alternativo de poder al proyecto conservador que hoy nos gobierna a los argentinos.

Esta podría ser una radiografía de lo que debe enfrentar el polo progresista en lo inmediato. Por supuesto que no será una empresa fácil pues son muy fuertes los intereses que se opondrán; tendremos que buscar, al mismo tiempo, comunes denominadores hacia adentro y hacia afuera del partido.

Hemos dicho muchas veces que existe en la Argentina un modelo global en ejecución, más allá de que se puedan discutir punto por punto las medidas que toma el Poder Ejecutivo, cosa a la que nunca nos hemos negado.

También dijimos en reiteradas oportunidades, y lo seguimos sosteniendo, que nos oponemos a este modelo aun cuando pueda resultar exitoso. Y esto merece una especificación: el objetivo real de este

modelo (su consecuencia última, si se consuma) significará que, de aquí a tres o cuatro años, hacer política resultará un ejercicio vacío. Porque aparte de la transferencia de ingresos, este proyecto implica una transferencia del poder real.

Si un país en vías de desarrollo deja de controlar su transporte, su energía, sus comunicaciones, su capacidad de decisión, ganar las elecciones allí será como hacerlo en el Panamá de Guillermo Endara.

Heredar una administración políticamente empujadora hará superfluo el papel de los partidos, que deben ser los canales de transmisión de las inquietudes del pueblo. Por otro lado, esta falta de incidencia en el esquema social, aumentará su descrédito ante la sociedad, algo que se busca con entusiasmo desde algunos sectores, el gobierno nacional incluido.

Hay que asumir el rol de lo político desde esta perspectiva.

Enfrentar este modelo, que ya empieza a colocar algunos cimientos para su realización definitiva, es defender la subsistencia de un modelo democrático en el sentido profundo que damos a esta palabra. El problema central de la democracia argentina sigue siendo la falta de un poder político lo suficientemente amplio, con un mínimo de coincidencias que lo haga poderoso y facilite su estabilidad.

Esa es la estabilidad que nos falta. Falta la salud y la educación públicas, una estrategia de crecimiento económico, la dignidad del salario de los que trabajan y de los jubilados. Falta perspectivas ciertas para

la juventud. Sin todo esto, que sólo puede lograrse con un poder político fuerte, no tendremos verdadera estabilidad.

Llegados a este punto, es necesario repensar y reformular muchas cosas, recuperar la credibilidad, promover nuevos mecanismos de participación. No nos enfrentamos tan sólo a un gobierno. Nos enfrentamos a las consecuencias más lastimosas de ese gobierno: la pérdida de identidad, el individualismo salvaje, la marginalidad creciente, la descomposición social.

Los argentinos estamos frente a un punto de inflexión. La disyuntiva se plantea entre profundizar este proyecto conservador y su modelo de sociedad, o producir un cambio histórico. Para destruir alcanza -lo padecemos hoy- con una minoría, mientras que alamburar una nueva sociedad implica a los anochos márgenes del progresismo. Para construir hace falta el protagonismo de las mayorías y de una dirigencia consustanciada con sus necesidades.

Para convertir al estado en un instrumento del privilegio fue necesario que avanzaran sobre el Congreso, sobre la Justicia independiente, sobre la frustración popular por las expectativas incumplidas, sobre los derechos sociales adquiridos.

Proponemos poner una valla a dicho estilo, a dicha concepción, a dichas pretensiones. Poner una valla y comenzar a recorrer otro camino.

Para ello debemos no sólo cambiar el rumbo sino también alcanzar un amplio

acuerdo político que comprometa al conjunto de los sectores sociales para garantizar la estabilidad real y la defensa del sistema.

De la voluntad e imaginación de las fuerzas progresistas dependerá la direccionalidad del cambio. O recuperamos los espacios de poder con alternativas viables o los conservadores, en su afán de fracturarlo, dejando afuera a más de quince millones de ciudadanos.

Tenemos una responsabilidad trascendente. Habrá que luchar para dar vuelta a esta página negra que nos presentan hoy a los argentinos. Que el 3 de octubre sea derrotado el oficialismo significará que en 1995 podamos votar por candidatos que representen nuestros intereses genuinos, por hombres y mujeres que no estén divorciados de las aspiraciones y las necesidades populares, gente honesta con manos limpias. Significará, en síntesis, que además de seguir votando podamos seguir decidiendo.

El murmullo de la generación del 68 vuelve hoy de la mano de los más jóvenes que quieren recuperar lo mejor de aquellas utopías: "sean realistas, pidan lo imposible". En la Argentina de 1993 tenemos la oportunidad y las condiciones para recordar que las utopías existen, que no han muerto y que será la fuerza de una juventud que no se resigna la que propondrá la utopía de construir una nueva moral, la que consiste en creer en un proyecto común.

Este es el desafío grande que enfrenta, de cara al futuro, la Unión Cívica Radical, como parte que es de nuestro pueblo. Deberá enfrentarlo, si no quiere traicionar su propia historia. □

Dilemas Radicales:

93 sin 95, 95 sin 93

Con cauto optimismo respecto de las próximas elecciones, el radicalismo se interroga a la vez sobre cómo se llega al posmenemismo.

Fabión Bosser

Con cauto optimismo y moderado optimismo el radicalismo encara las elecciones del 3 de octubre próximo, sospechando que entonces se juegan cosas más gruesas que la quinta renovación parlamentaria desde la recuperación democrática hace diez años.

Como parece ser demasiado tarde para torcer el rumbo del gobierno llamando a un voto castigo, y en tanto transcurrido el cuarto año de revolución menemista muchas de sus políticas hundien trazos irreversibles, el objetivo buscado en esta contienda no es un triunfo contundente sino una razonable performance.

En términos porcentuales, piensan algunos estrategas radicales, un piso del 33% (tan solo ligeramente superior al del 91), lograría los dos principales objetivos buscados:

- 1) frenar la arremetida oficialista para la reforma reeleccionista de la Constitución
- 2) posicionar al partido para la grilla de

largada de las presidenciales dentro de dos años.

Así las cosas, con un seguro triunfo en la Capital, una módica segunda minoría en Buenos Aires y la esperable reversión de la tendencia decreciente a nivel nacional, pocos imaginan un "efecto 87" del radicalismo sobre el justicialismo. Lejos del triunfalismo y de la radicalización/polarización de los discursos, la clave está en cómo se llega al "posmenemismo".

La frase que consagró Sergio Pardo, presidente saliente de la Juventud Radical, en el último congreso celebrado en Mar del

Por eso no hay confrontación de ideas y propuestas alternativas. En esta campaña se trata de medir fuerzas con efectos de demostración y disuasión. No se disputa el triunfo numérico sino el éxito relativo. En todo caso, las elecciones del 3 de octubre son consideradas como una señal técnica, donde se decide el puerto de llegada.

Impedir la reelección de Menem y lograr que el justicialismo abra la discusión por la sucesión presidencial, sumar un diputado más a los 85 actuales y retomar la mayoría arrebatada en alguna provincia como Santiago del Estero sería el mayor



Plata, en noviembre del año pasado, resumía las ansiedades de la militancia y fue bienvenida a coro por el conjunto de la dirigencia partidaria: "No habrá 93 sin 95".

Por arte de biribilismo, los tiempos y las tácticas de los máximos referentes parecen haber invertido el orden cronológico y así también el sentido del mensaje.

Es cierto que el paso lo siguió marcando el Presidente, imponiendo sus ritmos, condicionando cualquier movimiento del adversario. Pero el juego parece haber sido aceptado: más acá de la estratagema, más acá de la discusión programática, más acá de la vocación mayoritaria, la movilización de los cuadros y los vínculos extrapartidarios, el marco que se ha trazado es la preparación del terreno para lanzar la fórmula presidencial del próximo turno; recondicionando la estructura, el discurso y el programa desde la cúpula; acompañar los estados de ánimo de la opinión pública; mostrar su reconocida e indiscutida oferta de honestidad, resguardo de las libertades y búsqueda de equidad social y esperar un voto racional del electorado, tal vez insuflado por algún escándalo adicional que le este a

logro para el partido político que pilotó el inicio de la recuperación democrática y hoy mantiene alojados en su seno dilemas cruciales sin resolver.

Desde el punto de vista del voto útil es evidente que el voto nacional por la Unión Cívica Radical es el instrumento más eficaz, el único de hecho existente para evitar la consolidación de un modelo político hegemónico, discrecional e inescrupuloso. Más allá de no saber claramente qué piensa el radicalismo sobre muchas cuestiones que son centrales en la agenda política.

No habrá 93 sin 93: esta consigna resume las ansiedades de la militancia radical. Persiste una crisis de identidad y un desfase entre liderazgo simbólico y liderazgo formal.

Mientras tanto, una importante -tal vez mayoritaria- parcela del electorado potencial, dentro y fuera de la frontera partidaria, espera que surga algo distinto de sus voces más calificadas.

Es claro que por debajo de la indefinición ideológica, la desvinculación técnica con los centros de poder económico y las esgrimas personales, persiste una crisis de identidad y un desfase entre liderazgo simbólico y liderazgo formal, que no van a resolver ni Fernando de la Rúa ni Eduardo Angeloz ni ninguna de las figuras emergentes, solos o juntándose todos en una mesa.

La historia del radicalismo muestra estas etapas de barbecho. □

ESTUDIOS SOCIALES

Revista Universitaria Semestral

Nº4 Primer Semestre 1993

Argentina. Una democracia en bodega de su institución. ISIDORO CHERESKY.

La formación de las identidades nacionales en Europa occidental. BERNART RIJTOFF SIEGAL.

Las elecciones municipales brasileñas de 1992: afirmadas y locuciones demagógicas. WALDO ANALLI.

Elites estatales en los orígenes del peronismo. DARGO MACOR.

La Argentina de 1910: Sensibilidad, Algoria, Argentinismo en torno de un centenario. TALLER de Historia de las Mentalidades.

La formación del mercado de trabajo en Neuquén (1884-1920). ENRIQUE MASES.

El exarce comunitario rural argentino (1900-1922). ADRIAN ASCOLANI.

El Socialismo Revolucionario en una etapa de transición (1900-1916). MARCEL BERTOLO.

Rosario urbano: la gestión municipal de 1886 a 1890. NOEMI ADAGIO.

Una revolución de los años 30 a partir de la obra de Antonio Berni. GUILHERMO FANTONI.

La Universidad Argentina: crisis actual y desafíos. ANGEL MARQUEZ.

Notas y Comentarios. FRANCISCO DELICHI.

Notas bibliográficas. SUSANA IAZZETTA; Alejandro HERRERO; Mónica WILSON; Myriam STANLEY.

Nº5 Segundo Semestre 1993

La implantación de Servicios Locales de Salud. Problemáticas del campo. SUSANA BELMARTINO.

Estado, política y mercado. Dimensiones del debate actual en la Argentina. RUIRO QUIROGA.

La reciente crisis política brasileña: ¿juventudes o crisis de la política? OSVALDO IAZZETTA.

Apátas y Utopías. SILVANA CAROZZI.

Pobres, borachos, enfermos e inmigrantes: la cuestión del orden en los núcleos urbanos del Territorio del Noroeste (1900-1930). DANIEL LVOVICH.

El nivel tecnológico de la agricultura pampeana, 1880-1940. HECTOR SARTELLI.

El sector agropecuario pampeano como demandante de maquinaria agrícola. GRACIELA GARCIA.

Alcaños y flecos de una intervención municipal. Los conflictos de "La vivienda del trabajador". ANA MARIA RIJTOFF.

Universidad, Ciencia y Tecnología en Argentina. MARIO ALBORNOZ.

Notas y Comentarios. RICARDO FALCÓN; Lilia P. de STUBBIN; Mario LATTADA.

Notas bibliográficas. ANJES HERRERO; Alejandro RUJANAN; Martín CASTRO.

Carlos Nino

Al cierre de esta edición recibimos la noticia del fallecimiento del doctor Carlos Nino. Sin tiempo para hacer la reseña que merece. La Ciudad Futura quiere sin embargo rendirle aunque sea un breve homenaje.

Doctorado en Jurisprudencia en la Universidad de Oxford, investigador del Conicet, profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad de Buenos Aires y también en la Universidad de Yale, Carlos Nino fue fundamentalmente un hombre de la democracia argentina. Su capacidad intelectual fue apreciada -entre otros ámbitos- en Harvard, Princeton, Columbia y Florencia.

Pero su profunda preocupación por la Argentina se manifestó en su activa participación en el Consejo para la Consolidación de la Democracia, en la Comisión de Reforma al Código Penal de la Secretaría de Justicia de la Nación, y en la asesoría al Presidente de la Nación entre 1983 y 1989.

La Ciudad Futura le rinde su más sincero homenaje.

Entrevista a Héctor Polino

Unificación y vocación de poder

Las dificultades de conformación de un frente único de izquierda democrática y la pretensión de los socialistas de ser eje articulador de futuras alianzas.

De esto habla el candidato de la Unidad Socialista.

Ernesto Semán

En qué se diferencia esta elección de las anteriores para el socialismo?

Después de treinta y cinco años, el socialismo de la Capital Federal va totalmente unido, bajo la sigla de la Unidad Socialista. No queda ninguna fracción del socialismo fuera de esta propuesta electoral. Se arriba a una unificación no como un punto de llegada sino como un punto de partida de una nueva etapa para recrear un gran partido socialista en el país, un partido de masas, un partido con vocación de poder que deje de lado su complejo de inferioridad de partido de minorías, de partido de oposición parlamentaria y contralor municipal, para transformarse en un gran partido representando los intereses históricos de los trabajadores.

Habría dos iniciativas para empezar a trabajar a partir de esta unificación. Una en lo que se refiere al trabajo con las fuerzas socialistas no organizadas partidariamente y otra en relación al vínculo con otras fuerzas políticas.

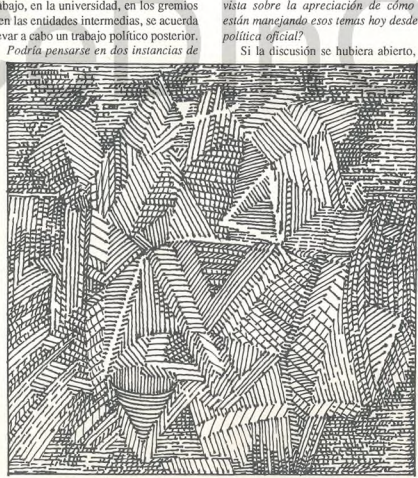
En relación al primer punto, vamos a continuar esas conversaciones que se iniciaron antes de la elección anterior, incluso con el Club de Cultura Socialista y esta revista, porque también son una expresión intelectual del socialismo en el país. Pero además tenemos que avanzar con otros sectores políticos, movimientos ecologistas, organizaciones de defensa de los derechos de la mujer, etc., porque también hay que integrarlos a una lucha política de transformación de la sociedad. Yo concibo un partido socialista amplio, plural, que recoja en su seno las diversas experiencias de las luchas políticas y sociales que existen en la Argentina con vista a constituir una sociedad fundada en nuevos valores.

En el trabajo con estos sectores, se refiere a políticas de alianza, trabajos a largo plazo, integración dentro del partido...

...lo ideal sería una integración dentro de la estructura del partido, pero si eso no se diera, llevaríamos a cabo acciones en conjunto con vistas a evitar la dispersión de los esfuerzos. Y en cuanto a lo que usted mencionaba de trabajo con otras fuerzas políticas, para poder llevar adelante un frente, hay que discutir previamente una propuesta, un programa, cuáles son las causas que han llevado al país a este atraso y estancamiento, para luego proponer medidas concretas que modifiquen la situación. Lamentablemente, sólo se discute de candidaturas, y recién dos o tres meses antes de un proceso electoral. Y así

se hace difícil la conjunción de diversas fuerzas políticas alrededor de una propuesta común, porque no se ha discutido nunca esa propuesta. Hoy la Unidad Socialista, que tiene largo recorrido desde el año '85, tiene una propuesta coherente para hacerla a la sociedad. Los diversos grupos que constituyen el denominado Frente Grande son fuerzas totalmente heterogéneas, que no tienen un pasado común, que tienen distintas visiones de la realidad argentina y del mundo, y que simplemente coinciden en oponerse al actual modelo económico y social. Pero con ellos no hemos tenido posibilidad de discutir qué modelo proponemos a cambio. Además, esos frentes que se arman con vistas a las elecciones suelen tener una vida muy efímera. Hemos visto que en las últimas elecciones del '91 hubo ofertas electorales como las del FREDESUR, que ya no existen más. El Frente del Sur, que se constituyó con vistas a la elección de senador del año pasado, tampoco existe más. Y ahora existe este frente, del que ya se han desgranado algunas fuerzas políticas que van a votar a otros candidatos. El frente no es el resultado de un trabajo social que se viene realizando de abajo hacia arriba, y que a partir de la coincidencia en ese trabajo, en la universidad, en los gremios y en las entidades intermedias, se acuerda llevar a cabo un trabajo político posterior.

Podría pensarse en dos instancias de



alianzas diferentes. Una es la que se plantea así, y otra es la alianza electoral, en la que la discusión sobre las candidaturas necesariamente va a ser muy importante, porque es lo que se elige.

No excluimos las alianzas electorales, pero no ha habido posibilidades de discutir más que quiénes encabezaban las listas de candidatos para las próximas elecciones. Toda la discusión se agotaba en que la Unidad Socialista debía aceptar el encabezamiento de determinados candidatos, algunos de los cuales no pertenecían a la Unidad Socialista. Efectuado el planteo de esa manera, evidentemente ya des-

tinado al fracaso. Si en cambio hubiéramos discutido una propuesta, luego, entre todos, hubiéramos tratado de encontrar al candidato que mejor interpretara esta propuesta, o que mejor estuviera instalado en la sociedad para llevarla a cabo. Nunca se ha discutido la propuesta electoral.

Pero si acordamos que una propuesta electoral tiene su propia validez, ¿qué es lo que pesa a la hora de tomar una decisión de hacer o no esa alianza?, ¿hay un problema de tradiciones, una discusión de políticas que no se van a aplicar a partir de los resultados de las elecciones o es la cuestión de las candidaturas el único que abre o cierra el tema?

Le reitero, no ha habido posibilidades de discutir propuestas. Nosotros queríamos discutir una propuesta para someter al electorado; ¿qué pensamos en materia de salud, educación, transformación del estado, privatizaciones, y no hemos podido discutir estas propuestas...

¿Pero no había una acuerdo a primera vista sobre la apreciación de cómo se están manejando esos temas hoy desde la política oficial?

Si la discusión se hubiera abierto, es

Lo ideal sería una integración dentro de la estructura del partido, pero si eso no se diera, intentaríamos evitar la dispersión de los esfuerzos.

leyes como la de reforma del estado y la ampliación de los miembros de la Corte, que no sólo hicieron quorum sino que votaron a favor, e incluso algunos de ellos hizo uso de la palabra para fundamentar la pretensión de ampliar los miembros de la Corte, como es el caso de Caviglia. No puede ser que al poco tiempo se descubra que hay una Corte sumisa que avala toda decisión del poder político y no se haya hecho una autocrítica pública y una mea culpa en los errores cometidos.

¿Cuál es la fuerza política con la que podría trabajar la Unidad Socialista, porque fuerzas cien por ciento puras no hay?

También los socialistas hemos cometido errores en el pasado. Un frente electoral se podría hacer con todas aquellas fuerzas con las que tengamos un acuerdo coincidente sobre la realidad

del país y las medidas que habría que tomar para modificarlas. Esa es un material pendiente que tiene la izquierda en nuestro país. Cualquiera sea hoy el resultado electoral, sería bueno que con tiempo los diversos referentes de estos partidos nos sentemos a repensar el país, un nuevo país, por articular una fuerza política que tenga el empuje necesario para modificar esa situación.

En otros países esas discusiones han sido paralelas a alianzas efectivas que incluyen a sectores bien diversos de la realidad nacional. ¿Cómo interpretar esta experiencia que hoy puede plantearse en algunos países de América Latina y de Europa?

El país tiene sus propias realidades, sus propias características, no se pueden transplantar modelos de otras partes del mundo. En Argentina, la realidad es que hay dos grandes partidos que monopolizan la escena política del país y que luego existen una serie de partidos menores que no han sabido articular entre todos ellos una propuesta para tener en la arena política y convertirse en un polo de poder que pueda ser visto por la sociedad como una alternativa. Lo que hay que impulsar es el debate en donde cada partido pueda exhibir su propia historia y su propio pasado. Nosotros no queremos este modelo, pero tampoco queremos volver al año 45. Queremos superarlo en nuevas propuestas, que las tenemos y las estamos discutiendo en el marco de la Unidad Socialista y las ofrecemos al electorado. Pero esa propuesta no la ha habido podido discutir de debate con el resto del abanico político de centroizquierda. El socialismo tiene más de cien años en Argentina. Es un partido que tiene una obra realizada en el país. Tenemos un periódico que es el más antiguo de Argentina, que aparece desde 1894. Y en cambio, existen otros grupos políticos que aparecen y desaparecen con mucha facilidad, que no tienen una consistencia doctrinaria, y que no tienen un pasado que haya calado hoy en el proceso social de la Argentina. □

posible que pudiéramos haber coincidido, pero siempre el tema fue planteado alrededor de las candidaturas, y eso abortó toda otra discusión. Pero eso no es culpa de la Unidad Socialista. Nosotros rechazamos el cargo que nos hacen algunos dirigentes de que la unidad socialista no quiere crecer. Nosotros creemos que la metodología que utilizaron otros sectores políticos para llevar a cabo una alianza electoral no fue la correcta. Hay que comenzar por discutir una propuesta, porque incluso en el frente existen sectores políticos que son legisladores en las listas del menemismo, que votaron desde el Congreso de la Nación

Conversación con Carlos "Chacho" Alvarez

¿Una nueva identidad política?

El candidato del Frente Grande por la Capital aborda varios temas: la necesidad de construir un nuevo actor político, las dificultades de los frentes políticos y el objetivo de un partido único de izquierda.

Martín Plot y Alejandro Blanco

Cómo llegan a estas elecciones y qué diferencias encontrarán con las del '91?

Creo que hemos producido un avance importante. En principio, fue importante la continuidad del Predio que se presentó en el '91, y pudo pensarse colocar a Anibal Ibarra. Le prometimos a la sociedad que íbamos a colocar en el Concejo Deliberante a alguien que intentara destrabar o desatar los nudos de corrupción que había en el Concejo y creo que en parte su gestión está cumpliendo con esa promesa. A esto hay que sumarle la elección a senador del Frente del Sur que fue buena y la alianza con la Democracia Popular que permitió ampliar los perfiles y plantear una propuesta más pluralista. Todo esto termina constituyendo una fuerza con capacidad de competir en la Capital Federal y con posibilidades de discutir la mayoría

que es el gran déficit que tienen las propuestas de izquierda. Siempre terminamos pelearnos por las clientelas minoritarias en el tipo ideológico y lo que hay que lograr es un momento más productivo donde las fuerzas progresistas puedan discutir la hegemonía bipartidista. La diferencia en estas elecciones está relacionada con la credibilidad que logramos construir en la Cámara, y al mismo tiempo conseguimos trascender a los sectores más ideológicos y llegar de alguna manera a los sectores populares, aquellos que no tienen concepciones previas muy cristalizadas sino que están sometidos a estos vaivenes de pragmatismo político que tiene la Argentina y a los que los partidos de izquierda y centro-izquierda les costó siempre llegar. En este sentido creo que en Capital, las condiciones son óptimas.

Sin embargo, en las elecciones del '91 las condiciones políticas generales aparecen como bastante problemáticas para el gobierno, con denuncias de corrupción más generalizadas que las actuales y con una estabilidad económica de unos pocos meses. A pesar de eso, al gobierno no le va mal.

Bueno, el tema que sigue siendo dominante es el económico-social, y creo que es dominante en el sentido del voto. En un sistema bipartidista una fuerza siempre espera desplazar al oficialismo a partir de sus errores, nunca a partir de intentar construir una opción superadora. El oficialismo

tiene varias ventajas. En principio, porque lo económico es todavía más importante que el tema de la independencia de la Justicia, la corrupción o inclusive el tema de la pérdida de derechos y la persecución ideológica. En ese terreno de la economía y la estabilidad creo que el gobierno tiene todavía el hándicap que le da competir contra un partido que la sociedad sintió como fracasando en el tema de dominar las principales variables económicas. Por otro lado, desde ningún otro lugar aparecen discutiéndose a fondo la matriz del plan de estabilidad. Se discuten aspectos del modelo, pero la gente para poner en riesgo lo que tiene quiere estar convencida que hay un modelo de gestión alternativa a la actual y eso no está claro.

¿Cómo le parece que es posible entonces construir un discurso de oposición?

Creo que es un error de la dirigencia política sobrevalorar o plantear lo que uno no está en condiciones de hacer. Nosotros tenemos la necesidad de plantear que ésta es una elección legislativa, donde no se discute el modelo de país. Es una elección que tiene que ver con el tipo de dirigente político-parlamentario que se va consolidando, y en este sentido creo que plantea la necesidad de abrir y pluralizar la representación en los cuerpos legislativos. Porque la gente lo que tiene que percibir como experiencia de la democracia argentina es que en estos 10 años lo que podemos ver

como conclusión es que ésta sea un empobrecido y las instituciones han perdido credibilidad. Y lo cierto es que estas instituciones han sido hegemónicas por los dos partidos tradicionales del '83 a esta parte. Pongo el ejemplo de Anibal Ibarra, de cómo un concejal está modificando la lógica de funcionamiento del Concejo en los temas referidos a la corrupción por ejemplo, porque saben que hay un concejal que

no solamente va a votar en contra de situaciones que tienen que ver con ilícitos sino que también los va a denunciar. Y en el caso de la Cámara de Diputados, la gente ha visto como ya 7 u 8 diputados hemos sido más opeados que el propio radicalismo que tiene un bloque de cerca de noventa diputados. O sea que en este sentido hay una acción concreta que sostiene lo que estamos predicando. La gente ha percibido cómo nosotros nos hemos portado en la Cámara y cómo hemos ejercido la oposición al oficialismo durante nuestro mandato. Pensando en el sistema democrático, creo que en una elección parlamentaria como ésta es urgente ampliar la pluralidad representativa sobre todo hacia la izquierda y a los sectores progresistas de los partidos tradicionales, como el radicalismo, porque en el peronismo sectores progresistas así no quedan.

¿Yos incluí en este tipo de acción parlamentaria que acabás de comentar a sectores que en esta coyuntura electoral no se han podido integrar al frente cuya lista encabezás?

Si, hemos trabajado con Alfredo Bravo, que tiene una posición frentista. Desde el '91 intentamos un frente con él boicoteado sistemáticamente por el sector que conduce La Porta, que pareciera estar encerrado en el control y mantención de un aparato que evidentemente no resuelve la crisis y los déficit del espacio de centro-izquierda.

¿Qué explicación política le encontrás a esta actitud?

Fundamentalmente, un miedo absurdo a lanzarse a construir un espacio de mayorías, y después otro miedo, no tan absurdo, vinculado al hecho de que pelar por un espacio de esta naturaleza significa que uno puede perder el control de lo que incluye en esa articulación. Uno ya no controla su boliche y tiene que asumir los riesgos y los desafíos de construir una política de más embergadura. Es más cómodo continuar con opciones testimoniales predicando conductas individuales honestas pero que son absolutamente funcionales al sistema actual.

Vos sabés que actualmente existen otros modelos de construcción política posible para el progreso en la Argentina. Está la propuesta que sostiene Alfonso de la convergencia, lo que plantea Bordón, y que suponen distintos diagnósticos y estrategias políticas. ¿Qué opinión te merece ese tipo de planteos?

Creo que si nosotros logramos construir un nuevo actor político, o por lo menos el germen de un nuevo actor político, podemos incorporar al debate temas que hoy no están planteados. No veo fácilmente instrumentable en un sistema bipartidista el planteo de la coalición. No lo veo a Bordón intentando gobernar más con Alfonsín que con el establishment. Si veo que podamos trabajar en común sobre algunos temas, como por ejemplo el tema educativo. Me parece que la coalición tiene que ver con la capacidad de que las políticas no expresen solamente la sumatoria de dirigentes progresistas, sino que esas políticas tengan un anclaje más fuerte en la sociedad de lo que tienen hoy. Debemos volver a discutir cómo se acumula consenso y poder en la sociedad, cómo se articula la sociedad civil, evitando que la energía se concentre en las intenciones partidarias y que los partidos se conviertan en meras máquinas productoras y reproductoras de candidatos. Y esto yo no lo veo resuelto en las fuerzas que plantea la coalición. Así planteada, se parece mucho a la alianza renovadora alfonsinista para reformar la constitución en la provincia de Buenos Aires. Desde el punto de vista de la ingeniería política, el acuerdo alfonsinista renovador en la provincia para generar una constitución progresista era totalmente bancable. Ahora, ¿cómo lo percibió la gente?, ¿por qué fue tan fácil de desmontar para los Ricos, los Albanoes? Están bien que los medios de comunicación jugaron en contra. Pero la discusión es: ¿con qué se sostiene una coalición progresista?, y en

esto a veces se repite una idea de la izquierda de que un frente es la sumatoria de sellos inexistentes.

¿Cuáles serían entonces los límites de la agregación política?

Iría hacia un partido único. Habría que evaluar la disposición de cada identidad para aportar a una nueva síntesis, obligándonos y obligando a corremos del lugar de donde venimos. Yo he discutido mucho con mis compañeros que vienen del peronismo acerca del esfuerzo que hay que

hacer para lograr esto y proyectar una política para adelante. Creo que sigue habiendo una idea de frente donde la mayoría piensa que la identidad está para atrás. Y cuesta mucho romper con lo que se trae, y encontrar y reconstituir una nueva simbología. Entonces, es ese sentido me parece que tenemos que ser mucho más rigurosos con

nosotros mismos en cuanto a si estamos construyendo o no representatividad. Creo que si ahí uno pone reglas de juego claras, se va a neutralizar esa idea de la sumatoria indiscriminada de sellos. Y si no, vamos a seguir viendo a la política con el lente del club de toby, con una visión deportiva. Porque es dramático soportar al menosismo y que algunos sectores no lo vean. No tenés mucho espacio para divertirte en la política, tenés que intentar acumular algo de cierta embergadura, para competir en un escenario cada vez más difícil; si no ¿cómo demostrar que el voto no es inútil, no?

Ada Korn
Editora

Laura Fava

Algunas víctimas



Buenos Aires Uruguay 6/91

Otro rumbo es posible

Un rumbo diferente al implementado por el menemismo es posible si los interesados en una modernización social amplia se enfrentan con inteligencia a dos problemas: el de la política económica y el político-institucional.

Julio Godio

El establishment argentino ha logrado producir cambios sustanciales en la economía, la política y la cultura argentina. El objetivo principal logrado ha sido desmantelar el estado propietario y distribucionista; terminar con el "proteccionismo anacrónico" y producir una reestructuración gigantesca del poder económico y político por medio de la privatización del sistema de empresas estatales y de la apropiación de una cuota mayor del excedente económico a través del aumento de la presión tributaria y las ganancias de las empresas de servicios públicos. Este proceso de apropiación del excedente se consolidó por captación de los ahorros de trabajadores si se privatizó el régimen de previsión social.

Pudo lograr el ambicioso objetivo de instalar la economía de "libre mercado" porque fue capaz de producir dos hechos políticos básicos: a) demostrar que la política económica heterodoxa radical no servía para modernizar al país, objetivo político y cultural que logró provocar la hiperinflación de 1985; b) apoyando activamente, primero al menemismo contra el cañerismo en las elecciones internas en el PJ en 1987; y luego convenciendo a Menem y su entorno que sólo era viable una decidida política de shock monetario con privatizaciones, desregulaciones y apertura.

Así ha logrado un éxito indudable, sobre la base de una población primero atónita y desconcertada por la hiperinflación, y luego angustiada por recuperar la estabilidad financiera. El gobierno menemista ha logrado en cuatro años consenso para hacer desaparecer el estado propietario.

El menemismo (con Cavallo a la cabeza y la Fundación Mediterránea como *think-tank*) es la forma más apropiada, "nacional", de aplicación en el país de las tesis centrales de la "revolución conservadora" tatcherista-reaganiana. Su fuerza radica en que su política económica se inscribe dentro del impulso histórico producido por el neoliberalismo conservador a escala mundial. Sólo el peronismo —con su patrimonio de símbolos, populistas y paternalistas y el masivo control sobre los trabajadores— podía producir tales transformaciones dentro de la democracia política. La "idea-fuerza" neoliberal ha conquistado fuertes espacios políticos y culturales, no sólo en el peronismo sino también en el radicalismo, en sectores de la izquierda democrática, en el sindicalismo, etcétera.

Si no se detiene el actual curso

neoliberal desembocaremos inexorablemente en la constitución de una "economía de exportación", en un mercado laboral segmentado y en una sociedad de "dos velocidades". Una parte de la economía se modernizará, será competitiva; otra parte sobrevivirá en la ineficiencia y estándares de baja productividad, lo cual terminará por conformar dos sociedades absolutamente diferentes: una, conformada por un 30-40% de la población adscripta a los valores del capitalismo individualista; y otra, entre un 60-70%, que constituirá un conjunto heterogéneo de trabajadores sin capacidad profesional instalado en los sectores menos dinámicos del mercado laboral, y con fuertes porcentajes de subempleo y pobreza.

¿Es posible un rumbo diferente al neoliberalismo conservador encarnado en el menemismo? Si, a condición de que las fuerzas sociales y políticas interesadas en una modernización de base social amplia, resuelvan acertadamente dos problemas: uno de política económica y otro político-institucional. Resueltos estos dos problemas, el paso siguiente es contar con la voluntad política necesaria para elaborar una plataforma común y provocar su debate en la sociedad.

La única posibilidad de quebrar y desarticular el menemismo es presentar una propuesta a la sociedad que demuestre claramente que existe un modelo económico, social y político superior del neoliberalismo conservador. Este nuevo modelo debe contar con las ideas-fuerza necesarias para organizar en forma diferente tanto la economía de mercado como la institucionalidad política. Este modelo alternativo no puede ser retórico, debe demostrar su viabilidad y superioridad con propuestas puntuales y precisas, dirigidas a resolver las cuestiones que la población percibe como los aspectos económicos y políticos del actual gobierno menemista perjudiciales para los niveles de empleo, salarios, medio ambiente, etcétera.

En lo sustancial, el debate actual en Argentina es el siguiente: ¿está en curso la implementación de una versión casera del modelo norteamericano individualista de economía, y que sólo es posible revertir y frenar implantando un modelo de economía de mercado comunitario y solidario. La diferencia entre ambos modelos de capitalismo no es de adjectivos, sino sustancial, porque implica dos formas diferentes de formación y distribución del excedente económico, dos formas diferentes de funcionamiento del estado y dos formas diferentes de participación de la sociedad en la política.

En efecto, constituida la economía de mercado, la clave es el excedente económico debe orientarse para fomentar la "economía de exportación" y para polarizar aún más el ingreso nacional en favor de los grandes grupos económicos, o si, en cambio, requiere ser destinado a orientarse y estimular el desarrollo integral del espacio económico nacional, con la apertura selectiva del comercio exterior y con

un fuerte impulso a la integración del mercado mundial y regional.

Pero esta última alternativa es imposible sin contar con un sólido estado regulador de la economía, con capacidad de producir reformas estructurales en el sistema financiero y bancario, en el funcionamiento de los mercados y en las políticas de distribución de ingresos.

La modernización de base social amplia requiere un diseño de "reindustrialización", que debe ser identificada con un fuerte impulso al desarrollo agroindustrial integrado y a la localización de nichos en el mercado mundial para productos agrícolas, industriales y energéticos. Para lo cual se requiere de inversiones que sólo serán posibles preferentemente con los recursos provenientes del ahorro interno.

La inversión extranjera es prioritaria en las esferas tecnológicas y de mercado, pero secundaria en cuanto a recursos financieros. El ahorro interno es fundamental. Pero, en Argentina, una parte substancial del ahorro interno es substraído del proceso productivo y usado con fines financieros-rentísticos. Luego, si el estado no está en condiciones de sinistrar los mercados de capitales, no podrá incidir sobre la utilización del ahorro interno, como lo hacen los países industrializados. El estado debe promover la formación de paquetes de recursos financieros y tecnológicos para proceder a la reindustrialización, y debe tener por lo tanto capacidad para desempeñar su rol regulador al estilo del llamado capitalismo renano.

Para que la sociedad se perciba a sí misma como agente movilizador y sustentador social del estado regulador, éste debe cumplir algunos requisitos. Por un lado, debe conservar su función de productor y distribuidor monopolístico de los llamados bienes sociales (educación, salud, previsión social, etc.). Por otro, debe promover la participación de la gestión de la democracia de las instituciones creadas para impulsar la industrialización.

No se trata pues de bajar la presión impositiva sino de excluir del "mercado libre" a segmentos parasitarios y rentísticos del capitalismo.

Se percibe que el actual rumbo económico no conduce a una reindustrialización sino a la concentración del poder a manos de los nuevos grandes grupos económicos-financieros constituidos a partir de las privatizaciones. Y se intuye este poder emergente, que necesita ser contrabalanceado con la formación de un bloque político popular, con capacidad de controlar y limitar el poder de los grandes grupos económicos y permitir la distribución equitativa de las riquezas.

La sociedad apuesta mayoritariamente a la consolidación de la democracia, y por eso apoya una reforma de la Constitución, que podría incluir la posibilidad de reelec-

ción presidencial. Pero, al mismo tiempo, se muestra remisa-oposita a la reelección de Menem. Esta sensata actitud percibe que, con la reelección de Menem, se

Una eventual convergencia político-social es viable si se convence a la sociedad de que es posible "gobernar de otra manera".

Llegamos entonces al segundo problema: ¿cómo plantear la cuestión de la formación de un bloque político con suficiente fuerza para compensar el poder del establishment?

La cuestión no puede ser planteada a partir de la conocida fórmula de formar un "frente opositor". En realidad, a la sociedad no le interesa un "frente opositor" con fuerzas que regatean y compiten anárquicamente por cargos electorales, incluido el cargo de presidente de la República. Sólo le puede interesar y atraer la idea de un bloque popular pluripartidario capaz de gobernar. Por eso, la única forma de que una eventual convergencia de fuerzas políticas y sociales pueda aspirar a asumir el gobierno en 1995, sólo será viable si se convence a la sociedad de que es posible gobernar "de otra manera". Lo cual conduce al tema de un cambio del sistema de relaciones políticas que sustentan el régimen constitucional.

Se trata entonces de instalar en la escena política una propuesta que garantice que el nuevo gobierno nacido en 1995 tenga una base de sustentación amplia, que sea elegido por acuerdo de la mayoría de los representantes en el Colegio Electoral, conformado con todas las fuerzas que apoyen la fórmula presidencial vencedora. Debe ser un gobierno de "concentración nacional", que no nacirá de un frente sino de la convicción de millones de ciudadanos corrientes que, al votar por su partido, están votando también por ese gobierno de concentración. Es necesario instalar desde ahora esta posibilidad de constituir un gobierno de base social y política amplia, para que las elecciones de octubre próximo ya estén vinculadas simbólicamente a ese objetivo estratégico para 1995.

Esta propuesta puede generar un clima político saludable si es que se concreta la convocatoria en 1994 a la Asamblea Constituyente, que es la única institución legítima para reformar la Constitución. El debate nacional sobre un futuro gobierno de concentración nacional implica, desde ahora, el intercambio de ideas sobre las bases programáticas localizando los temas movilizados esenciales: el empleo, el sistema de relaciones laborales, el mejoramiento de los ingresos directos e indirectos de la población, la formación de fondos de inversión para la "reindustrialización", la producción y distribución de bienes sociales, el desarrollo del Mercosur y otras líneas de integración al mercado mundial, etc.

En síntesis, un programa para un modelo de modernización social amplia, para la construcción de una verdadera democracia económica, social y política. □

¿Y si la solución fuera el derecho flexible? Entonces, ¿cuál?

A propósito de la presunta incapacidad del derecho laboral de responder a las exigencias económicas actuales, de la noción de modernidad y de las posibilidades que aún tienen los asalariados de ser protagonistas de su futuro.

Ómar R. Moreno

No debe olvidarse que fueron los abusos de los empleadores los que generaron el derecho laboral, pero sobre todo han sido la causa de que éste naciera rígido como frente a las arbitrariedades. Y es que los asalariados exigieron sus derechos necesarios de contar con un zócalo de protección que les garantizara cierta dignidad, tanto en el trabajo como en la sociedad, y que les posibilitara bases ciertas para edificar su existencia. Pero esa rigidez resultó también necesaria para los empresarios, para garantizar un margen cierto de autonomía en su gestión o en sus previsiones económicas.

La discrecionalidad patronal era consecuencia del carácter de mercancía que revestía el trabajo. Para poner freno a esa arbitrariedad eran necesarias normas generales que sustajaran la relación laboral del mercado, esto es, que permitiera a los asalariados "ámbitos de acción y protección efectivos y exigibles rigidos que pudiesen ser reducidos, sin exclusiones y con el menor número de excepciones".

Sin embargo, no debe ignorarse que esta orientación común en las economías de mercado se gestó en un marco donde la presión sindical por obtener una cierta protección, pero fundamentalmente certeza en el trabajo, si bien se correspondía también determinó la conformación de un modelo de crecimiento que, estimulado por la demanda, parecía condenado a un crecimiento sin fin.

En los comienzos de la década del '70 se visualiza una progresiva modificación de esa dinámica económica por el fin del auge de la economía de posguerra. En esta nueva realidad la empresa recupera su papel predominante en el proceso de acumulación, y el desarrollo económico y la problemática social quedarán subordinados al éxito o fracaso de su gestión.

Condicionar o adaptar los factores productivos a las nuevas exigencias del mercado y contribuir al crecimiento de la productividad en la empresa, son los imperativos fundamentales que se contraponen a las normas rígidas del derecho laboral hasta hoy vigente.

El derecho laboral deviene así el principal acusado de la crisis. Como consecuencia de ello, desde lo institucional se prioriza un marco regulador que favorezca la competitividad y productividad de la empresa, lo que conlleva grandes consecuencias sociales que se justifican en nombre de la pretendida irreversibilidad de la alternativa de crecimiento vigente.

En los sectores sindicales, políticos y también técnicos (juristas, sociólogos) se constata una impotencia para dar respos-

tas efectivas a esta problemática desde la concepción rígida y globalizante del derecho vigente.

¿Qué es lo que está sucediendo?, ¿se requiere un nuevo orden rígido acorde con las nuevas exigencias económicas?, ¿será necesario dejar libradas las relaciones laborales a un orden flexible establecido unilateralmente, que las someta a vicisitudes y riesgos de la empresa?

El problema para el derecho laboral es que no sólo se han modificado las bases de la conflictividad en el trabajo sino que estos cambios se suceden cada vez más rápidamente y de manera particularizada, por lo que se van modificando y particularizando las necesidades e intereses de los actores sociales (no sólo de los empresarios sino también de los asalariados).

Al final del siglo XIX existían confrontados con una situación irreversible de transformación permanente y particularizada, frente a la cual el derecho rígido resultó impotente e insuficiente. Esta nueva realidad supone aceptar la idea de convivir en un marco de continuo e incierto devenir que rompe los esquemas tradicionales de certeza y seguridad que tenía como objetivo el derecho rígido.

Ahora bien, este acto marco de angustia e incertidumbre, ¿qué es lo que subyace?, ¿qué función le cabe al derecho del trabajo?, ¿flexibilizarse...? Y en caso afirmativo: ¿de qué manera? Es decir, ¿qué hay una sola vía o un solo derecho flexible que corresponde a una lógica en apariencia objetiva e inevitable, o por el contrario es posible hablar de un conflicto de lógicas aun en el campo de la flexibilidad?

Finalmente, ¿es posible reconstituir una vez más en este nuevo marco de transformación permanente y particularizada, una certeza "real" y redescubrir en el derecho del trabajo una lógica que le permita retomar como en sus orígenes (o al menos no desvirtuar) el lento camino hacia una mejor redistribución de la renta y una extensión de los beneficios sociales en la población?

En primer lugar, debe tomarse conciencia, so pena de error en el análisis de la realidad laboral, que toda transformación, cualquiera sea su forma o alcance, no suprime la conflictividad intrínseca a la relación laboral, sino que la transforma.

En segundo lugar, lo que debe buscarse y recuperar para el derecho laboral, más

allá de las formas que deba o pueda revestir, es su carácter integrador de los asalariados en los beneficios del progreso económico y social y disminuir en lo posible la desigualdad entre los actores sociales.

En consecuencia, la alternativa frente a un derecho flexible "rígido" que hoy se impone (rigido en cuanto resulta de la imposición como alternativa irreversible que puede ser negociado por las partes en igualdad de condiciones) consiste, ante todo, en reconstruir espacios de regulación efectiva por parte de los actores a todos los niveles donde pudiera llegar a plantearse la conflictividad. Para ello es necesario convertir a los propios actores en protagonistas reales de su propia regulación y control de su aplicación.

Es necesario convertir a los propios actores en protagonistas reales de su propia regulación y control de su aplicación.

Esto presupone reorientar la intervención del estado para garantizar, en cada momento histórico concreto, la igualdad de posibilidades reales de los actores y la obligación tanto de negociar como de concluir acuerdos efectivos en todos los niveles donde se considere necesario. Pero esto tendría significación si el estado levantara para que no se desnaturalicen ni se confundan rigideces que obedecen al progreso de las ciencias como la fisiología o psicología aplicadas al trabajo y que han permitido a través del tiempo asegurar humanidad y dignidad al mismo, pero también, y sobre todo, que han posibilitado la extensión de los beneficios sociales.

Esta alternativa también supone la opción social de aceptar el papel político del sindicalismo (en tanto organización capaz de actuar e influir, desde la lógica del sector que representa, sobre el modelo de distribución y por ende de sociedad) garantizando su participación, como en Suecia, Alemania, Francia, en la discusión y formulación de las políticas globales que le conciernen o le afectan.

Para la sociedad, aceptar esta idea ya

no será imaginar un nuevo modelo rígido que suplante al anterior o al que ahora se propone, sino que podría significar atreverse a enfrentar el futuro confiando en la participación responsable de los protagonistas sociales.

Este futuro a descubrir que proponemos, por ser producto de las partes interesadas sería una reconstrucción continua del devenir, una apertura a una serie de situaciones nuevas inimaginables, donde los actores tendrían la seguridad de contar con las armas adecuadas para reconstruir la certeza en las relaciones de trabajo que todo ser humano necesita y donde la función del estado será asegurarse igualdad de posibilidades y protagonismo.

Sin poner en duda la importancia de asegurar en una sociedad dada un mínimo de garantías rígidas que impidan el trato discriminatorio y arbitrario, desde la lógica del trabajo, lo que importa hoy, más allá de las formas, es conservar los logros sociales alcanzados por el derecho social y contribuir a mantener una cierta igualdad entre los actores. Esto es, conservar su esencia animándose a desprenderse de su forma.

Pero sobre todo debe tenerse presente que, mientras las decisiones económicas no puedan ser controladas (al menos respecto de aquellas que afectan al trabajo y sus efectos sociales: marginalidad, reducción de prestaciones sociales, etc.), es decir continúan estando unilateralmente en manos de los dueños del capital y/o del estado, la eficacia de cualquier derecho protector será relativa; relativa en cuanto ese derecho sólo podrá ser ejercido en el límite de la subsistencia de la fuente de trabajo y/o de los condicionamientos que sufra la empresa en la coyuntura.

Contestamos de esta forma que cualquier alternativa reguladora (jurídica) de la relación de trabajo es política por cuanto afecta al modelo de organización y acumulación. En este sentido podemos replicar a quienes descreen o afirman el temor de dejar el derecho del trabajo (la recuperación de sus beneficios sociales) en manos de los protagonistas y de la negociación colectiva, que efectivamente ella será tan ineficaz como lo es la aplicación de cualquier forma de derecho, si no está acompañada de una voluntad política y de un consenso social que garantice su eficacia.

En fin, aceptar esta idea sería una oportunidad de integrar a la reflexión y a la recreación social de su destino, a los sectores mayoritarios de la sociedad: aquellos que participan todavía de la creación de la riqueza y los que resultan marginados como consecuencia de la aplicación unilateral del derecho flexible y de la toma de decisiones en las empresas unilaterales.

Pero, ante todo, aceptar esta idea confirmará que ante el devenir del mundo no hay lugar para ninguna alternativa fatalista que pueda ser presentada en nombre de un determinismo económico o técnico. Como expresa M. Gonnin, en cualquier situación "la voluntad humana tendrá siempre la posibilidad de influir sobre el devenir de la sociedad." □

Espacios
de crítica y producción

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS - UBA

Comité de Redacción:
Jorge Dotti, José Szabon,
Gladys Palau y Pablo Gentili
Secretario de Redacción:
Carlos Dámaso Martínez

APARECIO EL N° 12

INTERNACIONAL

Perú: el fracaso de los políticos

Retroceso económico, postergación social, grave desinstitucionalización por el fracaso de la clase política y una sociedad en proceso de desestructuración son algunos de los rasgos más salientes de la crisis por la que atraviesa el Perú. Así, la opción democrática se ve críticamente condicionada.

Luis Páscar

Con la elección popular de un congreso constituyente, realizada en noviembre de 1992, los comicios municipales efectuados en enero último y la detención del líder de Sendero Luminoso, Abimael Guzmán, y un importante número de dirigentes de esta organización, puede haberse creado la impresión de una "vuelta a la normalidad". Sin embargo, Perú continúa arrastrándose penosamente por la peor etapa de su historia, en la cual la redacción de una nueva constitución - por una mayoría parlamentaria fiel a los dictados del presidente Alberto Fujimori- difícilmente puede constituir una salida.

Perú ha sufrido, a lo largo de los últimos diecisiete años, una caída económica que ha llevado el producto *per cápita* al nivel de la década de 1950. El fracaso de la clase política en el manejo de esa situación ha agudizado un grave proceso de desinstitucionalización, en el centro del cual se erige ahora un caudillo que recibe la aprobación de una buena parte del electorado. Caída económica y fracaso de la gestión pública han facilitado la apertura de un proceso de violentación en la sociedad peruana, del cual Sendero Luminoso es la expresión política y más sangrienta. Uno de los signos de este proceso es la propia percepción ciudadana: para 95% de los encuestados por APOYO (agosto de 1992), el país está en crisis, y, seguramente como consecuencia de ello, 56% de entrevistados sostienen que, si pudieran, emigrarían hacia el extranjero.

Más que una crisis

En los diecisiete años transcurridos desde que fuera desplazado el gobierno del general Juan Velasco Alvarado, quien en 1968 había intentado realizar un proceso autoritario de drásticas reformas sociales, un componente cíclicamente renovado en el costado económico de la crisis- que es su aspecto más saliente en el escenario peruano- ha sido el del ajuste fiscal y las reformas estructurales. En diversas formas y versiones, el gobierno militar de Morales Bermúdez (1975-1980) y los gobiernos popularmente elegidos de Fernando Belaúnde (1980-1985), Alan García (1985-1990) y Alberto Fujimori (desde 1990), impusieron programas de ajuste más o menos drásticos, que en definitiva se revelaron infructuosos respecto a sus propó-

tos declarados: eliminar la inflación, sanear las finanzas públicas y restablecer las bases para un crecimiento económico sostenible.

Por el contrario, en este período se ha hecho relativamente estable un perfil económico del país cuyos rasgos más salientes son: 1) muy alta inflación crónica, 2) importantes caídas del producto que no han podido revertirse, 3) creciente peso de la deuda en la actividad económica nacional y en las exportaciones, 4) la deuda externa como una carga insostenible y 5) un fisco en bancarrota. En 1992, el producto cayó por quinto año consecutivo y la inflación - a dos años y medio del último, brutal shock de ajuste impuesto por Fujimori al llegar al gobierno- se mantuvo cercana a 60% anual. Como resultado, 80% de los 22 millones de peruanos viven en condiciones de pobreza y casi la mitad de ellos se hallan en indigencia; esto es, la imposibilidad de costear el valor de sus alimentos.

Cuando los políticos fracasan

En el plano político, en Perú se ha ido desenvolviendo un fenómeno de masivo rechazo a los partidos y a los políticos. Tal rechazo se basa en la percepción de que ni desde el gobierno, ni desde la oposición, los partidos han generado conductas encaminadas a procurar beneficios a un ámbito mayor al del propio partido, pese a la gravedad de la situación nacional. En una encuesta realizada por el investigador Jorge Parodi a fines de 1990 entre sectores populares de Lima, 94% de los encuestados se declaró de acuerdo con la afirmación: "el pueblo siempre ha sido engañado por los políticos que he tenido en el país".

No es de sorprender que esa misma investigación hablara que la mayoría de los encuestados en sectores populares muestra un bajo interés por la política: una cuarta parte de los entrevistados dijo no tener "nunca" interés por la política, 60% manifestó tenerlo "cuando hay elecciones" y 15% "algunas veces"; la respuesta "siempre" no fue elegida por nadie entre los 600 entrevistados mayores de 18 años que fueron incluidos en la muestra. En concordancia, más de una tercera parte de los encuestados por APOYO (36%) se inclinaron por la opción "Que los políticos me dejen tranquilo y no me perjudiquen", mientras 56% - sobre todo, debido a una muy alta respuesta positiva en los sectores medio y alto- eligió alternativamente "Que mi opinión sea tomada en cuenta por los políticos" (junio de 1992).

Los gobiernos sucesivamente elegidos en la década pasada no sólo no han atinado a hallar remedio a la condición en caída del país. Además, los políticos en el gobierno nunca revelaron la existencia de opciones de manejo económico, con costos y resultados distintos, respecto a las cuales el país debía elegir democráticamente, a través de las instituciones de su régimen político. Por cierto, este rasgo es, como otros, com-

partido por el gobierno de Fujimori.

En general, la oposición desempeñó un rol que vino a encajar bastante bien con el asumido por el sector gobernante. Esto es, usó las dificultades económicas del país y los escasos logros de quien estuviera en el gobierno como una ocasión propicia a la multiplicación de demandas que, sobre todo desde la izquierda, fueron exacerbadas sin sujetarlas al límite de lo posible. El rechazo de cualquier iniciativa gubernamental, la negación anticipada y sistemática de posibles resultados positivos en las políticas adoptadas y el cabalgamiento de demandas y conflictos sociales, se convirtieron así en recursos útiles a quienes esperaban hacerse cargo del gobierno en la siguiente ocasión electoral.

Hacia fines del período de García, la percepción del juego de gobierno y oposición probablemente había causado efectos en el electorado. Mientras el "votar la espalda" a quien controlaba el poder podía generar entre los electores el sentimiento de haber sido traicionados, el juego opositorista era capaz de provocar la impresión de inutilidad en el esfuerzo social de realizar paros, marchas y otras acciones de protesta que no rindieron frutos en términos de modificar las políticas adoptadas "desde arriba". Este agotamiento consumió en la oposición agitación a las izquierdas y, probablemente, fue uno de los factores que las redujo- de un respaldo electoral que, entre 1978 y 1985, llegó a sumar hasta un tercio de la ciudadanía- a su actual insignificancia.

Pero no sólo los partidos quedaron al margen del interés ciudadano. También las otras instituciones del régimen político resultaron seriamente afectadas. Antes de que Fujimori dictara la clausura del parlamento y la intervención del poder judicial, APOYO exploró entre los limeños los niveles de aprobación y desaprobación del gobierno y de las principales instituciones.

El gobierno en conjunto fue aprobado por 50% de los encuestados y desaprobado por 31%. Pero el parlamento era aprobado por sólo 17% y desaprobado por 69%, mientras el poder judicial era aprobado por 12%, al tiempo que era desaprobado por un abrumador 78% (abril de 1992). Un mes después, clausurado ya el parlamento, APOYO sondeó la opinión existente respecto a los parlamentarios. 28% dijo tener una mala opinión de todos los parlamentarios, pero en el nivel socioeconómico más bajo esta opinión negativa pertenecía a uno de cada tres encuestados. 59% del total de la muestra dijo tener una mala opinión de la mayoría, pero buena de algunos parlamentarios. Sólo 8% manifestó una opinión positiva de todos, o de la mayoría de los miembros del parlamento (mayo de 1992).

La subversión y los independientes

Puede hipotetizarse que los emergen-

tes sentimientos ciudadanos respecto a partidos y políticos tuvieron dos beneficiarios principales. El primero es la subversión, que pudo presentarse como una oposición veraz y efectiva, en la medida que infligía un daño material a algunos de los responsables de las políticas económicas cuestionadas. A mediados de 1991, una encuesta de opinión encontró que 17% de encuestados en Lima consideraba que las acciones terroristas son justificables y, en el estrato más pobre -equivalente a 40% de la población de la capital- el porcentaje aprobatorio se elevaba hasta 23% (*Perú Económico*, agosto de 1991). En similar dirección corre uno de los hallazgos de Parodi, quien en su estudio halló entre sus entrevistados poca disposición manifiesta a usar de la violencia, pero comprobó que 49% de ellos se inclinaban por una actitud de comprensión ante el uso de la violencia por "otros" que la usen para "hacerse escuchar".

Sobre esta base y el desmoronamiento de la presencia del estado, la insurgencia creció desde 1980. Dos años después, gracias a sus sangrientas tácticas terroristas y a la "guerra sucia" con la que respondió ineffectivamente la represión militar y policial, el costo ha superado los 25 mil muertos y las pérdidas materiales casi equivalentes al monto de la deuda externa del país.

La propuesta senderista no parece convocar a la mayoría del país pero, al tiempo que tampoco encuentra una decidida respuesta contraria de parte de esa mayoría, si recluta a algunos miles de personas que ven en una suerte de futuro holocástico la posibilidad de refundar la nación dentro de un esquema polidiviso. Aún no es claro el efecto que tendrá sobre estas huestes, enervadas por el maoísmo, la detención de su líder, Abimael Guzmán, ocurrida en septiembre de 1992. Es probable que en un movimiento de este tipo la caída del líder tenga un impacto poderoso. Pero es difícil imaginar que pronto pueda darse por terminado el intento subversivo. No sólo debido a que Sendero Luminoso mismo habrá de mantenerse en acción por cierto tiempo, aunque carezca de horizonte estratégico, sino porque cualquier mutación del fenómeno encontraría en el país un ambiente relativamente favorable a su desarrollo, tanto en las condiciones socioeconómicas prevalecientes como en las actitudes de la población. En la encuesta de Jorge Parodi aparece que, si bien tres cuartas partes de los entrevistados indica que la democracia es su forma de gobierno preferida, 81% del total se manifiesta en favor de un "gobierno no elegido por el pueblo pero que sea justo y mejore la situación". En esta categoría bien podría en un futuro cercano quedar albergada una propuesta subversiva que use la violencia menos excesivamente que Sendero Luminoso y apele mejor a la prolongada insatisfacción de los peruanos.

El segundo sector beneficiario del rechazo ciudadano a partidos y políticos fueron los "independientes"; esto es, personas que empezaron a aparecer en la escena política, sin trayectoria política previa ni vinculaciones con los partidos poli-

Participantes de la reunión de Montevideo

Ariel Armel (Colombia), Rodrigo Arocena (Uruguay), Judith Astelarra (España), Danilo Astori (Uruguay), Euclides Acevedo (Paraguay), Hugo Batalla (Uruguay), Nora Berreta (Uruguay), Atilio Borón (Argentina), Luis Breón (Uruguay), Angel Bruno (Argentina), Martín Buxeda (Uruguay), Emilio Camacho (Paraguay), Gonzalo Carámbula (Uruguay), Jorge Castañeda (México), Manuel Castillo (Costa Rica), Gérard Collomb (Francia), Germán Correa (Chile), Rubén Correa Fleitas (Uruguay), Alberto Curiel (Uruguay), Isidoro Cheresky (Argentina), Mauricio Dias David (Brasil), Daniel Díaz Maynard (Uruguay), Donato Di Santo (Italia), Antonio Elias (Uruguay), Santiago Escobar, Guillermo Estévez Escobar (Argentina), Rui Falcão (Brasil), Yamandú Fau (Paraguay), Hugo Fernández (Uruguay), Brasilmar Ferreira Nunes (Brasil), Adolfo Ferreiro (Paraguay), Angel Flitsch (Chile), Hebert Gatto (Uruguay), Reinaldo Gargano (Uruguay), Carlos González Marques (Chile), J.J. Kurliansky (Francia), Ricardo Lagos (Chile), Manuel Laguara (Paraguay), Jorge Lanzaro (Uruguay), Néstor Laverne (Argentina), Simón Lázara (Argentina), Eduardo de León (Uruguay), Fredy Lima (Uruguay), Samuel Lichtenstein (Uruguay), Luis Maira (Chile), Jaime Marques Pereira (Brasil), Eduardo Miranda (Uruguay), Eduardo Miranda Salas (Chile), Neiva Moreira (Brasil), Rodolfo Nin Novoa (Uruguay), Raúl Pagoni (Francia), Juan Carlos Portantiero (Argentina), Osvaldo Puccio (Chile), José Manuel Quijano (Uruguay), Irineo Riri Correa (Uruguay), Domingo Rivarola (Paraguay), José Carlos Rodríguez (Paraguay), Osvaldo Rosales (Chile), Enrique Rubio (Uruguay), Pierre Salama (Francia) y Rafael Vergara (Colombia).

La Ciudad Futura

Suplemento/11

¿Existe una alternativa al neoliberalismo?



Ciclo de Seminarios organizados por la Fundación Jean Jaurès

A punto de culminar un ciclo dominado por la ideología y las propuestas políticas neoliberales, las fuerzas progresistas comenzaron a recorrer el camino que las aleja del desconcierto que se había apoderado de ellas en los últimos años. Disminuidos el vertiginoso accionar y la soberbia del nuevo dogmatismo que se había introducido en las sociedades actuales, y conocidas ya las consecuencias sociales de una política que tenía y tiene como su eje articulador al mercado autorregulado, es decir libre de cualquier intromisión del estado, que se expresa en los hechos en la más grande concentración de riqueza y de poder y en la más formidable exclusión social de que se tenga conocimiento, los valores de la libertad, de la igualdad de oportunidades y de la solidaridad, que habían sido erosionados por el utilitarismo desenfrenado, resurgen en búsqueda de una nueva traducción política, en condiciones por cierto distintas a las de las épocas de sus mejores implementaciones. Precisamente este nuevo escenario, el de la mundialización de la economía, y problemas de renovada importancia como la nueva relación entre estado y mercado, la reforma democrática del estado, las nuevas fronteras entre espacio público y espacio privado, las relaciones entre cultura, democracia y desarrollo, en fin, el camino a recorrer para la implantación de los derechos universales de ciudadanía, fueron objeto de reflexiones en el Ciclo de Seminarios organizados por la Fundación Jean Jaurès que se inició en Montevideo entre el 16 y el 18 de julio de este año, que presidió Pierre Mauroy, presidente de la Fundación Jean Jaurès y de la Internacional Socialista, y que tuvo como invitados especiales a los ex presidentes Raúl Alfonsín, Rodrigo Borja y Julio María Sanguinetti, al gobernador de Río de Janeiro, Leonel Brizola, y al intendente de Montevideo, Tabaré Vázquez. Algunas de esas reflexiones, las que sirvieron de introducción a las diversas mesas de trabajo, integran el cuerpo de este Suplemento. Otras, serán publicadas en los próximos números de *La Ciudad Futura*.

Del populismo al liberalismo

Estado y economía en América Latina

Jorge Castañeda

Vuelta a los mercados intrinsecos y fragilidad de las políticas económicas

Pierre Salama

Acerca del rol del estado en la actualidad

Raúl Alfonsín

Cultura, democracia y desarrollo

Ricardo E. Lagos

Del populismo al liberalismo

Estado y economía en América Latina

El desafío de América Latina sigue siendo encontrar el camino para lograr crecimiento con equidad. Hasta ahora todos los intentos, si es que los hubo, fracasaron.

Jorge Castañeda

El primer punto que hay que destacar es que el neoliberalismo, la aplicación de políticas llamadas neoliberales en toda América Latina desde hace unos cinco o seis años, es una fuga hacia adelante frente a un problema real que el Continente enfrenta desde hace mucho tiempo. Empezaremos describiendo ese problema a través de una metáfora, o de una paradoja que fue maravillosamente formulada por un economista chileno ahora fallecido, Fernando Fajnzylber, llamada paradoja de la casilla o de la caja vacía. Fajnzylber construyó una teoría de crecimiento y, de acuerdo, definió el crecimiento básicamente como una función de lo que ha sido el crecimiento en los países industriales a lo largo de los últimos tres años, y definió la equidad a través de una sencilla fórmula de distribución del ingreso nacional en los países de América Latina, y también en función de lo que es la equidad en los países desarrollados. Trató de ver qué países latinoamericanos tenían altos niveles de crecimiento, bajos niveles de equidad y cuáles tenían altos niveles de crecimiento y altos niveles de equidad desde la segunda guerra mundial en adelante hasta mediados de los años 80. Por supuesto que hubo algunos países que habían logrado altos niveles de crecimiento económico, siendo México y Brasil los más notables de ellos. Desde luego que estaban también los países que habían logrado o que ya tenían dosis de equidad satisfactorias comparables a las de Europa occidental, por ejemplo Argentina, Uruguay, Costa Rica y Chile. Y además había muchos países que no lograron ni crecimiento económico ni equidad, como los centroamericanos, los del Caribe, Perú, Ecuador, etc. Pero no había un solo país que, en 40 años de historia económica y social, haya logrado combinar el crecimiento con la equidad. Desde la posguerra vivimos en América Latina una era de ausencia de crecimiento con equidad. Ningún país lo ha logrado. Este es dilema central de la región, y es el dilema ante el cual el populismo en el pasado y el neoliberalismo hoy son respuestas fallidas.

Si es esta constante en la historia económica y social reciente de la región le sumamos también el hecho de que, salvo notables excepciones —aunque ellas han tenido a su vez sus excepciones: Uruguay, Chile, Costa Rica—, no prevaleció la gobernanza democrática, tenemos ante nosotros un problema fundamental: cómo combinar crecimiento económico con equidad y gobierno democrático en América Latina. Se trata de un problema que nadie ha podido resolver, que no es fácil resol-

verlo. Y esta es por cierto la cuestión a la que hay que responder.

Se trata de una enorme tarea de desarrollo, pero sin la estructura social y sin las estructuras políticas democráticas que la hagan posible. Esto ha creado un enorme reto financiero para el desarrollo, el reto de encontrar el dinero para que el estado haga lo que tiene que hacer, aun con la agenda del estado chico del consenso de Washington.

No se ha podido encontrar la respuesta a la pregunta de dónde vendrá el dinero para financiar lo que hay que hacer.

Porque hay grandes discrepancias entre neoliberales, socialistas, populistas, como se los quiera llamar en América Latina, a la vez que hay también grandes consensos, por lo menos de labios para afuera, de que el estado debe asegurar la educación, la salud y desempañar un papel fundamental en la construcción de infraestructura, de vivienda, etc., y en la defensa del medio ambiente.

Si todos tenemos entonces una agenda para el estado, el problema es pues encontrar el dinero para que el estado pueda cumplir con esa agenda. Y esa es en cierto sentido la segunda constante de la evolución económica y social de América Latina de los últimos 40 años: no se ha podido encontrar el dinero, se ha ido de una fuga hacia adelante a otra a lo largo de esos años tratando de encontrar los fondos para financiar un desarrollo respecto del cual supuestamente todos estamos de acuerdo.

Primero se trató de buscar el dinero procedente de rentas extraordinarias. A partir de 1938 en México, y hace 5 o 6 años en algunos otros países, se nacionalizaron prácticamente todos los recursos naturales existentes en América Latina. Como se trata de una región rica se nacionalizaron muchas cosas, y en muchos casos las rentas extraordinarias procedentes de esas nacionalizaciones y de esos recursos sirvieron de mucho. Se pudieron hacer numerosas cosas con esas rentas, pero como era inevitable, en algún momento esa renta se iba acabar, y por cierto se acabó. La historia a veces es trágica, y a veces le juega truco perverso a la gente. Carlos Andrés Pérez, quien nacionalizó el petróleo venezolano, al volver al poder 15 años después se vio obligado a iniciar su privatización. Pero la tendencia, más allá de la perversidad de la historia, está presente en muchas partes. Ya sea a través de los recursos naturales o del monopolio de servicios, ferrocarriles, teléfonos, etc., se siguió en la búsqueda de esas rentas extraordinarias, y si bien en algunos casos se logró algo, en todos ellos esos recursos terminaron por agotarse.

Cuando todo eso se terminó, había que seguir financiando el desarrollo de la mencionada agenda, pero también las crecientes necesidades que derivaban del aumento de la población, mucha de la cual se trasladó a las ciudades. Entonces se recurrió a la deuda externa. Y durante 10 años casi vivimos de eso. Resolvimos el proble-

ma del financiamiento del estado mediante el crédito, hubo quien nos prestara y casi todos estuvimos dispuestos a endeudarnos. El hecho de que todos estos dineros a veces se haya malgastado, casi siempre mal administrado y en algunos casos francamente robado, no altera el problema fundamental, esto es que no había dinero y que se lo buscaba para tratar de financiar este desarrollo. Pero, ¿por qué no se buscaba el dinero ahí donde lo encontraron otros? ¿Por qué no se lo buscó básicamente por la vía fiscal, que es la vía que en el

resto del mundo se utilizó para financiar el desarrollo, cuando se financió? ¿Por qué no se establecieron sistemas fiscales como los que existen en Europa, como los que existen en Asia, que hubieran permitido, o por lo menos permitieron en otros países, financiar tareas semejantes aunque quizás más livianas?

El problema era fundamentalmente político. Sin el sesgo redistributivo de la democracia representativa el fisco no funciona. Así las cosas, hacia fines de los años 70 América Latina terminó en una situación casi trágica. La carga tributaria, como proporción del producto interno bruto, es la mitad de lo que se logra en Europa occidental y 50% menor que la de los países del Este asiático. Con esos dineros aquellos países financiaron el desarrollo, pero aquí no se podía seguir ese camino aunque hubo esfuerzos extraordinariamente llevados a cabo (los casos más exitosos, por gobiernos no de izquierda sino de derecha: el gobierno militar brasileño del 68 y el gobierno chileno en 1975, por ejemplo).

No se emprendió ese camino sino que se fue de fuga hacia adelante. Cuando se agotó la deuda externa comenzó la huida fuga hacia adelante, que es la que vivimos ahora, y que consiste en la

venta de los activos que se habían nacionalizado antes. Ya no generan rentas extraordinarias, pero al menos generan ingresos constantes de su venta. Y con esto se espera financiar, pero como la carga es cada vez más alta y los recursos son cada vez menores se tiene que realizar un ajuste. Y por cierto se han hecho enormes ajustes financieros macroeconómicos a lo largo de los últimos diez años en América Latina, algunos de los cuales han sido sumamente exitosos. Pero la característica principal constante y general de esos ajustes es que todos se hicieron del lado del gasto, nunca del lado del ingreso.

Veamos el caso mexicano: según la propia OCDE, en 1980, época máxima del boom mexicano anterior, los ingresos tributarios representaban el 18% del PIB en México. En 1991, después de 11 años de estancamiento económico, 5 años de reforma económica neoliberal, de un esfuerzo muy meritorio de mejoramiento de la recaudación fiscal bajo el actual régimen, el total de impuesto sobre el PIB era de 17.9%, es decir 0.1% menos que hace 11 años. Todo

el ajuste mexicano de los últimos once años se hizo del lado del gasto, nada se hizo del lado de los ingresos. No es sorprendente si recordamos el ejemplo de Emilio Azcárraga, el hombre más rico de América Latina con una fortuna de más de 5 mil millones de dólares y dueño de la empresa Televisa, que es la empresa privada más fuerte de toda América Latina, y que paga impuestos como todos quisiéramos pagarlos: en especie. Televisa paga impuestos con tiempo de antena que le regala al gobierno de México. Esta a veces lo utiliza bien, a veces lo utiliza mal, a veces no lo utiliza. De esa manera es muy difícil hacer un ajuste del lado del ingreso y no sólo del lado del gasto.

El problema es entonces que si se quiere llevar a cabo incluso la agenda chica del llamado Consenso de Washington —consenso que incluye al Banco Mundial, al FMI y a los organismos e intelectuales que circulan en torno a estas instituciones— se tiene el problema que no se puede lograr ni siquiera esa agenda sin una redistribución fiscal; simplemente no es posible hacerlo.

Todo esto me lleva a hacer un breve balance o resumen de la situación actual de América Latina y del neoliberalismo, para mostrar cómo —por no entender las reformas pendientes realmente urgentes, que son ante todo de tipo redistributivo y fiscal— no está funcionando el paradigma neoliberal. En realidad se han generalizado tres tipos de situaciones: la primera es que en algunos casos simplemente no se da el crecimiento esperado, se llevan a cabo todas las reformas, se hace toda la tarea, se realiza todo lo que dice que hay que hacer, y en una palabra se cambia un país, un gobierno, un modelo de lo que hay que hacer, y sin embargo, debido a restricciones internas y externas, simplemente no se genera el crecimiento. Ovidiosmos del nuevo de la equidad: ni siquiera hay crecimiento.

Los tres casos más notables al respecto son el de México, el de Colombia y el de Perú. Hay que recordar que el milagro mexicano, que el modelo mexicano descansaba hoy, en 1993, en tres años seguidos, 1992, 1993 y lo que será 1994, en un crecimiento per cápita de 0.5 por año. Después de 40 años de haber crecido 3 puntos per cápita por año.

La economía mexicana se encuentra hoy en una virtual recesión; lo está desde hace un año y medio, y no puede crecer. No es que el gobierno se equivoque, que no sepa qué hacer o no tenga instrumentos. Tiene todo. Quizá sea uno de los gobiernos más competentes del mundo. No es que se sepan cómo hacerlo: no pueden. La economía mexicana se ha topado con tales restricciones externas e internas, que no puede crecer. La situación en Colombia y en Perú es semejante, aunque el grado de ajuste llevado a cabo quizá sea menor y las dificultades pendientes sean mayores.

Otro es el caso de aquellos países en los que hay crecimiento, si se genera el crecimiento, pero no sólo no va acompañado de equidad, sino, como ya varios lo han señalado, se empiezan agotando de mane-

ra, estos verdaderos caudales de flujos de recursos en los últimos tres o cuatro años, si uno ve las tasas de inversión pública y privada país por país en América Latina durante ese lapso, no hay el más mínimo movimiento: es una línea estable. Llegó dinero, pero la inversión física, la inversión real en las economías de América Latina permanece completamente estable. Y este es el problema fundamental que también se da hoy con el paradigma neoliberal.

Si tenemos una agenda para el estado, el problema es cómo encontrar el dinero para que el estado pueda cumplir con esa agenda.

dad cambiaría no se daría el apoyo político de las clases medias a los gobiernos que están llevando a cabo estas reformas.

El nuevo populismo latinoamericano es, si se quiere, un populismo cambiario, que garantiza artificialmente un tipo de cambio sobrevaluado para permitir un consumo generalizado de bienes importados para las clases medias, castigando a otros sectores de consumo y permitiendo la importación masiva de esos bienes que por supuesto genera déficit. En cualquier otra economía con un déficit semejante se impondría una devaluación. Con ataques especulativos como los que ha habido contra distintas monedas en América Latina en los últimos años debería haber devaluaciones. Pero en México, en Argentina, en Venezuela, etc., no se puede devaluar porque si se devalúa se va todo al demonio. Esto hace que la democracia se vaya volviendo cada vez más difícil, porque está preñada a esa estabilidad cambiaria. Sin estabilidad cambiaria la democracia se entorpece. ¿Qué pasará? Las clases medias ya no estarán tan contentas, los índices de popularidad de los presidentes empezarán a caer y al caer esos índices comenzará una sanción electoral, parlamentaria en su caso, por políticas altamente impopulares, lo cual no va a suceder.

Las presiones sociales y las demandas se canalizan por otras vías. Se produce un umbral de tolerancia de la corrupción cada vez menor, presiones sociales cada vez mayores y, como decía anteriormente, la emergencia de un nuevo populismo: el populismo cambiario en América Latina.

Este es un balance muy rápido, muy superficial, de como voy hoy la situación en América Latina, del estado actual del paradigma neoliberal. ¿Qué sigue esto? ¿A dónde ir? Para empezar seguir trabajando para tratar de dilucidar algunas de las grandes interrogantes que siguen pendientes. Pero, obviamente, también se ven delinean algunas direcciones, grandes ejes de avance por donde se puede ir. Como objetivo a largo plazo se tiene que llenar la casilla vacía. Si no se logra llenar la casilla de crecimiento con equidad, si no se logra hacer que los países crezcan y tengan equidad, no se va a avanzar ni en la democracia ni en la justicia ni en mejorar los niveles de vida en América Latina. No se puede postergar una cosa hasta que se logre la otra. Eso ya lo intentamos en diversas ocasiones: o se postergó el creci-

miento para lograr la equidad o se postergó la equidad para lograr el crecimiento. Se tiene que avanzar en ambos frentes simultáneamente. Dicho de otra manera: redistribuir y crecer al mismo tiempo. Si no se hace eso no se avanza. Y hacerlo significa considerar nuevos pactos internos y externos. Se trata entonces de realizar internamente una gran reforma fiscal y aumentar la carga tributaria de un 17% sobre el PIB a por lo menos un 50%, para alcanzar niveles similares al los del Este asiático. Y, a la vez, en el ámbito externo, tratar de buscar acuerdos más allá de tratados de doble circulación que obliguen a acotar la libertad de circulación del capital desde el punto de vista fiscal. Que inviertan su dinero donde quieran, pero que paguen impuestos donde viven. Y si no quieren vivir allí que vayan a vivir en otra parte.

El otro elemento fundamental es que tiene que haber un aval o sanción democrática a cualquier pacto interno que se logre. En el pasado, desde el punto de vista del estado, América Latina ha tenido no estados obesos o sobredimensionados sino estados pobres y autoritarios. Lo que se necesita ahora es un estado con recursos y a la vez democrático. En los últimos 10 años este último aspecto está siendo logrado, pero existen insuficiencias. Nuestras democracias son sólo precarias y de baja intensidad sino también poco arraigadas, pues no han metido sus raíces en todos los ámbitos de la vida pública. Descentralización, mayor automatización de los distintos entes del estado, etc., es una tarea política y económica prioritaria, porque es ese aval democrático lo que permitirá y garantizará los pactos sociales, económicos y políticos que posibilitará avanzar por la vía de la redistribución.

NUEVA SOCIEDAD

NOVEDADES

Rafael de la Cruz (coordinador)

Descentralización, gobernabilidad, democracia

Diego Abente Brun

Paraguay en transición

Perry Anderson
Norberto Bobbio
Umberto Eco
Socialismo Liberal

Varios
Sistemas políticos, poder y sociedad.
Estudios de casos en América Latina

Francine Jácume
Diversidad cultural y tensión regional
en América Latina y el Caribe

Ruy Mauro Marini
América Latina, democracia
e integración

Varios
América del Sur hacia el 2000

González Martínez
América Latina: el precio de vivir
de las materias primas

NUEVA SOCIEDAD
Distribución editorial
FONDO DE CULTURA ECONOMICA
Suiza 017, 1008 Buenos Aires
Tel. (01) 322-98023 • Fax (01) 322-7262

Vuelta a los mercados internacionales y fragilidad de las políticas económicas

La salida neoliberal a la crisis latinoamericana finalmente terminará tensando el hilo de nuestras economías. ¿Pero, entonces, que vendrá después?
¿Regresará acaso una nueva era de proteccionismo y de un rol activo del estado?

Pierre Salama

Desde hace algunos años, los diferentes países latinoamericanos, se reinseran en los circuitos financieros internacionales. Interrumpida en agosto de 1982 cuando México no pudo responder a los vencimientos de sus compromisos, esta nueva presencia en los mercados financieros internacionales resulta muy importante: en 1991, por primera vez desde 1982, el ingreso neto de capital desde el exterior, luego de haberse duplicado entre 1990 y 1991, sobrepasa las fugas producidos por los títulos de la deuda externa. Los ingresos netos se elevan entonces a 8400 millones de dólares en 1991 y pasan en 1992 a 27400 millones. La reinsertión toma diferentes formas. Los créditos de concesión, mayoritarios hace diez años, ceden ante los nuevos productos financieros.

El contexto en el cual se ponen en marcha las nuevas políticas de ajuste y las consecuencias macroeconómicas de tratamiento de la deuda externa se ven afectados por este retorno sobre los mercados financieros internacionales. Un ejemplo: el efecto depresivo, producto de las transferencias de capitales que financiaban el servicio de la deuda externa, puede ser compensado por este aporte de capitales del extranjero.

Podríamos pensar que sólo los países que resolvieron sus grandes desequilibrios (inflación, déficit presupuestario) y supieron encontrar el camino del crecimiento, gozarían de esta afluencia de capital, que vendría a coronar, en cierta forma, sus "éxitos". Nada de eso. México y Argentina reciben cantidades considerables de capitales privados, 5,9% y 7,6% respectivamente de sus PNB en 1991, pero Brasil también. Este último recibe en efecto, durante el mismo año, 2,7% de su PNB, o sea 11600 millones de dólares y 14324 millones en los diez primeros meses de 1992, mientras que atraviesa probablemente por la peor depresión económica de su historia desde la segunda guerra mundial y una hiperinflación que no llega a dominar (...).

Aunque el país no cumpla con el conjunto de condiciones capaces de abrirle las puertas de los mercados financieros internacionales, éstas se le abren sólo. En realidad la apertura varía según la situación económica y las garantías requeridas; pero ella está presente y nos obliga a pensarla.

A partir de aquí uno estaría tentado a hacer un paralelo con el período anterior a 1982, en el que estos países obtenían fácilmente créditos en los mercados financieros internacionales. El mercado internacional se caracterizaba por lo que entonces se llamó, después de Hicks, una economía de endeudamiento superficial, y buscaba situar sus excedentes de liquidez sin un análisis serio de los riesgos de países.

Este paralelo es, sin embargo, engañoso. La refluencia de capitales hacia los países latinoamericanos, sea cual sea el estado de sus econo-

mías, se explica probablemente - y antes que nada -, por el balance globalmente positivo que hicieron los bancos de la gestión de las deudas (a pesar de todo han pagado muchísimo), el desarrollo de nuevos productos financieros que otorgan una serie de garantías, disminuyendo bastante los costos de transacción, la política de altas tasas de interés aplicada por estos países y el fuerte diferencial de tasas entre EEUU, más que por el exceso de liquidez del mercado financiero internacional. Sin embargo, se pueden establecer algunas aproximaciones con ese período: las tasas de interés americanas fueron débiles hasta 1979 y lo son nuevamente hoy (aunque no lo sean en los países europeos), la moneda estaba sobre-valorada, es revalorizada desde hace algunos años; las reservas de los bancos centrales aumentaban antes de 1982, y continúan haciéndolo hoy. Pero hay diferencias que subsisten: el mercado internacional no funciona de la misma manera, globalización financiera mediante; los controles de cambio son atenuados o suprimidos; la situación es o buena o mala, pero frágil; era muy buena antes de 1982 en las economías semiindustrializadas.

La situación actual es entonces original en un doble aspecto. Las políticas económicas se inscriben en un contexto de abundancia de capitales que provienen del extranjero, sin ser ellas la causa de ese flujo - o al menos la única causa -.

Esta originalidad nos llama a reflexionar. No es porque parece haber una, sobredeterminación de los mercados financieros internacionales que las políticas económicas aplicadas no ejercen ninguna influencia. Una de ellas, la política de cambio aplicado desde hace algunos años por la mayoría de los gobiernos latinoamericanos, parece haber jugado - juega - un rol central. Esta política rompe con la política de maxidevaluación decidida el día después de la moratoria de hecho de México (agosto de 1982) en la mayor parte de los países. La apreciación de la moneda es en general efectiva desde hace algunos años y se mantiene o se estabiliza.

La apreciación de la moneda nacional con respecto al dólar - o sea una canasta de monedas - no siempre conduce a una desaceleración del aumento de precios. Los resultados son, por el contrario, contradictorios. El aumento de precios se acelera y/o desacelera (...).

I. Depreciación del cambio y aumento de precios

A la evolución de las políticas de cambio. Las políticas de ajuste de primera generación, aplicadas después de agosto de 1982, se caracterizan fundamentalmente por el énfasis puesto en el servicio de la deuda. Aplicaban primero maxidevaluaciones - para aumentar las exportaciones -, segundo, la reducción de ciertos gastos públicos para eliminar el déficit presupuestario y bajar la tasa de inflación. Las políticas de ajuste heterodoxas que siguieron y que pusieron en marcha algunos países, sobre todo Brasil y Argentina, han incluido en la demanda, antes que en la oferta y constituyeron respuestas keynesiano-estructuralistas a los fracasos repetidos de las políticas de ajuste de primera generación.

Sus semirrascos (aproximadamente al año para los planes Cruzado en Brasil y Austral en

Argentina), y posteriormente los fracasos más rápidos de los planes que les sucedieron, condujeron primero a la puesta en práctica de políticas de retención del ahorro, para congelar el servicio de la deuda interna que se inflaba demasiado; y constituía una verdadera "bomba de tiempo"; después, pero en un mismo movimiento, a políticas de ajuste de segunda generación, de inspiración liberal. Estas consisten en la reducción de los desequilibrios y tienen como objetivos: la eliminación de la hiperinflación, el regreso al crecimiento, la reducción de la pobreza. El pago del servicio de la deuda externa ya no constituye el objetivo principal. Está subordinado a los otros objetivos enunciados. Empieza entonces el período llamado "de los planes Brady", que busca aligerar el servicio de la deuda externa.

Estas políticas se caracterizan por una apreciación de la moneda, con respecto al dólar, en términos reales, y una concepción algo distinta del rol del Estado. El énfasis está puesto más en las privatizaciones que en la reducción del gasto público, más en la liberalización del comercio externo que en el proteccionismo; y, después, en los ritmos y articulación de las medidas de liberalización entre los sectores interno y externo (...).

b. Del rol de la tasa de cambio en hiperinflación. En períodos de fuerte inflación y sobre todo de

hiperinflación, los agentes buscan indexar la evolución de sus precios a la inflación. Usado en un primer momento, el nivel general de precios es abandonado cuando las posibilidades de manipulación aceleran el aumento de precios. La tasa de cambio juega entonces un rol central en la definición de las anticipaciones. Cuando existe el cambio de cambios, la tasa de cambio paralela es más fiable que la tasa de cambio oficial. Se torna en clara medida un indicador del rol que en el futuro va a ser esta última tasa. Frente a la pérdida de una referencia cierta, por el profundo desorden monetario, la referencia a esa tasa de cambio permite disminuir la incertidumbre. Los precios, convertidos a la tasa de cambio paralela, evolucionan entonces de manera más coherente. La indexación a la tasa paralela permite preservar una mínima coherencia en la estructura de los precios relativos (...).

La tasa de cambio juega cierto rol en la perpetuación de la inflación y en su aceleración. La perpetuación viene de los mecanismos de indexación. La aceleración se deriva a la vez del carácter imperfecto de la indexación y de los movimientos de la tasa de cambio producidos por el deterioro de la situación económica.

La indexación de los salarios a los precios, de los precios a los precios y luego a la tasa de cambio, alimenta la inercia de la inflación cuyo origen no radica sin embargo en esa indexación. Dicho de otra manera, la indexación no es más que la manera de perpetuar una inflación cuyo origen está en otra parte. El aumento de la tasa de inflación y su pasaje a un nivel superior se explica a la vez por la transferencia de capitales, brutal e importante, en nombre del servicio de la deuda externa, y por el agudamiento y posterior estabilización de la paja distributiva.

Cuando un gobierno no llega a dominar la aceleración de la inflación, no maneja sus gastos a causa sobre todo del impulso del servicio de la deuda interna, la credibilidad de su política económica se ve comprometida. Esta pérdida de credibilidad se traduce en presiones sobre la tasa de cambio paralela. La diferencia crecientemente entre la tasa de cambio paralela y la oficial manifiesta a la vez las anticipaciones pesimistas de los agentes y la tentativa del gobierno de mantener su política de cambio. Esta, menos creíble, no puede durar, y la tasa paralela, considerada como más confiable, sirve de indexador a los precios. Como su movimiento se caracteriza por una depreciación crecientemente, el aumento de precios tiende a acelerarse (...).

El rol central que juega la tasa de cambio debe entonces comprenderse a partir, no de consideraciones sobre la masa monetaria y los mecanismos que le estarían ligados, como lo hacen los monetaristas, sino de estrategias de actores (mundo del trabajo frente a él de las empresas, empresarios entre ellos) cuyo juego por mantener un poco de coherencia en la estructura de los precios relativos, se articula de manera diferenciada en torno a las evoluciones de la tasa de cambio paralela. Detrás del cambio, está la supervivencia para los agentes, la estrategia de *mark up* y los costos de oportunidad de permanecer en el sector productivo con respecto al sector financiero para otros.

Tasa de cambio depreciada e hiperinflación, apreciada y fin de las hiperinflaciones parece haber simetría. En el caso de México y en el de la Argentina esta simetría será en el caso de Brasil no la hay. Es lo que vamos a ver ahora.

II. Apreciación del cambio y evolución de los precios

A sobre la apreciación del cambio. Las salidas de crisis que conocen la Argentina y México son originales y clásicas a la vez. Hasta hace poco, el servicio de la deuda debía asegurarse por fuertes excedentes de la balanza comercial. Las políticas pusieron en práctica (depreciación de la moneda, reducción de los gastos públicos) para obtener esos excedentes, acentuaron los desequilibrios y se trajeron en un agravamiento de la pobreza combinado con una "financiarización" creciente de la actividad de muchas empresas en detrimento de sus actividades productivas, cuando éstas no desaparecieron pura y simplemente. Las nuevas políticas de ajuste, llamadas de segunda generación, se caracterizan en parte por una apreciación de su moneda con respecto al dólar.

La tasa de cambio real subió en México. Después de una maxidevaluación en 1982 del orden del 50% en términos reales, la tasa de cambio real vuelve a apreciarse entre 1983 y mediados de 1985, y conoce luego fuertes devaluaciones hasta principios de 1987. Una apreciación de la moneda comienza entonces, pero es interrumpida provisoriamente por la fuerte crisis bursátil internacional, que en México se traduce en una caída drástica de la bolsa, en salidas de capitales y, por ende, dos devaluaciones. Desde entonces la apreciación de la moneda es programada ya que la devaluación monetaria es regular y se sitúa por debajo de la tasa de inflación.

Desde que el Plan Cavallo fue puesto en marcha en abril 1991, la tasa de cambio real aumentó en Argentina aproximadamente un 40%. A diferencia de México, la apreciación de la moneda resultó al mantenimiento de la tasa de cambio nominal al valor definido en el Plan (sólo pudiendo ser modificado por ley) de 1000 australes (equivalentes a un peso nuevo) por dólar. La diferencia inflacionaria con los EEUU explica la apreciación de la moneda nacional. Se puede

calificar a esta política como de dolarización activa. Dolarización, ya que la referencia es el dólar (un peso equivale a un dólar); activa, ya que la relación es fijada por los Poderes Públicos en lugar de ser padece por ellos, como fue el caso durante los períodos hiperinflacionarios. Con la dolarización activa la función de circulación de la moneda nacional podría ser realizada por el dólar, mientras que con la dolarización pasiva éste cumpliría primero la función de unidad de cuenta y luego la de circulación (para los productos de lujo y otros productos durante los períodos de hiperinflación activa). Esto es lo que permite comprender que haya una inflación en dólares.

El mantenimiento de la paridad nominal, mientras perdure el diferencial (decreciente) de precios.

b. La depreciación. Se sabe que el principal defecto de la teoría del poder adquisitivo, cara a numerosos monetaristas, es de no tener en cuenta la influencia de la modificación de los precios relativos internos en la determinación de la tasa de cambio e, inversamente, de no poder analizar las consecuencias que una modificación de la tasa de cambio puede acarrear sobre tal estructura de precios. Las políticas de apreciación monetaria establecidas al final de los años '80 tienen como objetivo permitir una sustancial modificación del aparato productivo, suscitando una reducción de la inflación. Es por esto que estas políticas se insertaban en un conjunto de medidas que podíamos agrupar de tal manera:

1. Anuncio de devaluaciones nominales periódicas por debajo de la tasa de inflación anterior, anticipando una tasa de inflación futura más baja y, en último caso, anuncio de una paridad nominal fija por el dólar. Estos anuncios van acompañados de una liberalización del cambio y de una reducción consecutiva de los obstáculos a la movilidad del capital de los no residentes y/o residentes. Evidentemente si perduran obstáculos importantes, estos últimos no tendrán ningún impacto. Inversamente, si éstos no son importantes, no impiden la llegada de capitales e incluso pueden regularizarla.

2. Anuncio, a veces, de una política que define claramente los límites de la emisión de moneda (Argentina).

3. Una liberalización externa: menos subvenciones para los productos exportados, menos protección para los productos importados (cuantitativos y tarifarios) con la perspectiva de constitución de zonas de libre intercambio (Mercosur para Argentina, Brasil y Uruguay; más significativo el Traito de Libre Comercio entre México, Canadá y sobre todo EEUU).

4. Una liberalización interna: el recorte del rol del estado en el sector público mediante amplios programas de privatización que deben a la vez aligerar o parte el servicio de la deuda externa reduciendo su peso, el servicio de la deuda interna devaluaciones hasta principios de 1987. Una apreciación de la moneda comienza entonces, pero es interrumpida provisoriamente por la fuerte crisis bursátil internacional, que en México se traduce en una caída drástica de la bolsa, en salidas de capitales y, por ende, dos devaluaciones. Desde entonces la apreciación de la moneda es programada ya que la devaluación monetaria es regular y se sitúa por debajo de la tasa de inflación.

Basado en concesiones en materia de evolución de salarios, de precios de productos de primera necesidad, o posibilitado por la llegada al poder de un partido ligado orgánicamente al movimiento sindical sin que haya una definición formal de los términos del acuerdo, permite reducir la inestabilidad de la paja distributiva, provoca una disminución

del aumento de los precios y aclara el horizonte económico para los inversores.

No es sólo la política de apreciación la que conduce a la reducción de la tasa de inflación. Solamente si este conjunto de medidas está puesto en práctica la política de apreciación de la moneda nacional llega a ser efectiva e influye sobre el curso del aumento de los precios. Es entonces cuando se hace creíble. Este fue el caso en México y en Argentina que, por distintas razones y con distintas formas, consiguieron hacer creíbles sus políticas de salida de la crisis, incluso después de varios fracasos. Esto no fue el caso en Brasil.

Este tipo de cambio real efectivo ha sido apreciado, luego de haber sido depreciado, y por lo tanto, más estabilizado a un nivel real intermedio, ya que pasa del índice 104 en 1987 (base 100 en 1985) al índice 65 en 1990 (apreciación) para volver a subir (depreciación) después unos veinte puntos en 1992. No hubo anuncio de devaluación regular, tampoco una liberalización tan importante del cambio (subsiste un mercado paralelo); la liberalización externa ha sido menos importante, como así también la liberalización interna. Las pajas distributivas no han conducido a una tregua duradera. Por el contrario, la reducción del poder adquisitivo ha mantenido el conflicto distributivo. Contrariamente, la repetición de los conflictos distributivos no podía pues conducir a una reducción duradera de la inflación y demostraba de nuevo que no es tanto la amplitud de la pérdida del poder adquisitivo que es importante en el proceso antiinflacionista, sino la manera con la que se ha obtenido. "Aceptada" en México, en Argentina es una de las causas de la disminución del aumento de los precios en estos países; rechazada en Brasil es una causa no sólo del carácter inercial de la inflación, sino también de su aceleración.

«Una desinflación competitiva o el peligro latente»

1. La desinflación es competitiva cuando se acompaña de una modificación sustancial de las condiciones de producción. Ya sabemos que se opone al mejoramiento de la competitividad obtenida gracias a la devaluación de la moneda. La primera sería duradera ya que resultaría del aumento de la productividad del trabajo. Actuaría pues en profundidad. La segunda sería por naturaleza superficial ya que proporcionaría a los exportadores una renta en el sentido liberal del término, producida por la manipulación de los cambios. Según los parámetros de la desinflación competitiva, apreciación y depreciación de la moneda no tendrían efectos simétricos. La primera puede favorecer la modernización del aparato productivo. La segunda sólo produce "círculos viciosos". La inflación conduce a la devaluación y provoca nuevas subidas inflacionarias. La competitividad sólo se mejora entonces de manera superficial. Vista como una renta obtenida gracias a este tipo de intervención del estado, no conduce, o lo hace relativamente, a una modificación del comportamiento de los empresarios. El aumento de las ganancias, el mantenimiento de las partes de mercado frente a la competencia internacional, son las consecuencias esperadas de una depreciación de la moneda más que de un crecimiento relativo de la productividad del trabajo.

No es nuestro propósito analizar la pertinencia de las críticas sobre las devaluaciones. Por el contrario, la discusión sobre los efectos positivos atribuidos a la apreciación y a la desinflación competitiva que sugieren, entra en el marco de nuestro estudio.

Hemos visto que una política de apreciación de la moneda nacional tenía efectos similares a los de un progreso técnico capital *saving* cuando las importaciones están concentradas en los bienes de consumo y los bienes intermedios. La paja del

valor unitario del capital aumenta la eficacia de este (por un mismo valor produce mayor beneficio), el grado de mecanización aumenta por esta razón y genera un aumento de la productividad del trabajo, lo que en cierto plazo podría mejorar la tasa de ganancia y favorecer la reactivación de la actividad económica y una reestructuración del aparato productivo (...).

En forma general, este efecto positivo probablemente no sea suficiente. Sabemos que para la apreciación de la moneda es facilitada por el atractivo que proporcionan tipos de interés reales muy elevados. Estos tipos de interés constituyen series obsoletas al ensanchamiento de la acumulación para numerosas empresas, a menos que éstas puedan solicitar préstamos en los mercados internacionales, y poder así aprovechar las bajas tasas de interés aplicadas. Como esta posibilidad sólo está reservada a las grandes empresas, se puede pensar que la política monetaria ligada por la política de cambio hace difícil el aumento de la tasa de inversiones y frena pues la necesaria modernización de numerosas empresas.

Por otra parte, la apreciación de la moneda nacional, combinada con políticas de liberalización tanto internas (menos subvenciones) como externas (menos derechos arancelarios) plantea serios problemas en cuanto a competitividad frente a la industria nacional, y, en menor medida, frente a los servicios. La apreciación aumenta relativamente el precio de los productos fabricados dentro del país y la reducción de las subvenciones tiene el mismo resultado: a su vez la reducción de los derechos arancelarios baja aún el precio de los productos importados. El shock para la industria es muy fuerte, en la medida en que los aparatos de producción habrán perdido su dinamismo durante los últimos diez años (Brasil merece México y éste menos que Argentina (...)).

El shock externo aumenta la plasticidad del aparato industrial a costa de numerosas destrucciones y de un costo social elevado. Esto puede llevar a una modernización del aparato productivo a término. Sin embargo, la reactivación del crecimiento que aumenta las perspectivas macroeconómicas del empleo, la reducción de la tasa de inflación que disminuye la pobreza producen efectos inversos y, finalmente, mejoran la situación general, pero a costa de una movilidad, a la vez de una flexibilidad incrementada de la mano de obra.

La recuperación del crecimiento y el control de la inflación deberían permitir liberar más recursos - que se añadirán a los que se liberaron por la reducción del peso del servicio de la deuda interna, los recursos obtenidos a través de la privatización de empresas públicas y financiar programas precisos de lucha contra la pobreza. La secuencia lógica viene a ser pues la inversión directa y sobre todo de tipo de interés, inversiones directas y sobre todo de tipo de interés, no a un crecimiento compatible con un déficit comercial importante, disminución de la pobreza. En este encadenamiento de tipo liberal, la pobreza constituye la variable residual: está al final y al principio de la cadena. A diferencia de las políticas económicas de inspiración estructuralista, las desigualdades están aquí justificadas, incluso aumentadas, en la fase inicial, justificadas por el realismo que se opone al "populismo" devastador, es este sacrificio "necesario" el que permite luego una disminución de la pobreza.

2. La situación resulta cada vez más frágil, y la posibilidad de mantener esta vía de salida de crisis cada vez más aleatoria.

En efecto, el déficit del comercio exterior aumenta muy rápidamente. En México pasa de un equilibrio en 1990, a un saldo negativo de 7 mil millones de dólares en 1991 y alcanza 17 mil millones de dólares en 1992; las estimaciones para 1993 son de unos 23 mil millones de dólares (...).

proceso, aunque más reciente, es más o menos similar en Argentina, y de una amplitud no porcentual del PBI menos importante. Es cierto también que el plan de estabilización es más reciente (abril de 1991). De un excedente comercial de 8 mil millones de dólares en 1990 y de 4 mil millones en 1991, se pasa a un déficit de más de 3 mil millones de dólares en 1992, a lo que habría que sumar el muy fuerte déficit de la balanza de turismo (estimado en 1,5 mil millones de dólares para los veranos 1992-1993). A diferencia de México o de Argentina, Brasil exporta excedentes muy fuertes de su balanza comercial, estimados en más de 15 mil millones de dólares para 1992 (recordemos que su moneda es apreciada desde 1987, pero depreciada desde 1990). La liberalización de los intercambios con el exterior no alcanza las proporciones observadas en los otros dos países. Por último, a falta de crecimiento económico, no hay estímulo para las importaciones.

Es evidente que tales déficits son problemáticos. Ya habíamos observado una primera paradoja: la entrada de capitales extranjeros tiene lugar incluso si la situación económica de conjunto no es muy buena. Contrario a lo que se esperaba, una segunda paradoja: las entradas de capitales continúan a pesar de un crecimiento muy elevado del déficit de la balanza comercial. Además, son estas entradas de capitales las que permiten paliar el déficit de esta balanza, financiar el servicio de la deuda externa que, aunque importante, sigue siendo importante y por fin... aumentar las reservas internacionales. Sin embargo podemos preguntarnos cuál será el momento a partir del cual estas políticas ya no serán creíbles. Dicho de otra manera, parece improbable que tales déficits puedan perdurar año tras año, sin mermar la credibilidad ni suscitar reflejos masivos de capitales.

La desinflación competitiva sólo es posible si una manipulación de los cambios, asociada a otras medidas, es susceptible de mejorar la competitividad de un país. Por eso no debe considerarse exclusivamente la relación tasa de cambio-diferencial de las tasas de interés, sino incluir también las inversiones (...).

Una carrera parece haber comenzado entre la desinflación competitiva, empezada en México, y que es más improbable en Argentina, por un lado, y la acumulación de los déficits ante el aumento de crecientemente amplitud, por otro. Si la desinflación competitiva se confirma, las importaciones crecerán más lentamente y las exportaciones, por el contrario, aumentarán más rápidamente que en el pasado, reduciendo la brecha externa y desbaratando la especulación que acapcha. Si esta carrera se pierde, el resto masivo de capitales que a costarle caro a los inversores extranjeros que no podrán recuperar sus fondos, pesa a la sofisticación de las estrategias de riesgo. Las costuras más altas a las empresas, que de cierta manera han hipotecado sus activos endeudados, y sobre todo comprometerá los equilibrios macroeconómicos, provocando maxidevaluaciones, volviendo a lanzar la inflación, amenazando gravemente el poco crecimiento económico que se había logrado, empujando finalmente, una vez más, a los más pobres.

La salida de la crisis que se ha escogido ha puesto una espada de Damocles sobre las economías latinoamericanas cuyo hilo apalace día tras día más tenso. Es a las salidas de crisis posibles. Con la relativización de los efectos benéficos del liberalismo, el regreso a un cierto proteccionismo y a nuevos - pero activos - roles del estado en numerosos países desarrollados, parece algo obsoleto si no anacrónico. □

Tradujo: Olga Aron, Cecilia Robinson y Emilio H. Tadei

Acerca del rol del estado en la actualidad

Ante la caída del estado de bienestar y el surgimiento del neoconservadurismo debe articularse una respuesta desde los principios del pluralismo, la ética de la solidaridad, la convivencia social y la participación.

Raúl Alfonsín

I

La crisis del estado en la actualidad. El estado de bienestar se desarrolla desde los años treinta a partir de la experiencia sueca y se generaliza en Europa luego de la posguerra y por encima de diferencias ideológicas. También se puede considerar como un antecedente valioso el gobierno de Roosevelt en Estados Unidos en los tiempos del New Deal. Durante muchos años se logró el pleno empleo y una eficiente utilización del capital, al mismo tiempo que el desarrollo de importantes servicios sociales y buena rentabilidad empresarial.

El estancamiento de la economía que se produce en los años setenta y la posterior recesión debida al notable aumento del precio del petróleo en los primeros años de la década del sesenta provocaron dificultades crecientes al fisco, originando desequilibrios presupuestarios que se debieron tanto a la disminución de los recursos como al aumento de las demandas sociales en virtud, precisamente, de la crisis económica. El problema se agudizó con el transcurso del tiempo, principalmente donde se apeló a la utilización del empleo público como forma de paliar los efectos de la desocupación y la burocratización del aparato estatal. Lo que sucede es que el notable avance tecnológico había incidido negativamente en el empleo y exigía incrementos del gasto público y, por otra parte, para mantener la demanda se requería el aumento del salario real, lo que producía incoerciblemente la disminución de los beneficios de las empresas.

De pronto, distintos sectores que habían aceptado de buen grado la actividad del estado tendiente a asegurar niveles mínimos de atención de la salud, educación y seguridad social, comenzaban a interpretar su intervención como ineficiente, fútil e innecesaria. Se produce de esta manera un verdadero cambio cultural, que lleva al gobierno a quienes prometen empeñarse en disminuir el gasto público. El mercado comienza a constituirse en la piedra angular de la construcción de una sociedad que garantizará la libertad y el desarrollo y así comienza una nueva etapa en la definición del rol del estado.

De la afirmación aceptable de que es difícil que se expanda el bienestar colectivo y la justicia social sin que el mercado tenga un papel importante en la generación y distribución de bienes de consumo, se pasa a sostener que la actividad del estado debe limitarse a poco más que garantizar la seguridad. No se tiene en

cuenta que se hace necesaria la intervención del estado para crear problemas de coordinación o de acción colectiva que no pueden ser resueltos por medio de leyes del mercado, como la contaminación del medio ambiente por ejemplo; o para brindar información relevante y correcta a los ciudadanos y consumidores; o para promover valores que no atiende la lógica del mercado.

A los religiosos del mercado, habría que recordarles que el liberalismo de Kant, Locke y Mill exaltaba la idea de la libertad, de modo que cada hombre pudiera ajustar su conducta de acuerdo a su propio ideal del bien y que nadie pudiera ser sacrificado en beneficio de otros. Que la libertad requiere que cada uno goce de posibilidades de realizar su proyecto de vida y, por lo tanto, el estado democrático debe hacer lo posible para garantizar la igualdad de oportunidades. Y, finalmente, por eso, el liberalismo político, para concretarse, requiere que la democracia tenga un contenido social.

Pero el neoconservadurismo aparece hoy como la contrapartida, peligrosa por cierto, de la democracia basada en la solidaridad, la participación y la búsqueda de igualdad. Parte de una filosofía del cinismo que genera resignación; propone una democracia elitista que desalienta la participación y la búsqueda de igualdad; se apoya en una concepción del estado mínimo, que sólo debe ocuparse de la seguridad; se asienta sobre una idea económica que confunde la libertad individual con el mercado libre; repugna el gasto social por injusto, fútil y peligroso; impulsa la educación socialmente discriminatoria que conspira contra la movilidad social y, finalmente, acepta la manipulación de la opinión pública como única forma de viabilizar políticas regresivas.

II

Valores que el estado debe preservar. ¿Cuáles son, entonces, los valores que tiene en cuenta la gente de la democracia para definir el actual rol del estado? ¿en qué marco tenemos que colocar nuestra voluntad de transformación?

Se trata de construir una democracia solidaria, participativa y eficaz, capaz de impulsar las energías y de poner en tensión las fuerzas acumuladas en la sociedad; y para lograrlo hay que combinar la dimen-

sión de la modernización con el reclamo ético, dentro del proceso de construcción de una democracia estable.

El estado nuevo que veremos crecer no es otro que el que garantiza esa sociedad democrática. Su fin será facilitar a todos sus miembros el desarrollo de sus potencialidades así como el de sus derechos imprescriptibles: el derecho a la vida, al trabajo, a la educación, a la libertad, a la igualdad, a la propiedad en función social y a la participación activa y responsable en las decisiones políticas, así como la generación y distribución equitativa de la riqueza.

Una sociedad democrática se distingue por el papel definitorio que le otorga al pluralismo, entendido no sólo como un procedimiento para la toma de decisiones, sino también como su valor fundante.

En estos términos, el pluralismo es la base sobre la que se erige la democracia y significa reconocimiento del otro, capacidad para aceptar las diversidades y discrepancias como condición para la existencia de una sociedad libre. La democracia rechaza un mundo de semejanzas y uniformidades que, en cambio, forma la trama íntima de los totalitarismos.

Cuando se dice "pluralismo", la referencia alude a un estado que reúne simultáneamente las siguientes condiciones: a) Sus autoridades, personas habilitadas para crear normas, son el resultado directo o indirecto de la libre elección popular; b) Respeto las exigencias centrales del liberalismo político y del constitucionalismo social; c) Mantiene la vigencia de reglas dirigidas a promover la transformación económica y tutelar a los menos favorecidos; d) Incluye la forma republicana de gobierno, la responsabilidad de los gobernantes, la presencia opositora y la separación de poderes; y e) Expresa sus reglas de modo general, público y claro, y excluye la corrupción en su aplicación.

En segundo lugar, la democracia que concebimos sólo puede constituirse a partir de una ética de la solidaridad, capaz de vertebrar procesos de cooperación que concurren al bien común. Esta ética se basa en una idea de la justicia como equi-

dad, como distribución de las ventajas y de los sacrificios, con arreglo al criterio de dar prioridad a los desfavorecidos aumentando relativamente su cuota de ventajas y procurando disminuir su cuota de sacrificios.

Este reconocimiento amplía el significado de los derechos humanos, que no sólo son violados por las interferencias activas contra la vida, la libertad y los bienes de las personas sino también por la omisión al no ofrecer las oportunidades y recursos necesarios para alcanzar una vida digna.

Lograr la consolidación de una sociedad integrada supone, en tercer lugar, la exclusión de la lucha salvaje como medio para dirimir las naturales contiendas entre diferentes ideas y propuestas y su reemplazo por el debate abierto y el consecuente respeto a la decisión mayoritaria y a los derechos de las minorías. Este constituye un primer compromiso para la movilización de los objetivos comunes.

Desde el punto de vista del rol del estado, construir una sociedad democrática moderna y fundada en una ética de la equidad y la solidaridad requiere afrontar los problemas que plantea la tensión entre el orden y el cambio sociales. Superar esta falsa disyuntiva constituye uno de los principales desafíos que se plantean al estado. Este debe garantizar el ejercicio responsable de las divergencias y las oposiciones, pero su propia existencia supone un consenso básico entre los actores sociales, esto es, aceptación de un sistema de reglas de juego compartidas. El diseño democrático

implica, pues, como condición de su ejercicio, un orden democrático, garantizado por el estado.

Es aquí donde hay que acudir a la idea del pacto democrático, esto es, de un acuerdo, que al tiempo que salvaguarda la autonomía de los sujetos sociales, define un marco compartido en el interior del cual los conflictos pueden procesarse y resolverse y las diferencias coexisten en un plano de tolerancia mutua. La concepción del pacto democrático aparece hoy como la mejor alternativa para permitir la coexistencia entre una pluralidad de actores con intereses diferentes y un orden que regule los enfrentamientos y haga posible comportamientos cooperativos.

La transición en libertad hacia el estado nuevo implica de por sí una sociedad integrada y con una interdependencia y una comunicación mas estrechas entre los hombres que garanticen un común universo de valores compartidos y un orden respetado por todos.

Como dijimos, entonces, corresponde al estado nuevo crear las condiciones para que se afiancen los valores emergentes de la solidaridad y la tolerancia, recordando así cada uno la confianza en "el otro" que permitió desarrollar este movimiento de participación, de modo que signifique una praxis democrática cotidiana.

Las respuestas de participación deben estar necesariamente entrelazadas con la

vida cotidiana y los intereses mas vitales de cada ciudadano. Deben estar orientadas a sus aspiraciones mas importantes y vinculadas con la satisfacción de necesidades concretas de modo que cada hombre y particularmente los jóvenes se sienta hacedor de su propia vida y constructor de la nueva sociedad.

El concepto de esta democracia participativa que el estado debe impulsar, representa una extensión e intensificación del concepto moderno de democracia, y no se contraponen en modo alguno al de democracia formal. Toda democracia es formal, en tanto implica normas y reglas para contener, delimitar y organizar la actividad política y el funcionamiento de las instituciones del estado y de la sociedad. Y toda democracia, por definición, implica también la participación de la ciudadanía e las decisiones políticas.

El orden democrático no debe ser concebido exclusivamente como un límite a las iniciativas de los actores políticos individuales y colectivos. Por el contrario, dicho orden debe definir las modalidades legítimas positivas de la participación política. O, si se quiere, promover e instalar una relación de reciprocidad en virtud de la cual los actores, al tiempo que se avientan a compartir un sistema normativo común, adquieren el derecho y asumen el deber de intervenir activamente en la adopción de las decisiones políticas.

Como garante del adecuado funcionamiento de las reglas del juego democrático y como canalizador y promotor de la participación de los ciudadanos, el papel del estado es fundamental. No hay sociedad democrática sin diseño; tampoco la hay sin reglas de juego compartidas; ni la hay sin participación. Pero no hay, además, ni diseño, ni reglas de juego, ni participación democrática sin sujetos democráticos.

La emergencia de sujetos democráticos no va de suyo, es una tarea, una empresa. Desde el punto de vista de los individuos es, a su vez, un aprendizaje producto de experiencias, de ensayos y errores, de frustraciones y gratificaciones. El estado democrático debe contribuir decisivamente a consolidar y acelerar ese aprendizaje, y a que las rutinas democráticas se conviertan en hábitos queridos y compartidos por la ciudadanía.

El estado nuevo debe, además, procurar una concepción mas rica, integral y racional de la modernización que, sin sacrificar los necesarios criterios de la eficiencia, los inserte en el cuadro mas amplio de la realidad social global, de las necesidades de los trabajadores, de las demandas de los consumidores e incluso de las exigencias de la actividad económica general del país.

Sin duda, esta concepción integral de la modernización, que sólo es pensable en un marco de democracia y de equidad social, planteará dificultades y problemas en ocasión de su implementación efectiva. Se sabe que no siempre es fácil conciliar armoniosamente eficiencia con justicia. No obstante, desde la óptica de una ética como la que aquí se promueve, se ha de mantener que tal es la concepción mas válida de la modernización, ya que sólo hay modernización cabal donde hay verdadera democracia y, por lo tanto, donde hay solidaridad.

En ese sentido, el estado debe procurar modernizar no sólo la economía, sino también las relaciones sociales y su propia gestión. Modernizar es, también, encontrar

un estilo de gobierno que mejore la gestión del estado y que plantee sobre otras bases la relación entre éste y los ciudadanos. El debate acerca del papel del estado y de las relaciones entre éste y la sociedad -de la cual comienza por distinguirse, como hemos dicho, una dimensión de lo público como diferente de lo privado y de lo estatal- deberá ser tomado como uno de los temas claves del momento. Consideramos esencial revertir el proceso de centralización que se ha venido produciendo desde hace décadas en la administración del estado, no sólo para alcanzar un objetivo de mayor eficiencia, sino también y fundamentalmente, para asegurar a la población posibilidades mas amplias de participación.

Descentralizar es un movimiento no sólo centrifugio sino también descendente, que baja la administración estatal a niveles que pueden reservar a las organizaciones sociales intermedias un papel impensable en un sistema de alta concentración. Esto permite que los ciudadanos participen de decisiones que los afectan en instituciones inmediatas a su propia esfera de acción. En la medida en que esas instituciones tengan poder efectivo, esta participación no será un mero ejercicio cívico sino que tendrá efectos trascendentes para la vida de los individuos, que asumirán con mas profundidad su papel de actores y -por lo tanto- de custodios del sistema democrático.

La desburocratización, que busca liberar fuerzas contenidas por una cultura corporativa, no implica necesariamente

nuestra obligación sacarnos de encima este cepo que nos inmoviliza. Es nuestro deber construir la respuesta progresista que nuestros pueblos reclaman y las naciones necesitan, promoviendo democracias sociales que se presenten como alternativa al modelo neo-conservador y rescaten una idea de justicia que atraviesa en principios éticos fundamentales.

La ley y las instituciones, el bienestar colectivo promovido por una participación en el trabajo y en sus resultados, el progreso nacional medido por el progreso de la sociedad y de cada uno de sus miembros, deben ser la base de la construcción de las nuevas democracias.

Para la democracia social no existe la estabilidad sin crecimiento, el mercado sin equidad social, la apertura de la economía sin fortalecer la capacidad de las naciones de decidir su propio destino, empresas modernas y competitivas sin estado que garantice la estabilidad y promueva la movilización de bases científicas y tecnológicas y el potencial de la economía.

Para facilitar el surgimiento de estas nuevas ideas, de los nuevos estilos y de las nuevas propuestas que las sociedades ne-

de nuestra herencia pero sin esclavizarnos a ella. Ella nos pone límites, pero desde esos límites hay un solo camino.

a) La tesis que sostenemos es que en muchos casos, la situación no podrá ser sobrevenida aisladamente por un partido político. Será necesario lograr una conver-

gencia de diversos sectores políticos, sociales y económicos, con el propósito de constituir una alianza suficientemente fuerte como para estar en condiciones de enfrentar a la que ha construido la reacción.

b) En muchos países será necesario lograr acuerdos económico-sociales, comprendiendo que los sindicatos constituyen un factor fundamental de la constitución de un bloque sociopolítico de profundización de la democracia, así como que diversos sectores empresarios pueden estar dispuestos a una alianza que les brinde seguridad, previsibilidad y demanda sostenida.

c) La búsqueda de la modernización a través de la participación y de la solidaridad, implica convocar a quienes trabajan en los diversos movimientos sociales que procuran concretar diversos objetivos de justicia, en las cooperativas, insubstituíbles para la democratización de la economía, en las mutuales, y en diversos sectores de la producción agredidos por políticas especulativas que atentan contra el desarrollo.

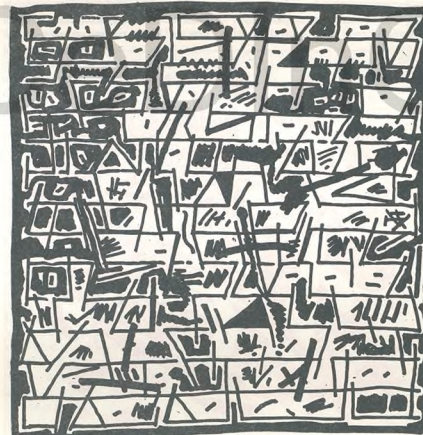
d) El estado debe ser garante de la emergencia de una sociedad solidaria en la que la mayoría de los ciudadanos se sienta obligado a luchar, sin diferencias en cuanto a su pertenencia sectorial, por un conjunto de derechos esenciales que constituyen la base del respeto a la dignidad humana. Solo así la sociedad será justa y, desde luego, aceptable también desde la perspectiva de quienes están en desventaja.

e) La creación del estado nuevo requiere un orden mundial regido por el derecho internacional, que garantice a débiles y poderosos el ejercicio de las soberanías nacionales.

f) Es necesario trabajar para la implantación de un sistema de justicia social en todo el mundo, sin el cual, aunque se generalicen las políticas contra el dumping social, resultará imposible evitar una competencia que tomará como variable de ajuste a los salarios. Una herramienta idónea para el arranque de esta primordial tarea, sería la realización de una reunión cumbre de los derechos sociales.

g) Lo mismo puede decirse del desafío ecológico. Fundamentalmente se trata, por cierto, de la preservación del planeta, y en este aspecto, la responsabilidad mayor es de los países desarrollados.

h) Finalmente, la justificación de toda organización política reside en la protección y promoción de los derechos fundamentales de la persona. No se trata de una cuestión teórica abstracta, aunque resulta imprescindible definir correctamente los grandes objetivos. Se trata de la forma en que podrán aplicarse los principios que los inspiran y superar las resistencias que surgen, generalmente, de actitudes particulares o colectivas vinculadas a diversas manifestaciones de egoísmo que inciden en la teoría y la práctica del rol del estado. □



privatización en el sentido vulgar de los reclamos ultra liberales. Si rechazamos al estatismo agobiante que frena la iniciativa y la capacidad de innovación, no ignoramos que la rigidez y la defensa de bastiones privilegiados no ha sido sólo patrimonio del estado sino también de la empresa privada.

III

La construcción del estado nuevo. Las propuestas conservadoras que hoy nos abogan están destruyendo moral y materialmente algunas de nuestras naciones. Es



**NUOVA
SOCIEDAD**

SUSCRIPCIONES	ANUAL (6 núms.)	BIENAL (12 núms.)
América Latina	US\$ 30	US\$ 50
Resto del Mundo	US\$ 50	US\$ 90
Venezuela	Bs. 500	Bs. 900

PAGOS: Cheque en dólares a nombre de NUOVA SOCIEDAD. Dirección: Apartado 61.712 - Chacao-Caracas 1060-A. Venezuela. Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.

En América Latina, que asiste a un cambio de época en el modelo sociopolítico, se manifiesta también, cada vez con mayor nitidez, un problema central de la política actual: el de la crisis de los sistemas de representación.

Ricardo Lagos E.

1 En América Latina se están produciendo simultáneamente procesos de consolidación democrática con crisis de los sistemas de representación. Ello se explica en gran parte porque la democratización o redemocratización política de los últimos diez años, son el signo más visible de fenómenos muy profundos que afectan al conjunto del sistema político, a las relaciones entre estado y sociedad, a la cultura y modo de pensar y hacer la política. Es probable que en esta materia estemos asistiendo a un cambio de época en el modelo sociopolítico, del mismo modo que parece asistirse a una nueva época en materia de modelo de desarrollo.

2

Esta transformación es triple: cultural, institucional y práctico organizacional, y puede definirse como el término de un modelo sociopolítico caracterizado por el predominio del pensamiento revolucionario y la fusión entre estado, por un lado; partidos, movimientos o liderazgos, es decir, sistema de representación, por otro; y, finalmente, sociedad y actores sociales. La forma privilegiada de esta fusión, aunque no la única, era el populismo o el modelo nacional popular. Lo que está por verse es si podremos construir un modelo socio-político de concertación, negociación, confrontación y competencia propiamente institucionales, si los regímenes democráticos serán relevantes para canalizar las demandas y conflictos sociales, y si estados, partidos o sistema de representación, y sociedad civil o actores sociales, podrán cada uno, a la vez autonomizar y fortalecerse y complementarse. El riesgo en este proceso es menos la regresión autoritaria, aunque ella siempre está presente, que, sobre todo, la irrelevancia del régimen democrático frente a poderes fácticos, y la descomposición de las formas estatales, de representación y de acción colectiva.

3

Este paso de un viejo modelo sociopolítico a uno nuevo, acuciado por tales desafíos y más allá de las transiciones desde el autoritarismo a la democracia, plantea una profunda mutación de los sis-

temas de representación y partidarios, al menos en dos dimensiones. Por un lado, al nivel del sistema de partidos, es decir, al conjunto de ellos, sus relaciones mutuas y sus relaciones con la sociedad. Estos sistemas partidarios o se construyeron sobre determinados clivajes, o fueron máquinas inclusivas (*catch all parties*) que no representaban los verdaderos fraccionamientos de la sociedad, o asumieron por sí mismos la representación del conjunto de la sociedad excluyendo a otros. Lo que predominó fue una visión generalizada tanto en el sentido que las diversas contradicciones o fraccionamientos en las que se basaba el

*La cultura política
ha cambiado y
desaparece la
visión que un eje de
la acción colectiva
resuelve por sí solo
los demás
problemas de la
vida social.*

ciones de la sociedad. La visión mesiánica o revolucionaria atravesó a todos los partidos que identificaban sus propios intereses y visiones con el país, y cuyo ideal más

que los sistemas de decisión interna, independientemente de su inserción en un régimen democrático a nivel de la sociedad, estaban teñidos de caudillismos, fraccionalismos, corporativismos, es decir de formas más autoritarias que democráticas.

4

Tres me parecen ser los cambios más importantes que afectan al sistema de representación, modifican las formas de ciudadanía e implican un cambio de cultura política. El primero se refiere a que surgen nuevas contradicciones o fraccionamientos que se superponen o, en algunos casos reemplazan los antiguos, y que obligan a la reformulación del sistema de partidos asentado sobre los ajes antiguos o a su absorción por parte del este sistema.

Como ello es siempre lento, estas nuevas contradicciones no siempre encuentran en sus partidos su mejor expresión, por lo que buscan otras formas de representación. Dicho de otro modo, la política cambia de contenido, lo que significa que lo que no está en crisis es "lo

ganda y la exaltación carismática, sino más profundamente, el que mientras no se constituya un nuevo modelo de representación que supere la crisis y los problemas descritos, tal sustitución será inevitable.

El segundo es que la cultura política ha cambiado de modo que desaparece la visión que un eje de la acción colectiva resuelve por sí solo los problemas de la vida social. Ello significa que cada partido está obligado a posicionarse sobre el conjunto de ejes que atraviesa la sociedad y no puede submerirse en una sola contradicción como ocurría en el modelo anterior. Y, por supuesto, entre estos diversos ejes hay contradicciones que no se resuelven con la ideología del cambio global: una propuesta en uno de estos ejes puede ser contradictoria con la mejor propuesta para otro. Dicho de otra manera, la política cambia de forma, y desaparece el estilo revolucionario totalizante, los partidos o actores políticos deben representar a la sociedad, al menos en cuatro grandes ejes que definen el conflicto actual, sin soluciones traslapables o automáticas entre uno y otro. Estos ejes son: a) la profundización de la democracia política y la superación de enclaves no democráticos, entre los que se cuentan las formas de gobierno, las descentralizaciones, las formas de participación, las relaciones civiles-comunitarias; b) la redefinición de un modelo de desarrollo que asegure crecimiento, equidad y una inserción internacional autónoma del conjunto y no sólo un sector de la nación; c) la superación de la pobreza estructural que divide a las sociedades y a todos los sectores sociales entre quienes quedan dentro y los marginados; d) la formulación de un modelo de modernidad y formas de convivencia que permita la expansión de los diversos sujetos sociales y que combine la racionalidad científico-tecnológica, la racionalidad expresiva o comunicativa y la memoria histórica de cada uno de ellos.

El tercer cambio resume la transformación del contenido y forma de la política. Pasamos de políticas ideológicas a políticas más instrumentales. Ello es positivo en la medida que se abandonan los fanatismos y sectarismos que polarizan la sociedad. Pero conlleva el riesgo de la primacía del interés por sobre la ética y los valores, o la preocupación por la "sociedad buena" convirtiéndola a la política en un simple mercado, donde impera la ley del más fuerte, no en términos de fuerza física, sino de poder simbólico, político o económico. De la política jacobina que movilizaba masas con cierto fanatismo, pasamos a la política maquiavélica de manipulación y capturar. El riesgo universal es la corrupción entendida ella como el uso de las instituciones de interés y bien comunes sólo en beneficio sectorial y particular, no sólo en términos económicos, políticos o simbólicos.

Seis hipótesis sobre una frustración argentina

¿Cuáles son las razones por las que el diálogo social parece cada vez más inviable en nuestro país? El viejo diálogo entre el estado y sus interlocutores sociales profundiza los desequilibrios precedentes.

Adrián O. Goldin

El proceso de ajuste de la economía argentina no ha sido acompañado hasta hoy por mecanismos de diálogo y consulta de carácter tripartito ni por otras modalidades de participación conjunta de las organizaciones sindicales y empresarias en el diseño o la ejecución de las políticas públicas que permitieran acotar sus más inequívocas implicancias sociales. En el marco inevitablemente esquemático de esta nota, me propongo formular algunas hipótesis, elaboradas especialmente a partir de la experiencia de la última década, cuya verificación contribuiría a explicar por qué el diálogo social parece aún inviable en la Argentina.

1 La cultura política imperante en la Argentina, transida aún por una fuerte implantación de signo corporativo, no alcanzó a procesar la lógica novedosa, participativa y autónoma, de las experiencias neocorporatistas. Mientras algunos previnieron contra éstas con los prejuicios y aprehensiones incorporados en décadas de recurrente "colonización" corporativa de los poderes públicos, otros las malinterpretaron como formas modernas de legitimación democrática de viejas prácticas autoritarias de (alternativamente) dominación o sometimiento sectorial. Es probable que la falta de íntima comprensión de la lógica neocorporatista (democrática y pluralista) explique comportamientos que, en los mismos actores, transitaron desde la negación misma del diálogo social en sí, hasta su antagónica anulación por la forma de la integración ultracorporativa de los actores sociales en el gobierno.

El radicalismo es un partido de netas filiación demoliberal en sus concepciones políticas. Erigido como un partido de los ciudadanos, la prédica anticorruptiva forma desde hace mucho parte consustancial de su bagaje ideológico (Acaña, Dos Santos, García Delgado, Golbert; 1986). Esa tradición partidaria se manifiesta en una actitud de prevención respecto de las diversas expresiones del interés sectorial, retroalimentada por una experiencia histórica de distancia y confrontación.

Se puede advertir, además, cierta ambigüedad conceptual en el seno de la propia Unión Cívica Radical relativa a

diversos aspectos de la política laboral, las relaciones del trabajo y sus vinculaciones con el sistema político. Luego de perfilar hacia los últimos años de la década del '50 una concepción moderna y libertaria en las relaciones sindicales que se expresara en el artículo 14 bis que la Convención Constituyente del '57 incorporó a la Constitución Nacional, amplios sectores del radicalismo fueron, paradójicamente, capturados por un notable fenómeno de implanación cultural: el que consagra el modelo sindical y de las relaciones colectivas del trabajo que se había desarrollado en los Estados de los 40, descalifica ("antisindical", "antipopular", "antiobrero", "antiemprecativo" manifestación que implique cuestionar). No hay otra explicación para el hecho de que la plataforma electoral con la que la UCR afrontara las elecciones de 1983 sostuviera y propiciara el régimen del **sindicato único impuesto por la ley y habilitado por el estado**. (El denominado proyecto "Mucci" no se propuso cambiarlo sino tan sólo totalizarlo de un matiz algo más democrático. A nuestro juicio no hubiera servido; por mucho que se le pretenda corregir, un régimen de **sindicato único** como el que está vigente en la Argentina, abandonado en casi todos los países de América Latina, es una institución que, simplemente en el momento en que emergieran del totalitarismo, no permite garantizar un ejercicio sostenido de la democracia en el funcionamiento interno de las organizaciones ni en su acción externa (Goldin; 1992).

Esas consideraciones contribuyen a explicar cómo el gobierno radical pudo creer innecesario convocar al diálogo social al inicio de su gestión, para intentar después del fracaso "Mucci" diversos acercamientos con los actores sociales en los que reclamó apoyo sectorial para las políticas públicas que previa y unilateralmente descartara. Será también más fácil entender cómo pudo tiempo después ensayar un emprendimiento de inculcable sesgo corporativo, como lo fue la incorporación al gobierno de uno de los más ortodoxos sectores del sindicalismo peronista, para terminar, finalmente, apoyando la restauración legislativa del anacrónico modelo "histórico" de las relaciones del trabajo.

2

Parcease comprobarse en la experiencia argentina que la existencia de ciertos instrumentos jurídicos o políticos a disposición del Estado que permiten intervenir en la formación, organización y en la vida interna de los actores sociales así como en el modo en que se relacionan, ofrecen a los gobiernos alternativos espurias, pero más "cómodas", inmediatas y menos restrictivas que el diálogo y la participación social para prevenir resistencias en la formulación de las políticas de ajuste. El diálogo social se torna "prescindible" cuando no se guardan relaciones de estricta alteridad y autonomía entre el gobierno y cada uno de

los interlocutores sociales. No se dialoga, consulta y acuerda sino con OTRO sujeto AUTONOMO; ausente este requisito, se presentan con perversa atracción otras alternativas: la cooptación, el sometimiento, la "colonización" o la incorporación corporativa.

El modelo sindical alumbraado hacia mediados de la década de los '40 coincide al sindicato como un elemento estructural ("columna vertebral") del movimiento "justicialista en ejercicio del poder político" y, en consecuencia, como un instrumento de proyección de los atributos del Estado. En esa misma lógica, el sistema se complementa con un esquema normativo - aún subsistente - según el cuál es el Estado el que asigna o suprime de modo exclusivo las facultades propias de la acción sindical ("personería gremial"), el que resuelve compulsivamente sus conflictos con los empleadores y hasta con los otros sindicatos.

NA	FR
1	1
2	2
3	3
4	4
5	5
6	6
7	7
8	8
9	9
10	10
11	11
12	12
13	13
14	14
15	15
16	16
17	17
18	18
19	19
20	20
21	21
22	22
23	23
24	24
25	25
26	26
27	27
28	28
29	29
30	30
31	31
32	32
33	33
34	34
35	35
36	36
37	37
38	38
39	39
40	40
41	41
42	42
43	43
44	44
45	45
46	46
47	47
48	48
49	49
50	50
51	51
52	52
53	53
54	54
55	55
56	56
57	57
58	58
59	59
60	60
61	61
62	62
63	63
64	64
65	65
66	66
67	67
68	68
69	69
70	70
71	71
72	72
73	73
74	74
75	75
76	76
77	77
78	78
79	79
80	80
81	81
82	82
83	83
84	84
85	85
86	86
87	87
88	88
89	89
90	90
91	91
92	92
93	93
94	94
95	95
96	96
97	97
98	98
99	99
100	100

catos) que ese régimen pone a disposición de la administración del trabajo. Y es muy difícil que semejante poder deje de usarse.

Sierva ejemplo, en efecto, la estrategia desplegada durante los últimos años por el gobierno justicialista que, tras indicar la fractura que separó a la ubaldinista CGT Azopardo de la menemista CGT San Martín, recurrió masivamente a ese conjunto de instrumentos de intervención. Paradójicamente, la CGT ubaldinista, que había alentado sin reservas el proceso de restauración del régimen estatista del sindicato único así como del de las obras sociales - materializado durante las gestiones ministeriales de Alderete y Tonelli - habría de ser en esta oportunidad su sobresaliente víctima propin-

De tal modo, ni esa central sindical ni los sindicatos que adherían a ella tuvieron tregua hasta su virtual desmoronamiento.



que la confrontación o la competencia, era la eliminación o absorción del otro. Por otro, a nivel de los partidos individuales, el ser portavoces de una verdad única y excluyente, los hacía organizarse de un modo en que la militancia heroica sustituya la representación por la convocación y en

político, sin la actividad política tradicional que no da cuenta de "lo" político. El problema en relación a los medios de comunicación, entonces, no es sólo el de la invasión indebida por parte de ellos en la esfera de la representación, sustituyéndola por la apelación publicitaria o la propa-

"¿PARECE ESTE LICOR, AMIGO!!"
150 x 30 x 30 cm, 745 cm. - Negro, manilla a la piroxilina, #
a lunetas, esmalte.

16 cm
140 cm
30 cm

16
20 25
20

tos, el que supervisa y resuelve sus disputas electorales y otras de naturaleza intrasindical, el que califica la legalidad o ilegalidad de sus medidas de acción directa, el que habilita sus negociaciones y aprueba o invalida los productos de esa negociación (homologación), etc.

Muchos y muy variados son, pues, los instrumentos de intervención en la vida de los actores sociales (en especial, los sindi-

El gobierno dispuso a la CGT "San Martín" la **personería gremial** (título nobiliario del "unicato"), que implicaría el reconocimiento del derecho exclusivo al ejercicio de todas las facultades propias de la acción sindical, y el consiguiente desconocimiento oficial de la restante. La designación al frente del organismo de aplicación del sistema de obras sociales sindicales de un dirigente del "oficialismo" sindical, hizo

posible la privación punitiva de todo apoyo financiero a las obras sociales de los sindicatos uhalidistas, agravando y precipitando las crisis que ya las afectaban. Los conflictos planteados por algunos de estos últimos, en su mayoría en el sector público, fueron una y otra vez declarados ilegales por el Ministerio de Trabajo; al amparo de esas ilegalizaciones, se materializaron despidos de trabajadores, intervención de sindicatos, suspensiones de sus personerías gremiales y acciones judiciales tendientes a la supresión de esas personerías. Como consecuencia de todo ello, estos sindicatos fueron invariablemente derrotados.

El tratamiento dispensado a la oficialista CGT "San Martín" y a los sindicatos que adherían a ella fue muy distinto. Para estos hubo de recurrirse a los instrumentos que el mismo régimen provee para desplegar la estrategia de cooptación. Con ese fin, además del aludido (y, por cierto, decisivo) otorgamiento de la "personería gremial" a la central oficialista, se designaron (al menos durante los primeros tiempos) dirigentes del sindicalismo adicto al frente del organismo de aplicación del régimen de obras sociales, se orientaron los apoyos financieros que brinda ese organismo, se creó un instituto unificado de obra social para el sector estatal para cuya conducción se designó a un dirigente del sindicato de trabajadores del Estado asociado al gobierno, se asumieron por parte del Estado los abrumadores pasivos de buenas partes de las obras sociales sindicales, se negoció la preservación del aparato normativo que brinda un consistente sostenimiento a la conducción cupular de los sindicatos.

Por si alguna duda quedaba, ese proceso mostró con elocuencia el interés profundo de ingerencia en la vida interna y en la acción de los sindicatos que el ordenamiento vigente facilitó al poder político, a despecho de aparentes garantías jurisdiccionales que apenas sirven como factores de legitimación jurídico-formal de un régimen contrario en esencia y contenidos a los principios de la libertad sindical.

3

Visto esta vez desde la perspectiva de los propios actores sociales, su óptica cultural estatista determina comportamientos incompatibles con los presupuestos que habilitan el diálogo social. El actor ESTATALISTA privilegia las acciones políticas que permiten la recuperación de su condición de pertenencia al aparato del Estado o, en su caso, su mantenimiento al interior del mismo. En la hipótesis de partido "ajeno" en el gobierno la confrontación de desgaste posterga toda otra consideración; en la de partido "propio" en el gobierno sobreviene el sometimiento acrílico, cuando no el intento - generalmente ineficaz - de mantener dentro del gobierno una posición de dominio. En ese marco, el diálogo social es de suyo un elemento "inconveniente": o bien no se accede a dialogar, ni consentir, ni legitimar, ni acordar, pues ello conspira contra el objetivo central de recuperar el poder político en sí, o bien no queda lugar para el diálogo pues se está, precisamente, al interior del aparato estatal, sometido o, even-

tualmente (pero poco probablemente), en posición de definir sus políticas.

Va de suyo que un régimen que registra el grado de intervención de que se da cuenta en la hipótesis anterior sólo deja espacio para un sindicalismo que desarrolle una íntima vinculación de pertenencia con el Estado, en el que se inserta - según la contingente relación de fuerzas - como dominante o dominado, pero al que en todo caso necesita de "propio" y adicto.

En la hipótesis de partido ajeno en el gobierno la confrontación de desgaste posterga toda otra consideración

Se trata, pues, de un sindicalismo estatista, condición que se manifiesta tanto cuando confronta con un gobierno al que no considera "propio" - porque esa confrontación no persigue centralmente otro objetivo que el de regresar con "su" partido al ejercicio del poder - como cuando se incorpora y mimetiza con el aparato esta vez "propio" del estado, sometido - y anulándose - como protagonista dominado o, por el contrario, como articulador de la fuerza que prevalece en posición dominante.

Es precisamente aquella lógica estatista la que explica la recurrente demanda sindical de un espacio de diálogo con el gobierno radical: aún adverso, sólo el Estado podía, en esa lógica, investir al sindicalismo con los atributos del protagonismo político (Cavarozzi, de Riz y Feldman; 1986). A partir de allí, no había sino la confrontación; llegar hasta el nivel del acuerdo implicaría en esa concepción convalidar una gestión de gobierno a la que no se reconoce legitimidad sustancial y, sobre todo, comprometer el objetivo estratégico fundamental que orienta la acción sindical: "facilitar la sustitución del gobierno radical por otro 'propio' en el que se haga posible recuperar en plenitud la inserción del sindicalismo en el aparato estatal (tras ese propósito, la central sindical llegó a compartir demandas empresariales contradictorias con sus intereses sectoriales sustanciales - v.g., reclamos de devaluación de la moneda y restricciones al gasto fiscal (Gaudio y Thompson, 1990) - mientras postergaba reivindicaciones obreras cuya articulación hubiera impedido formular esos reclamos "concertados").

Conviene, por fin, puntualizar que las consideraciones precedentes no importan desconocer las convergentes implicancias de la fuerte desarticulación del peronismo durante la primera etapa del gobierno radical, que obligaba al sindicalismo a jugar el rol sustitutivo del partido opositor, así como el modo en que influyó la historia de proscripciones padecida por el sindicalismo peronista, antecedente que de alguna manera explica su renuencia a reconocer la legitimidad de gobiernos que no considera "propios".

4

La estructuración verticalista y cupular del sindicalismo en el marco de un régimen de sindicato único impuesto por la ley y sujeto a la habilitación estatal potencia, por encima incluso de las naturales tendencias a la oligarquización de las conducciones, una profunda disociación entre los intereses de los trabajadores y los del aparato sindical en sí, y un correlativo apocamiento de los controles democráti-

cos, limitados por el propio régimen que retea la participación de las bases y genera una impronta cultural (activa y pasivamente) autoritaria y no participativa. Va de suyo que esos fenómenos estimulan comportamientos desviados de cara al diálogo social rechazado o anulado por consideraciones ajenas a los intereses específicos de las categorías representadas.

Esa disociación presenta al menos tres variantes o facetas que no son, a mi juicio, sino otras tantas manifestaciones de un fenómeno único, aunque complejo. Son ellas:

a) **Disociación representativa:** se expresa en el hecho básico de la sistemática prevalencia de los intereses del aparato sindical por sobre los de los propios trabajadores.

b) **Disociación política:** los representantes sindicales que desempeñan funciones en las instituciones específicas del sistema político (v.g., legisladores) estimulan también por su íntimo compromiso simbólico y emotivo con el peronismo, se involucran en la formulación de políticas públicas que, más allá del juicio de valor que merezcan, pueden entrar en contradicción con los intereses sectoriales que los ungiere. Estos dirigentes ya no trasladan expectativas desde sus bases hacia los poderes del Estado sino que, por el contrario, llevan hacia abajo directivas de sujeción a esas políticas públicas en cuya concepción o ejecución participaran.

c) **Disociación funcional:** Los dirigentes abandonan su rol de representación y defensa y asumen, en cambio, el de empresarios-prestadores de servicios; en esa gestión, los trabajadores no son ya aquellos a quienes se defiende y representa, sino clientes-prestarios; y, para peor, clientes cautivos (obras sociales, seguros de retiro, etc.).

5

También los empresarios participan de una cultura que reconoce en el Estado al interlocutor excluyente con el que entabla relaciones "de a dos" (Portantiero; 1987). Sin embargo, el segmento relativamente autónomo e independiente de estas relaciones les permite orientarlas en el sentido de una más directa satisfacción de sus específicos intereses sectoriales, ventaja que exacerba el desequilibrio en la posición relativa con la que empresarios y trabajadores afrontan el proceso de ajuste de la economía.

En ese esquema de vinculación preferente con el Estado, el sector empresario tuvo la posibilidad de servirse hasta de la veta confrontativa del sindicalismo cuando ello fue de utilidad para potenciar la gravitación de sus presiones sobre el Estado. Esa estrategia, materializada durante el gobierno radical, consistió en dirigir junto con la central sindical sus reclamos al Estado, lo que le permitió servirse de la energía opositora del sindicalismo, involucrando en la "cruzada" de recuperación del aparato estatal, con objetivos más inmediatos: debilitar la posición del gobierno en relación con las demandas empresariales insatisfechas (Acaña, Dos Santos, García Delgado y Golbert; 1986). De tal manera, puede afirmarse que el sector empresario pudo usar en su provecho el esquema de relaciones entre los sindicatos y el Estado apoyado sobre la ya

descripta alternativa confrontación/sometimiento. Durante la gestión radical pudo descansar sobre el gobierno, que hizo suya la tarea de atender y resistir la conflictividad sindical; energía esta última de la que, como expresamos, el empresario logró apropiarse en más de una oportunidad para ponerla al servicio de sus propias demandas. Luego, ya instalado el gobierno justicialista, fue éste una vez más el que se ocupó de despejar el horizonte sindical, abriendo al sector contestatario y anulando por vía de absorción al sindicalismo oficialista.

Circunscrito de ese modo su contraparte y limitada por consiguiente buena parte de las restricciones sociales al ajuste, los empresarios obtendrán en lo inmediato mejores frutos mediante el ejercicio de distintas formas de influencia directa sobre la formulación de las políticas públicas que a través de las instancias del diálogo social que, desde luego, demanda compromisos recíprocos que los empresarios hasta hoy no han asumido.

6

Por esas razones, una secuencia de discursos "de a dos" como los que caracterizaron hasta ahora el sistema de relaciones entre el Estado y los interlocutores sociales en la Argentina, no sólo no contribuye a generar un esquema de equilibrio y compensaciones entre empresarios y trabajadores para afrontar las implicancias del proceso de ajuste como el que facilitan los mecanismos de participación y consulta de carácter tripartito, sino que, por el contrario, profundiza los desequilibrios preexistentes. ^{Adrián O.}

Bibliografía

- AUSA, Carlos H. y GOLBERT, Laura, "Los empresarios en el proceso de negociación colectiva" ASET, mimeo 1992.
- AUSA, Carlos, DOS SANTOS, Mario R. GARCÍA DELGADO, Daniel y GOLBERT, Laura, "La relación Estado/empresarios con referencia a políticas concertadas de ingresos. El caso argentino. PREALTO-ORI, mimeo 1986.
- BECCAROLI, Luis, "Reestructuración, Empleo y Salarios en la Argentina", ASET, mimeo 1992.
- CAVAROZZI, Marcelo, DE RIZ, Liliana y FELDMAN, Jorge, "Concentración, Estado Sindical en la Argentina Contemporánea", PREALTO-ORI, mimeo 1986.
- GAUDIO, Rinaldo y THOMPSON, Andrés, "Sindicalismo Peronista, gobierno radical; los años de Alfonsín" Fundación Friedrich Ebert, Folios Ediciones, Buenos Aires, 1990.
- GODIO, Julio, "El movimiento obrero argentino (1955-1990)" Fundación Friedrich Ebert, Ed. Legasa Buenos Aires, 1991.
- GOLDEN, Adrián O. "El sindicato único en la Argentina: un modelo agotado?" Rev. Derecho del Trabajo, 1992, pag. 395.
- GOLDEN, Adrián O. "Intervención y autonomía en las relaciones colectivas en la Argentina" en "Intervención y autonomía en las relaciones colectivas en Iberoamérica", obra coordinada por Oscar ERDMIDA URRUTIA, Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo, 1993, en prensa.
- KRITZ, Ernesto, "Negociación social y reestructuración del Mercado de trabajo", ASET, mimeo 1992.
- PALOMINO, Héctor, "Los sindicatos bajo el gobierno constitucional de la confrontación a la alianza" en "Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina" (Non y Portantiero, compiladores) Ed. Puntos, Buenos Aires, 1987.
- PORTANTIERO, Juan Carlos, "La concertación que no fue, la de la Muerte en Plan Austral" en "Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina" (Non y Portantiero, compiladores) Ed. Puntos, Buenos Aires, 1987.
- TIKON, Evaristo, "Factores determinantes del comportamiento sindical ante la concertación social" PREALTO-ORI, mimeo 1986.

tics. La primera señal de este fenómeno se presentó en noviembre de 1989, con la elección de Ricardo Belmont, un personaje de la televisión, como alcalde de Lima. La segunda, de efectos importantes y de largo plazo, fue la elección de Alberto Fujimori.

El "fenómeno Fujimori"

El electorado había pasado por la experiencia de dos gobiernos democráticamente elegidos que mostraron, además de muy poco de participación política, bastante de ineficacia en el manejo económico. En ese escenario, Fujimori - un virtual desconocido en la escena política nacional - ocupó el segundo lugar en la primera vuelta de las elecciones de 1990, y dos meses después, derrotó a Vargas Llosa, en la segunda. Entre otros factores negativos de los cuales Vargas Llosa era portador - el más importante de los cuales quizá fuera pertenecer a una élite "blanca" que ha perdido legitimidad social para desempeñar su rol, ser respaldado por los partidos políticos y llevar a las principales figuras de éstos como candidatos parlamentarios, en las listas de su frente político, contó en contra de su elección. Fujimori construyó su futuro político de una manera que revela una conciencia acerca del fenómeno de rechazo a los partidos que vive el país. Desde su instalación en la presidencia, provocó el enfrentamiento con la oposición, que controlaba ambas ramas del parlamento; acusó luego de modo sistemático a los partidos, formulándoles cargos diversos y, generalmente, infundados. Lo hizo y lo hace sabiendo que, no importan los argumentos: las acusaciones serán verosímiles o de fiar para un electorado que, al votar a Fujimori, manifiesta no sólo recelo sino también un rechazo profundo a los partidos.

Sin embargo, Fujimori representa una oferta que no es muy distinta a la de los políticos recurrentes. Su manejo caudillesco y arbitrario del movimiento Cambio 90, que le sirvió de sustento para llegar a ser elegido; su caprichoso y manipulador proceso de reglas del juego durante el cambio electoral para elegir un congreso constituyente que reemplazara al clausurado parlamento, y su último reeleccionismo recuerdan el estilo y el manejo de cualquier político tradicional.

Fujimori ofrece - en grado mayor que los líderes políticos tradicionales - una propensión autoritaria que busca el ejercicio del poder sin contrapesos institucionales. Ese objetivo, que fue el del golpe del 5 de abril, incluye su desprecio por la temática de los derechos humanos así como su acosamiento constante a la libertad de expresión. Dada la debilidad del tejido organizativo periano y el arrinconamiento actual de sus sectores de élite, la única barrera que hasta ahora ha frenado ese proyecto autoritario es la presión internacional que, liderada por Estados Unidos, ha impuesto condiciones como la realización de elecciones y alguna vigilancia sobre las repetidas violaciones de derechos humanos. Del otro lado, una tendencia fascizante, que tiene entrada en los medios de comunicación bajo influencia del gobierno, objeto tal intervención en nombre de la soberanía y, con el apoyo eclesial del Opus Dei, rubrica cualquier forma de represión indiscriminada.

Importa notar que la apuesta popular al caudillo "independiente" no corresponde exactamente a la suscripción a sus políticas.

cas. Las encuestas revelan una brecha entre el nivel de popularidad presidencial y el grado de aprobación de la actuación del gobierno, especialmente la correspondiente a la política económica. Más aun, el modelo neoliberal que ha sido implantado por Fujimori no se complace con la imagen del estado a la que parece adherir la ciudadanía. A la pregunta de qué esperan que desarrolle el estado, el 72% de los sectores más pobres de Lima respondió "hacer buenos colegios, hospitales y viviendas" y 62% apuntó "dofecer puestos de trabajo a quienes las fale". Esta visión del estado que podemos llamar paternalista puede contrastarse con las acciones de privatización, deregulación y achicamiento del estado que lleva a cabo aceleradamente la administración de Fujimori.

Ruptura horizontal

Detrás de la aparente continuidad caudillesca con Fujimori, la nueva etapa expresa, una ruptura importante en la sociedad peruana: la que divide actualmente a la élite de la base social.

Los triunfadores en la elección de un congreso constituyente, en noviembre de 1992, son "independientes" que apoyan a Fujimori. Se trata de gentes sin trayectoria pública, sin experiencia importante en liderazgos institucionales ni calidades personales que los hayan destacado en su propio campo. Es una mayoría parlamentaria que hará en ese rol lo que diga Fujimori... mientras éste goce del favor popular. Cuando la falta de resultados económicos y sociales de la gestión gubernamental precipite una caída del nivel de aprobación popular de Fujimori - que actualmente, a casi tres años de gobierno, aún es de 60%. Perú se enfrentará a lo desconocido.

Con una élite dirigente que es rechazada por la base social; con unas fuerzas armadas que han sufrido tanto el impacto corruptor del narcotráfico como el debilitamiento de una crecida manipulación desde el gobierno; con una Iglesia Católica disminuida por el empuje interno entre fuerzas conservadoras y revolucionarias, y con una organización popular hecha, en buena medida, a imagen y semejanza de las necesidades de un proyecto político de izquierdas hoy fracasado, es difícil hallar reservas en el país para un recambio.

Las elecciones municipales de enero de 1993 mostraron bien los límites existentes. En Lima, fue reelecto como alcalde Ricardo Belmont, un independiente cuya gestión había sido constantemente desaprobadada por la opinión encuestada, a lo largo de sus tres años en el cargo.

Algunos de los partidos alcanzaron resultados verdaderamente lamentables, como resultado de que la ciudadanía se volvió a inclinarse masivamente por candidatos independientes; opción que, en muchos casos, equivale a elegir para el desempeño de la función pública a gentes sin trayectoria o, peor, dotados de antecedentes discutibles e impugnables.

La adhesión democrática

Las encuestas hallan en Perú, de modo constante, que el sistema de gobierno preferido es el democrático. Así, en las ocho ocasiones en que el APOYO formuló la pregunta - ofreciendo como alternativas un gobierno militar y uno revolucionario, entre abril de 1988 y setiembre de 1992,

los porcentajes de inclinación por la democracia superaron 70% en cinco oportunidades, y en las otras tres fueron 59% (marzo de 1991), 61% (marzo de 1989) y 65% (setiembre de 1991).

Trabajado sólo sobre sectores populares, Parodi halló también una preferencia por la democracia en tres de cada cuatro entrevistados.

En el mismo sentido corren las respuestas atinentes a las características de la democracia, que APOYO encontró en mayo de 1992 y que corresponden mayoritariamente a la "libertad de expresión" (66%), "respeto a los derechos humanos" (61%) y "un presidente elegido en una votación libre" (55%). El "respeto a la constitución" (44%) y el "respeto a la voluntad general" (41%) no alcanzaron acuerdo de la mayoría de los entrevistados; y aparecieron casi marginales "un poder judicial independiente" (16%) y la clásica "división de poderes" (14%).

Requeridos en seguida a señalar la más importante de estas características, más de una cuarta parte de entrevistados se inclinó por "respeto a los derechos humanos" (26%) y una quinta parte indicó "presidente elegido en una votación libre".

Para testar los límites del compromiso democrático, tanto APOYO como PAROY recurrieron a contraponer opciones. APOYO encontró, en primer lugar, que el acuerdo respecto a "sólo se pueden hacer cambios económicos en países gobernados por dictaduras" creció, entre marzo y mayo de 1992, de 26 a 31%. Y, puestos a escoger entre "democracia y libertad de expresión" vs. "autoridad y orden", 39% de los entrevistados eligieron la segunda opción en junio de 1992. Sin duda, ambas respuestas se explican mejor en el contexto de un gobierno que había clausurado el parlamento, en abril de ese año, dando como razón para ello la necesidad de introducir reformas económicas y de imponer la autoridad y el orden. Pero, en todo caso, la preferencia democrática inicial parece sufrir cierto menoscabo al ser sometida a prueba mediante tales opciones.

Parodi fue un poco más allá, en su trabajo sobre sectores populares en Lima, cuando propuso la opción entre una "autoridad fuerte y justa" vs. "amplia libertad política", para hallar - a medio antes de que Fujimori cerrara el parlamento - que 71% de los encuestados preferían la primera opción. Condicionada a sus resulta-

dos sociales, la opción democrática inicialmente declarada, la encuesta de Parodi sondeó el nivel de acuerdo con un "gobierno no elegido por el pueblo pero que sea justo y mejore la situación", y halló que 81% de sus encuestados se inclinaba por esta propuesta.

El respaldo mayoritario que recibe el presidente Fujimori actualmente tiene como afluente la preferencia por un gobierno "fuerte". APOYO halló, un año antes de que Fujimori cerrara el parlamento,

Las encuestas revelan una brecha entre el nivel de popularidad presidencial y el grado de aprobación de la actuación del gobierno, especialmente la correspondiente a la política económica.

que las expectativas ciudadanas han mantenido un nivel alto de personalización de la política - en detrimento de la construcción institucional -, si bien se inclinan ahora por líderes capaces de mostrar acción y resultados; criterio que pone de lado a los dirigentes políticos de tono altamente ideológico.

Como sugiere el propio Parodi, estos datos llevan a pensar en una actitud del ciudadano peruano frente al sistema político que podemos llamar plebiscitaria. Se trata de un ciudadano frustrado por la experiencia política, probablemente desengañado respecto a la posibilidad de que la política le depare un socio ideológico radicalmente distinto a lo conocido y, por lo tanto, desinteresado respecto a la marcha de esa distante escena política. Parece que, para este ciudadano, lo democrático consiste, sobre todo, en designar a través de una elección al presidente y expresar ocasionalmente ciertas preferencias; pero no se interesa demasiado por el respeto a la normatividad constitucional ni por la vigencia de las otras instituciones democráticas, excepto los derechos humanos. Ese desinterés puede provenir tanto de su desilusión con base en la experiencia, como de sus expectativas - criadas en la pobreza y en la historia de un esfuerzo personal que rinde pocos frutos - más relacionadas con el que el estado pueda darle que con su participación en las decisiones políticas generales.

En Perú, pues, no hay interés por la política, ni por los partidos, salvo en época electoral. Y, entre sectores populares, la preferencia por elegir al gobernante periódicamente podría ceder paso a un gobierno que, sin ese requisito de origen, garantice la justicia o la mejora de la situación. La opción ciudadana por la democracia, en Perú, resulta así radical y alarmantemente condicionada. ^{Adrián O.}

DE BENEDICTIS GALERIA DE ARTE

Arenales 1292
(1061) Buenos Aires
Teléfono: 42-8958

* Este trabajo utiliza extensamente las encuestas realizadas en Perú por la empresa APOYO, bajo la dirección de Alfredo Torres, quien facilitó estos resultados y la alcanzó ellos mismos. El informe final de la investigación realizada a fines de 1990 por Jorge Parodi en sectores populares de Lima aparece en el volumen Los pobres, la ciudad y la política, CEDYS, Lima, 1993.

Las dificultades son formidables ocasiones

Los días 2, 3 y 4 de julio se reunieron en Lyon los principales dirigentes de los partidos socialistas europeos. Extractamos aquí la intervención del Secretario Nacional del Partido Democrático de la Izquierda, de notable actuación en las últimas elecciones italianas.

Achille Occhetto

Miento muy contento de estar hoy con ustedes. Y no se trata por cierto de una formalidad, pues considero que estos "Estados Generales" constituye una iniciativa muy importante. Frente a resultados electorales que afectaron no sólo a nuestro partido sino a toda la izquierda europea ustedes tuvieron el coraje de proponer una bisbetizada y un debate referido no sólo al Partido Socialista Francés sino a todos los hombres y mujeres que en Europa se consideran de izquierda y creen en los valores democráticos del socialismo.

Vuestro punto de partida es que hoy -ante las grandes mutaciones que están cambiando el mundo día a día- la izquierda no le es suficiente una mera adecuación programática o algún maquillaje organizativo. *Big-Bang* es una expresión que me gusta porque da la idea de la necesidad de una innovación radical.

Es la misma idea que sirvió como punto de partida a nuestro partido, el PDS, cuando en 1989, en oportunidad de los grandes cambios que se producían en Europa y en el mundo, decidimos con coraje que era necesario ir más allá de la historia y la experiencia de Partido Comunista Italiano.

Al mismo tiempo comprendimos rápidamente que la caída del muro de Berlín también iba más allá de la sola experiencia del derrumbe de los países del Este; comprendimos inmediatamente que todo habría de cambiar en el Este, pero también en el Oeste; entendimos a tiempo que no se trataba de pasar de una tradición a otra y que el conjunto de la tradición práctica y teórica de la izquierda mundial, si bien de diversas maneras, había sido puesto en discusión.

En sustancia, supimos entender que el derrumbe del Este no nos imponía -a nosotros, que éramos hijos de Gramsci y no de Stalin-, como algunos pretendían, ir hacia el encuentro del socialismo neoliberal de Craxi sino que nos exigía reinventar la política, y también, si queréis, reinventar la izquierda.

Nosotros -que hemos sido y somos la fuerza más grande del socialismo italiano- no hemos cambiado sólo el nombre; no, hemos decidido confluir, buscar una tradición fecunda con el conjunto de la tradición progresista laica y católica.

Creo que precisamente por esto, en el panorama político italiano, somos la única fuerza de izquierda que permanece en pie y que está en condiciones de enfrentar a la nueva derecha que se expresa política-

mente en las Ligas.

Sabemos por cierto que lo que está puesto en discusión es, en efecto, la identidad misma de la izquierda; es el significado mismo de la palabra "socialismo"; que han sido cuestionadas las ideas-fuerza a partir de las cuales, durante un siglo, la izquierda construyó su cultura, sus experiencias políticas y sindicales y sus fortunas electorales.

Se trata entonces de un problema que afecta a toda la izquierda, tanto del Este como del Oeste.

La esperanza de que, una vez caído el muro de Berlín y los regímenes comunistas, se abriera inmediatamente un espacio de vastos consensos para el socialismo democrático, ha terminado siendo una ilusión. Lo que no significa, por cierto, que no siga habiendo un espacio para nuestras ideas.

Es más, comienza finalmente a manifestarse los signos de una desilusión respecto del mercado y del liberalismo salvaje; y también en el Este europeo el problema central está resultando cómo conjugar la libertad conquistada con los valores de solidaridad y equidad.

Pero también en Europa occidental la izquierda no vive ciertamente una fase feliz. No puede dejar de conmover el hecho de que en muchas elecciones realizadas desde 1990 hasta hoy en los diversos países europeos, las fuerzas socialistas y de izquierda han padecido serios retrocesos.

Es necesario a la vez tomar conciencia de una crisis de centralidad de la cuestión social en la forma en que se ha manifestado históricamente durante las últimas décadas y del surgimiento de perturbadoras novedades. Hablo de las nuevas contradicciones -la cuestión ecológica, las relaciones entre Norte y Sur del mundo, la cuestión sexual- que escapan a las categorías de análisis tradicionales del pensamiento socialista clásico.

Pero hablo sobre todo del pasaje del industrialismo clásico al microelectrónico e informático.

Todo ha cambiado en torno a nosotros: el modo de producir, de consumir, de vivir. Surgen nuevos problemas, como los del medio ambiente, la liberación femenina, los derechos de ciudadanía. En suma, se está rediseñando la vida histórica de la sociedad y la vida cotidiana de los individuos.

Pero sobre todo -y se trata de una cuestión nodal para todo partido de izquierda- en los países industrializados se plantea en términos totalmente nuevos la cuestión del trabajo durante casi un siglo el desarrollo ha sido regulado por la sucesión positiva más inversión-más ocupación-más rédito-más consumo. Dicho de otra manera: el crecimiento progresivo y lineal como parámetro del desarrollo y del progreso. Todos sabemos que, al menos desde hace un decenio, esta sucesión se ha interrumpido. Ya no es verdad que al crecimiento de las inversiones correspondan más trabajo. Es más, frecuentemente sucede lo contrario.

El problema que está en discusión es

precisamente la noción de desarrollo y su calidad.

Así las cosas, ¿de qué izquierda tenemos necesidad?

Yo creo en una izquierda que aferre su propia identidad en *cuatro ideas-fuerza fundamentales*.

La primera idea-fuerza es la *interdependencia y la integración*. No se puede no partir de la globalización producida en este decenio: se ha agotado la relación históricamente determinada entre economía y estado nacional, y a la vez esto se ve acompañado por la crisis de las formas modernas de la soberanía económica y de la soberanía política.

En este terreno la izquierda está retrasada. Si ante el mundo era gobernado por dos potencias, en la actualidad el derrumbe del Este no puede ponerlo en las manos de una sola potencia. Porque ahora nadie -ni siquiera los Estados Unidos- está en condiciones de decidir por sí solo la suerte de todos.

Es necesario un nuevo gobierno mundial, una autorregulación de las grandes potencias de prerrogativas que deben ser confiadas a una ONU reformada, de la misma manera que es esencial una cooperación que sea creíble por parte de las potencias más fuertes y más ricas respecto del Tercer Mundo.

Sólo una auténtica autoridad internacional puede afrontar los conflictos -como por ejemplo en Somalia y en la ex Yugoslavia-; el terrorismo internacional, las grandes batallas modernas contra la droga, y por cierto la defensa del medio ambiente y un desarrollo sustancial. Sólo así, en el marco de una nueva política dirigida a afectar en el corazón al desarrollo desigual a escala planetaria es posible resolver con una cultura de izquierda el problema de los inmigrantes. Y no por cierto a través de Europa que se cierra para protegerse egoístamente a sí misma.

Pero las cosas no están encaminadas en esta dirección. Me preocupa la evidente contradicción que se manifiesta diariamente: todos los procesos económicos, sociales, culturales, militares y políticos asumen dimensiones supranacional y no existe problema significativo que pueda ser resuelto sólo sobre bases nacionales. Y, al mismo tiempo, ante las incertidumbres, el miedo y otras inquietudes de nuestro tiempo, crecen todas las formas de proteccionismo, de nacionalismo, de barreras nacionales, étnicas o religiosas.

Creo que la izquierda no puede tener dudas: entre "integración y desintegración" nuestra elección no puede sino ser la integración y la interdependencia.

Un segundo valor fundamental es el trabajo.

Todos sabemos cómo el trabajo ha cambiado en su composición material y en su calidad.

Sin embargo, este conocimiento no puede poner en discusión un punto de partida para nosotros irrenunciable: la plena ocupación.

Debemos repensar todo: la forma de los horarios de trabajo y el tiempo de trabajo, que debe ser reducido y redistribuido; la relación entre educación, formación y trabajo; los instrumentos de gobierno del mercado de trabajo. Deben ser sostenidas todas las formas de trabajo y de actividad que soliciten creatividad y espíritu de interdependencia individual y colectiva. Así como es necesario pensar en un desarrollo no fundado solamente sobre la producción de bienes de intercambio. Lo que Marx llamó "valores de uso" -los bienes que no se intercambian pero que, como nos demuestra la cuestión ecológica, son no menos esenciales para la vida cotidiana- hoy ofrecen una enorme posibilidad para nuevas inversiones y trabajo.

En resúmenes cuentas: logrará vencer los desafíos del trabajo quien sea capaz de imaginar una sociedad en la cual coexistan diversas modalidades y oportunidades de trabajo.

Y un punto de partida fuerte puede ser la lucha por la disminución, a nivel europeo, del horario de trabajo, pero también la redistribución del trabajo, sobre todo entre hombres y mujeres.

Un tercer valor fundamental es la solidaridad.

Estamos saliendo fatigosamente de un decenio caracterizado por la borrachara neoliberalista. Se ha intentado hacer creer que el mercado, por sí solo, es capaz de regular todo. Y que sobre la base de la sola relación espontánea entre demanda y oferta todo puede ser resuelto.

Si estas son las ideas-fuerza en torno a las cuales la izquierda puede pensar en reorganizarse y en buscar nuevos y más vastos consensos, entonces se plantea de manera urgente otra exigencia: *reorganizar también la política y su modo de ser*.

Existe una crisis de la democracia representativa en todos los países industriales que se manifiesta en una crisis profundamente de los partidos y del modo tradicional de hacer política.

Pero no es una crisis irreversible. También aquí se trata de llegar hasta las raíces del problema. La política tiene necesidad de los partidos. Quien piensa que los partidos han sido superados en realidad se engaña. Eliminados los partidos, la democracia se debilitaría en manos de los lobbies o de las masonías de distinto tipo. Por tanto hay necesidad de los partidos, pero ellos deben cambiar profundamente su lenguaje, su organización y su relación con la sociedad civil.

Y en fin, una cuarta idea-fuerza es la democracia.

Hoy se plantea el tema de la "democracia integral": en la economía, en la sociedad civil, en la gestión de la formación y de la información, en la política. Se trata de identificar al socialismo con el movimiento permanente de la democracia, de una democracia que se expande con el propósito de realizarse, hasta el fondo, a sí misma. El socialismo tiene que dar lugar a un proceso de liberación, de las mujeres y de los hombres, de la escasez y del dominio, y esto debe ser realizado no sólo por la vía maestra de la producción y del trabajo sino también a través del crecimiento de todas las oportunidades de vida y de la afirmación más amplia de los derechos.

La vieja contradicción entre democracia formal y democracia sustancial debe ser superada en la dirección de la libertad real, que se encarna en los derechos universales de ciudadanía.

Repensar el socialismo hoy significa por eso luchar por una "democracia integral", es decir por una democracia económica, por nuevas relaciones entre lo público y lo privado, por el reconocimiento de los derechos de los ciudadanos en cuanto usuarios y consumidores, por iguales oportunidades para hombres y mujeres, por una gestión democrática del saber y de la información, por una reforma democrática de las instituciones y del estado.

Si estas son las ideas-fuerza en torno a las cuales la izquierda puede pensar en reorganizarse y en buscar nuevos y más vastos consensos, entonces se plantea de manera urgente otra exigencia: *reorganizar también la política y su modo de ser*.

Existe una crisis de la democracia representativa en todos los países industriales que se manifiesta en una crisis profundamente de los partidos y del modo tradicional de hacer política.

Pero no es una crisis irreversible. También aquí se trata de llegar hasta las raíces del problema. La política tiene necesidad de los partidos. Quien piensa que los partidos han sido superados en realidad se engaña. Eliminados los partidos, la democracia se debilitaría en manos de los lobbies o de las masonías de distinto tipo. Por tanto hay necesidad de los partidos, pero ellos deben cambiar profundamente su lenguaje, su organización y su relación con la sociedad civil.

Todos sabemos que no es así. Es más, en estos años el crecimiento de las sociedades industriales ha tenido costos sociales muy altos. Y, por otro lado, estos costos habrían sido aún más graves si no se hubieran efectuado intervenciones públicas y actuado mecanismos de solidaridad social.

La derecha está aún vinculada a la vieja contradicción entre estado y mercado. La nueva izquierda, en cambio, debe criticar el viejo estatismo, pero en nombre de una nueva relación entre lo público, lo privado y lo privado social.

Se trata, en fin, de salir de la contradicción ideológica entre estado y mercado para experimentar en cambio un sistema de relaciones totalmente nuevo en el cual el entrelazamiento entre lo público y lo privado está dirigido a asegurar una efectiva y racional solidaridad. Solidaridad no como gestión de la marginalidad sino como política redistributiva y como un incentivo al cambio del modelo de desarrollo.

Y, en fin, una cuarta idea-fuerza es la democracia.

Hoy se plantea el tema de la "democracia integral": en la economía, en la sociedad civil, en la gestión de la formación y de la información, en la política. Se trata de identificar al socialismo con el movimiento permanente de la democracia, de una democracia que se expande con el propósito de realizarse, hasta el fondo, a sí misma. El socialismo tiene que dar lugar a un proceso de liberación, de las mujeres y de los hombres, de la escasez y del dominio, y esto debe ser realizado no sólo por la vía maestra de la producción y del trabajo sino también a través del crecimiento de todas las oportunidades de vida y de la afirmación más amplia de los derechos.

La vieja contradicción entre democracia formal y democracia sustancial debe ser superada en la dirección de la libertad real, que se encarna en los derechos universales de ciudadanía.

Repensar el socialismo hoy significa por eso luchar por una "democracia integral", es decir por una democracia económica, por nuevas relaciones entre lo público y lo privado, por el reconocimiento de los derechos de los ciudadanos en cuanto usuarios y consumidores, por iguales oportunidades para hombres y mujeres, por una gestión democrática del saber y de la información, por una reforma democrática de las instituciones y del estado.

Si estas son las ideas-fuerza en torno a las cuales la izquierda puede pensar en reorganizarse y en buscar nuevos y más vastos consensos, entonces se plantea de manera urgente otra exigencia: *reorganizar también la política y su modo de ser*.

Existe una crisis de la democracia representativa en todos los países industriales que se manifiesta en una crisis profundamente de los partidos y del modo tradicional de hacer política.

Pero no es una crisis irreversible. También aquí se trata de llegar hasta las raíces del problema. La política tiene necesidad de los partidos. Quien piensa que los partidos han sido superados en realidad se engaña. Eliminados los partidos, la democracia se debilitaría en manos de los lobbies o de las masonías de distinto tipo. Por tanto hay necesidad de los partidos, pero ellos deben cambiar profundamente su lenguaje, su organización y su relación con la sociedad civil.

Y esta verdad lo es mucho más aún para nosotros, grandes partidos socialistas y de izquierda europeos, caracterizados por una cultura y por una historia fuertemente centralizada y dirigista. Todos debemos liberarnos de una cierta mentalidad "pedagógica": la sociedad de hoy ya no tiene necesidad de predicadores ni de investigadores de conciencia. Tiene necesidad de partidos políticos capaces de "auscultar", de ponerse en sintonía con la "sociedad civil" y de traducir en su acción las demandas y las solicitudes de los ciudadanos.

Como puede verse, nosotros queremos ir más allá del horizonte liberal democrático, en dirección de una mejor fusión de libertad e igualdad.

Queremos ir más allá del horizonte liberal democrático, en dirección de una mejor fusión de libertad e igualdad.

Sin embargo es evidente que este proceso político y organizativo será tanto más eficaz cuando más contribuyan una pluralidad de sujetos y fuerzas que -inspirándose todos en los valores democráticos y de progreso- sean cada una expresión de una original experiencia y cultura de izquierda.

El derrumbe del comunismo real nos ofrece una formidable oportunidad: ha terminado la época de la contradicción ideológica y política entre los dos grandes "centros" -el comunista y el socialdemócrata- de la izquierda europea y mundial. Los grandes cambios de nuestro tiempo y la crisis de identidad que ellos han suscitado liberaron fuerzas y energías que -aun con inspiraciones culturales distintas- constituyen un formidable potencial para la

reorganización del conjunto de los poderes que inciden sobre aquellas oportunidades.

Para perseguir actualmente tal objetivo es necesario que una redefinición cultu-

ral y programática vaya acompañada también por un nuevo perfil organizativo. En el próximo decenio la Europa comunitaria realizará no sólo su propia integración económica sino también la política e institucional. Es evidente que para todas las fuerzas políticas europeas se plantea como una objetivo e impostergable necesidad la construcción de los "partidos europeos". Y es precisamente por esto que nuestros partidos en conjunto han dado vida al Partido Socialista Europeo, que constituye una etapa importante en la construcción de un sujeto político del polo reformador europeo.

Sin embargo es evidente que este proceso político y organizativo será tanto más eficaz cuando más contribuyan una pluralidad de sujetos y fuerzas que -inspirándose todos en los valores democráticos y de progreso- sean cada una expresión de una original experiencia y cultura de izquierda.

El derrumbe del comunismo real nos ofrece una formidable oportunidad: ha terminado la época de la contradicción ideológica y política entre los dos grandes "centros" -el comunista y el socialdemócrata- de la izquierda europea y mundial. Los grandes cambios de nuestro tiempo y la crisis de identidad que ellos han suscitado liberaron fuerzas y energías que -aun con inspiraciones culturales distintas- constituyen un formidable potencial para la

reorganización del conjunto de los poderes que inciden sobre aquellas oportunidades.

Para perseguir actualmente tal objetivo es necesario que una redefinición cultu-

ral y programática vaya acompañada también por un nuevo perfil organizativo. En el próximo decenio la Europa comunitaria realizará no sólo su propia integración económica sino también la política e institucional. Es evidente que para todas las fuerzas políticas europeas se plantea como una objetivo e impostergable necesidad la construcción de los "partidos europeos". Y es precisamente por esto que nuestros partidos en conjunto han dado vida al Partido Socialista Europeo, que constituye una etapa importante en la construcción de un sujeto político del polo reformador europeo.

Sin embargo es evidente que este proceso político y organizativo será tanto más eficaz cuando más contribuyan una pluralidad de sujetos y fuerzas que -inspirándose todos en los valores democráticos y de progreso- sean cada una expresión de una original experiencia y cultura de izquierda.

El derrumbe del comunismo real nos ofrece una formidable oportunidad: ha terminado la época de la contradicción ideológica y política entre los dos grandes "centros" -el comunista y el socialdemócrata- de la izquierda europea y mundial. Los grandes cambios de nuestro tiempo y la crisis de identidad que ellos han suscitado liberaron fuerzas y energías que -aun con inspiraciones culturales distintas- constituyen un formidable potencial para la

Hoy sin nosotros no existe izquierda europea, al mismo tiempo, la izquierda europea es más extensa que nosotros. Y para nosotros se nos presenta una formidable oportunidad: la de hacer de nuestra fuerza el motor central de una nueva fuerza europea, para cuya construcción debemos ser capaces de llamar a los interlocutores -ecologistas, fuerzas radicales y progresistas, movimientos cívicos, comunistas reformadores- que actualmente están, también ellos, en la búsqueda de una nueva identidad y de una articulación democrática avanzada.

Nosotros debemos trabajar por una nueva izquierda europea cuyo objetivo sea el gobierno de una sociedad compleja y de las contradicciones inéditas que en ella se manifiestan.

Con mayor razón está ante tales desafíos también la Internacional Socialista, que puede asumir un papel decisivo a los efectos de ofrecer a todas fuerzas socialistas y progresistas del mundo referencias culturales y políticas útiles para la construcción de un orden planetario más justo y más democrático.

Pero la Internacional Socialista puede quedar absuelta de esta tarea sólo si ella también se plantea el problema de una radical y rápida reforma en sus filas.

Y a la Presidencia de Willy Brandt la Internacional conoció una significativa ampliación de sus horizontes culturales -enriqueciendo los tradicionales temas del *welfare* con las nuevas problemáticas del medio ambiente, de los derechos de la mujer, de las relaciones Norte-Sur, del futuro del planeta- y realizó una primera y fuerte apertura para el ingreso de partidos de todos los continentes.

Hoy -después de las grandes transformaciones de 1989- con mayor razón la Internacional Socialista está llamada a reformarse, a abrirse con coraje, sin recelos, a la Internacional una gran expectativa: estar en correspondencia con ella o frustrarla depende sólo de nosotros. Por eso la Internacional Socialista debe plantearse el objetivo de convertirse cada vez más en el *Forum* en el que se encuentren y confronten todas las fuerzas que en los distintos continentes luchan por colocar de nuevo al socialismo en una visión más alta y madura de las tareas de progreso y de paz de la izquierda en el mundo. Sobre la base de estas reflexiones proponemos una reforma y una apertura de la Internacional Socialista en la dirección de una más amplia Internacional democrática y de izquierda.

Thomas Mann escribió que "las dificultades son frecuentemente ocasiones formidables". Si esto fuera así, las ocasiones desde luego hoy no faltan. Registrarlas, no faltar a la cita ni desaprovechar oportunidades que podrían no repetirse, es nuestra tarea.

Nosotros, en nuestro giro, queridos compañeros, hemos hablado de *nuevo inicio*. Veo con placer, y les auguro por eso grandes resultados, que también ustedes en los hechos, aun en el marco de las gloriosas tradiciones del socialismo francés, hoy impulsan un *nuevo inicio*. Que sea auspicio para ustedes, para nosotros y para toda la izquierda europea. □

Tradujo Jorge Tula



"Para Resolver con Sherlock Holmes"
Iveso N°3 - Emisores 29
Pag. 36-37

bre y de la reorganización del conjunto de los poderes que inciden sobre aquellas oportunidades.

Para perseguir actualmente tal objetivo es necesario que una redefinición cultu-

izquierda. Sería arriesgado pensar que nuestros partidos -cada uno de los cuales constituye ciertamente en el propio país la fuerza principal de la izquierda- representen por sí solos toda la izquierda.

PUENTE DE NISTA

N° 46 - AGOSTO DE 1993

Marilyn Contardi, Mirando una fotografía de Walker Evans: "Rincón de la cocina de Floyd Burroughs" / *Tulio Halperin Donghi*, A treinta años de "Argentina en el callejón". Comentarios de Carlos Altamirano / *Hilda Sabato*, Hobsbawm y nuestro pasado / *Dora Orlansky*, De la farsa a la tragedia más sombría. La tetralogía antisemitista de Hugo Wast / *Raúl Beceyro*, La exclusión. Sobre "Gatica, el mono", de Leonardo Favio / *Rafael Filippelli*, Godard revisitado / *Beatriz Sarlo*, La condición mortal / *Emilio de Ipola*, Borges y la comunidad / *Peter Bürger*, La declinación del modernismo

LIBROS

Otras voces, otros ámbitos

El silencio y las palabras. El pensamiento en tiempo de crisis

Franco Rella

Ed. Paidós, Buenos Aires, 1992, 223 páginas.

¿Cómo pensar las experiencias de este fin de siglo que, en una caracterización sucinta podríamos definir como pérdida de los fundamentos y, consecuentemente, multiplicación y dispersión de racionalidades irreductibles a un centro aglutinante?

Pensando desde un horizonte desdoblado de la modernidad o, más precisamente, contra la modernidad, advierten presurosos ciertos autores identificados con el ethos posmoderno.

Combatir este reduccionismo -el de presentar una visión de la modernidad como un todo homogéneo- ha sido, probablemente, el punto de partida de este prolijo ensayo de Franco Rella. Para ello, escogió aquel momento en que la modernidad -los años veinte y treinta de este siglo- conoció la remoción de sus certezas y, al mismo tiempo, la apertura hacia la construcción de un saber sobre aquellas experiencias que resultaban indecibles en los límites de una razón que debería para nomenclatura. El propósito: buscar en las esbriaciones de así llamado pensamiento negativo un concepto de racionalidad crítica en condiciones de enfrentar los embates y desafíos que, entendiendo el autor, guardan un parecido de familia con los de aquella época.

Un proyecto teórico entreciende, y en paralelo una apuesta política: ensayar una lectura alternativa a las dos posiciones que actualmente parecieran hegemonizar la escena política cultural: contra la celebración melancólica de una modernidad que asistió, estupefacta, al paulatino desmoronamiento de sus sueños acerca de demasiado humanos, como

contra la glorificación del presente en la sanción puramente local de los juegos lingüísticos promovida por las retóricas posmodernas.

El texto se mueve, como subraya el propio autor, "en una zona fronteriza entre la literatura y la filosofía", y justifica esta posición en la composición misma de los materiales con los que decidió trazar su itinerario: las filosofías de Nietzsche, Wittgenstein, Benjamin y Heidegger, si aún

cio que Wittgenstein testimonió en esa imposibilidad de hablar sobre aquello que trasciende los eslabos de cosas del mundo: la ética. Una época inhóspita que, como señalara Heidegger "pende sobre el abismo" por falta de fundamentos, preparó su educación sentimental, predisponiéndolos para el "carácter destructivo", ese paño de la precariedad que con inguible justicia leña a Benjamin. Aunque curiosamente, impli-

bocando el tiempo del eterno retorno, que en opinión del autor, aunque con argumentos no tan del todo convincentes, repetiría la eternidad del pensamiento burgués.

Walter Benjamin hará lo suyo por evitar que los sucesos pasados se desgranaran como "rosario entre los dedos", intentando recuperar para el proletariado el tiempo perdido en el "burel del historicismo", como apostrofa a la socialdemocracia en sus Tesis de

inmanencia: un vaciamiento del concepto de crítica. Con la diferencia que para este último, la posmodernidad es la resolución acabada del proyecto moderno.

Alejandro Blanco

Espacios de tránsito

Los "no lugares"

Los espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad.

Marc Augé

Gedisa, Barcelona, 1993, 125 páginas.

Si algo resulta clave en las intenciones de Marc Augé al construir su noción de *no lugares* es la necesidad previa de fundamentar la pertinencia de un conocimiento antropológico de la contemporaneidad cercana. La tarea no es presentada como evidente y demanda gran parte de su reflexión.

El camino tomado por el autor nos conduce, a partir de un postulado básico que sostiene que la antropología lo es siempre del aquí y ahora, a la conclusión de que ni los principios metodológicos, ni su definición de objetos empíricos y teóricos, permite sostener que es posible el abordaje de los fenómenos contemporáneos a partir de la mirada del etnólogo.

En esta doble tarea -justificar la perspectiva antropológica para estudios del presente cercano y esbozar la noción de *no lugares*- aparece un punto clave de su argumentación: la consideración de la categoría de *lugar antropológico*. A partir de ella es posible anticipar lo que será la definición de los *no lugares* y, a su vez, exponer que si el antropólogo se dedica a describir lo que observa y vive en el mismo lugar y momento en que se encuentra, es precisamente porque lo que assume sentido para éste no es sino lo que también lo asume para los que viven, identidad que no pue-

de excluir de ante mano la posibilidad de confluir en el mismo investigador. De esta manera, dice Augé, "...reservaremos el término de lugar antropológico para esta construcción concreta y simbólica del espacio que no podría por sí sola dar cuenta de las vicisitudes y de las contradicciones de la vida social y a la cual se refieren todos aquellos a quienes ella les asigna un lugar, por modesto o humilde que sea (...). El lugar antropológico, es al mismo tiempo principio de sentido para aquellos que lo habitan y principio de inteligibilidad para aquel que lo observa".

De esta manera queda expuesta la pertinencia y el punto de partida del abordaje propuesto y éste se hace a partir de un planteo que articula dos dimensiones. Por un lado, si un lugar se define como lugar de identidad, relacional e histórico, no un lugar es aquel que no puede describirse a partir de tales premisas. Por el otro, el mundo contemporáneo tiene una especificidad y ésta es la del exceso -exceso de acontecimientos (apelaminamiento de tiempo), exceso de espacio (achicamiento del planeta) e individualización de las referencias (producción individual de sentido)-, esta especificidad lleva al autor a definirlo como de *sobremodernidad*. La sobremodernidad es productora de *no lugares*, espacios caracterizados por su condición de tránsito en oposición a los espacios de residencia, por ser intersecciones cuya figura arquitectónica podrían ser los "encuentros" de autopistas que se ignoran y no cruces de rutas ("pare" diría el cartel), por ser pasajes con destino prefijado quienes lo viven y no viajeros habitantes el camino.

Los *no lugares* tienen tanta y tan poca existencia como los lugares, sus límites son difusos y su entidad asistémica, pero su particularidad reside en concentrar la clave de la contemporaneidad. Si esto es efectivamente así se justifica, entonces, una *antropología de la sobremodernidad*.

Martín Plot



Revista de hechos e ideas

Suscripción anual 1.400 Ptas.

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración: Monte Esquinza, 30. 28010 Madrid

ENSAYO

What is left?

La izquierda desencantada*

Proyecto político, modernidad, cambio social son las coordenadas que han definido el concepto de "izquierda". La crisis del marxismo induce a volver a estas referencias de fondo, con un método más pragmático y menos ideológico de afrontar los problemas. De esta manera emergerá una multiplicidad de posiciones, pero precisamente en la especificidad de las intervenciones se renovará la capacidad de la izquierda para responder a los desafíos de la modernidad.

Alberto Martinelli y Michele Salvati

Cuando se discute de la izquierda o de algunas de sus manifestaciones históricas -por razones evidentes del socialismo se habla mucho desde hace algunos años a esta parte- surge generalmente dos objetivos explícitos principales y una función latente también de primera línea. El primer objetivo explícito es el de definir -obviamente *re-definir*, *re-descubrir* que es la izquierda en términos generales o en una fase histórica concreta. El segundo objetivo explícito es el de indicar una agenda: sobre la base de la *re-definición* concreta propuesta se indican objetivos políticos, viejos y nuevos, que afirman ser de izquierda, que se consideran deseables y e historicamente realizables.

La principal función latente es la de un mutuo sostén entre los militantes de izquierda en un momento de dificultad o de cambio intenso. Algunos intentos pueden revelarse como un fracaso, todos pueden cambiar históricamente, muchos pueden ser distintos de acuerdo al país de que se trate; pero la izquierda -ésta es la conclusión inevitable- permanece y está destinada a permanecer como categoría de juicio y de acción política.

Nuestra contribución no constituye una excepción: ella tiene la función latente que hemos descrito, una función que será mejor desarrollada en la medida en que los dos objetivos explícitos sean mejor logrados. A estos objetivos hace referencia el juego de palabras del título, que hemos robado a Steven Lukes (la izquierda, como es sabido, tiene una relación problemática con los derechos de propiedad). ¿Qué es la izquierda? ¿Qué ha permanecido de ella? Estamos convencidos que una definición conceptualmente fuerte e históricamente fundada de la izquierda está en condiciones de mostrar -más allá del derrumbe, más allá de las dificultades de manifestaciones contingentes- una agenda deseable y realista. Por lo tanto que ha permanecido en gran medida.

Definiciones simplificadoras siempre provocan discusión: la historia de las ideas y del mundo es demasiado rica, las tradiciones culturales demasiado contaminadas y las posiciones políticas efectivas demasiado complejas como para poder respetar cualquier definición simple.

Izquierda y derecha expresan ampliamente dos dimensiones principales. El término "dimensión" es obviamente análogo, ya que estamos tratando de política y de cultura y no de geometría. Pero la analogía es bastante fuerte: en efecto, pueden identificarse -ambas dimensiones y sin forzar demasiado- dos puntos extremos y numerosas posiciones históricas pueden ser colocadas a lo largo de un eje ideal que vincula un extremo con el otro. Los dos dimensiones son luego bien distinguibles lógicamente, aunque

los casos históricos particulares son frecuentemente *Gestalten* intrínsecos en las cuales el extremo de una posición se vincula con la posición extrema de la otra. Junto a los dos dimensiones cuyos extremos pueden asociarse bastante claramente a efectivos variantes históricos de derecha e izquierda, debemos luego considerar otra -también ella muy importante- que sin embargo no permite alinear las posiciones consideradas a lo largo de un eje que va de derecha a izquierda; por tanto una dimensión en la cual podremos encontrar variantes de izquierda o variantes de derecha a lo largo del eje que conjuga los dos extremos. Pero veamos inmediatamente las primeras dos dimensiones.

La primera dimensión esta referida al cambio social y al papel que en él pueden tener proyectos deliberados de cambio. Limitémonos a caracterizar los extremos. La izquierda ve a la sociedad como "fácilmente" modificable por un diseño coherente de construcción -por un proyecto-hecho hegemónico por el poder de una fuerza política; ve por tanto a los individuos (sus intereses, sus predisposiciones, sus aspiraciones) como suficientemente plásticos y adaptables a diversos proyectos sociales, virtuosos y altruistas si el proyecto solicita estos dos caracteres, viciosos y egoístas si el proyecto está mal diseñado. La derecha ve en cambio a la sociedad como "no proyectable" -a lo máximo gobernada por incontrolables y lentas tendencias- y a los individuos como dotados de intereses, inclinaciones, aspiraciones "naturales", muy resistentes al cambio si no inmutables, típicamente egoístas y "malos". Es por esto, naturalmente, que la derecha moderna ve al capitalismo y a la economía de mercado como poco menos que un milagro: ella está afectada por la heterogeneidad de los fines, por el hecho de que del egoísmo -y no de la benevolencia- pueda surgir el bienestar de la sociedad. Y

está dispuesta también a falsificar la evidencia histórica con tal de sostener la "espontaneidad" del capitalismo, su correspondencia a leyes evolutivas immanentes a la historia humana. Cualquier otro modelo organizado sería algo forzado, fruto de *hybris* constructivista, precursor de desgracias.

Aunque la historia manifiesta de los conceptos de derecha e izquierda sea una historia moderna, algunos ingredientes de esta dimensión -el debate sobre la naturaleza del hombre- tienen una historia antiquísima: la "madera torcida" de la que habla Immanuel Kant recuerda análogas concepciones de la naturaleza humana a lo largo de todo el arco de la historia occidental. Otros ingredientes son más recientes: Hayek remite a Descartes la actitud "constructivista" que tanto detesta. Acaso Descartes no sea el *villain principal*; sin embargo es cierto que concepciones explícitas de la proyectabilidad de la sociedad según un diseño "racional" se desarrollan de manera acabada sólo en los siglos XVII y XVIII en Europa. La reacción de la derecha, sus argumentos típicos, toman forma moderna después de la revolución francesa: efectos perversos, inutilidad, riesgos, como recientemente nos ha recordado Albert Hirschmann? Más allá de los argumentos típicos, más allá de la retórica partidista, sobre esta dimensión es fácil hacer uso de construcciones científico-ideológicas complejas, cuya influencia se extiende hasta nosotros: piénsese sólo en la teoría de las élites o en la teoría "realista" de las relaciones internacionales, en un extremo; o en la visión keynesiana de la política económica, en el extremo opuesto.

Observemos por último que nuestra primera dimensión no coincide con aquella, mucho más común, relativa a sus extremos *conservación* y *progreso*. Ciertamente, las creencias según las cuales la sociedad puede ser objeto de



LETRA INTERNACIONAL

Suscripción anual 1.400 Ptas.
Forma de pago: Talón bancario o giro postal.Redacción y Administración:
Monte Esquinza, 30. 28010 Madrid

proyecto y que la naturaleza humana es suficientemente plástica respecto a influencias sociales, estimulan más fácilmente comportamientos sociales innovadores y progresivamente renovadores. Sin embargo, el término progreso está tan cargado de connotaciones que lo distorsionan que resulta inutilizable. Si lo sustituimos por el término más utilizable de "innovación", la dicotomía *conservación-innovación* es ciertamente significativa en el plano del análisis histórico, pero su correlación con derecha-izquierda se atenúa algo. Si nos referimos a situaciones de innovación o conservación efectivas y a actitudes personales del mismo tenor remitibles a estas categorías, no resulta demasiado difícil encontrar a los conservadores de izquierda y a los innovadores de derecha: De Gaulle y Margaret Thatcher han sido los innovadores, mientras que muchos políticos soviéticos y socialdemócratas han sido fuertemente conservadores. Es probable que, de hecho, subsista todavía una gran correlación positiva entre derecha-izquierda y conservación-innovación. Pero se trata de una relación estática, conceptualmente menos fuerte y culturalmente menos significativa de la dimensión que acabamos de definir.

La segunda dimensión está referida no a la proyectabilidad de la sociedad sino a la *naturaleza del proyecto* y es una dimensión totalmente moderna que se desarrolla con el Iluminismo y las revoluciones norteamericana y francesa. Derecha e izquierda son polaridades internas al proyecto moderno, actuaciones de sus principios: libertad, igualdad, democracia, fraternidad. Para decirlo brevemente: la izquierda "tira del lado" de la igualdad y de la democracia e invoca una fuerte responsabilidad política para una cada vez más acabada realización de aquellos principios, aunque esto comporta vínculos cada vez más penetrantes sobre los individuos; la derecha —la derecha del proyecto moderno— "tira del lado" de la libertad, de la autonomía individual, de la atenuación y no del reforzamiento de los vínculos impuestos por la esfera pública. Hemos insistido en el "proyecto moderno" porque también esta dimensión, como la precedente, tiene ingredientes muy antiguos, sobre todo para el extremo de izquierda: utopías idealísticas emergieron periódicamente a través de todo el arco de la historia humana. La derecha liberal e individualista es en cambio rigurosamente moderna: la derecha premoderna es monárquica-aristocrática, clerical e integrista, y, en estas versiones al menos, ha salido casi del todo de escena en los países industrialmente avanzados. En la versión moderna que hemos dado, esta dimensión es por tanto homogénea: ella tiene dos extremos y entre ellos puede contener numerosos proyectos de sociedad, que podemos por tanto valorar como más de derecha o más de izquierda; Rawls y Nozick¹ son dos ejemplos apropiados respecto de "centro-izquierda" y "centro-derecha". ¿Pero es posible alinear (evaluar) todos los proyectos de sociedad según este eje?

Obviamente no. Ante todo no es posible alinear las relaciones históricas contra el proyecto moderno: Burke y De Maistre, como Rawls y Nozick, aparecerán como peligrosos subversivos, y acaso Nozick más que Rawls. La reacción antimoderna no se agota sin embargo entre los siglos XVIII y XIX: en el curso de los dos siglos, y también hoy, la imagen de sociedad moderna que acaso Rawls y Nozick representan, no resulta convincente y muchos advierten que le falta algo. Les falta el calor de las lealtades y de las solidaridades primarias: de la familia, de la comunidad, de la nación, de la religión... Les falta la variedad y la riqueza de las diferencias: de sexo, de culturas, de prácticas. Para estos críticos, la derecha y la izquierda del proyecto moderno son igualmente frías, vacías, pobres, insatisfactorias, y la palabra *fraternité*, aun cuando está inscrita en la bandera revolucionaria de aquel proyecto, parece un cuerpo extraño: ellos sostendrían que, no poniéndose en el mismo plano que la libertad



y la igualdad, de hecho la *fraternité* ha sido ampliamente subvaluada en los desarrollos sucesivos de la modernidad capitalista. Y habría que recordar que las "igualdades" universalistas del proyecto moderno, la misma solidaridad de clase, en los momentos más decisivos sucumben ante solidaridades más elementales, más "naturales".

Es por esto que una *tercera dimensión*, siempre atañe al diseño de una sociedad buena, es necesaria y se mezcla en diversas configuraciones históricas con las otras dos: modernidad contra tradición; sociedad contra comunidad; universalismo contra particularismo; o bien, dicho de una mejor manera, *identidad humana universal contra identidades* (territoriales, biotónicas, socioculturales) particulares. A diferencia de las dos dimensiones precedentes, es ésta en mucho más difícil hacer coincidir la graduación obtenida con una graduación de derecha-izquierda. En los tiempos de lucha contra el *Ancien Régime*, la izquierda estaba obviamente de la parte del universalismo y de la modernidad, incluso porque una derecha liberal moderna aún no existía: como nos ha descrito admirablemente Marshall Merman², la modernidad (y con ella la capitalista) es el Puesto que sacrificó a Filén y a Baucis a un gran proyecto es el *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx y Engels, el más elocuente himno a la modernidad capitalista que jamás se haya escrito. Después de entonces, y sobre todo en nuestros días, las cosas se han hecho más complicadas, y precisamente por aquella hendidura del proyecto moderno tenemos que ver la *fraternidad*.

Hoy, así como del lado del universalismo encontramos tanto a la izquierda como a la derecha modernas, hacia el lado de la tradición encontramos cosas distintas: ideologías reaccionarias, románticas, racistas, integristas, con las cuales la izquierda no podrá nunca acordar; y en cambio a requerimientos de reconocimiento de identidades que pueden enriquecer el proyecto moderno, la izquierda es mucho más sensible que la derecha. Históricamente, en un mundo de identidades parciales, de culturas y lealtades circunscritas, derecha e izquierda modernas han buscado y encontrado aliados diversos: la derecha se ha aliado a ideologías nacionalistas, tradicionalistas o racistas para perpetuar condiciones de desigualdad y opresión; la iz-

quierda se ha aliado a ideologías sofocadas y oprimidas (nacionales, étnicas, religiosas, comunitarias, pero también de género y de cultura) a los fines de promover un rescate colectivo.

En la materialidad de la historia

Proyectabilidad no proyectabilidad de la sociedad; igualdad y reglas públicas para imponerla-autonomía individual; universalismo-particularismo: estas tres parejas de extremos y los ejes de casos intermedios que ellas definen apprehenden, a nuestro parecer, gran parte de las configuraciones históricas de la izquierda. Antes de pasar a la agenda, y para preparar el terreno, nos quedan dos comentarios importantes: la primera está referida a las *Gestalten* concretas de derecha o de izquierda; la segunda, a la relación entre izquierda e igualdad y justo-equivocado, para quien se considera de izquierda, ¿es justo o no colocarse lo más corrido a la izquierda posible, por lo menos respecto de estas dos dimensiones?

Ya hemos recordado que existen conexiones histórico-culturales profundas entre las distintas posiciones a lo largo de los tres ejes y que sería necesario un largo ensayo para ponerlas en evidencia de manera adecuada; en tal ensayo sería posible dar diversos ejemplos concretos —diversas *Gestalten* de derecha o de izquierda— en los cuales se articulen de un modo histórico-cómodo "pedazos" sacados de una o más dimensiones que hablaríamos aislado. Que esto es posible es evidente: nosotros hemos obtenido nuestras tres dimensiones aislando aspectos lógicamente homogéneos en el interior de contextos históricos complejos; basta volver a estos contextos para encontrar las *Gestalten* de las que estamos hablando. Para poner un caso cercano a nosotros, por ejemplo, podría ser históricamente explicado el cuadro de la ideología reaganiana, con la mezcla de fuerte y moderno individualismo (segunda dimensión) y a la vez también de tradicionalismo (Dios, patria y familia: tercera dimensión). O bien el cuadro de algunas franjas de la cultura juvenil en los países de capitalismo avanzado: fuertes componentes igualitarios (segunda dimensión) pero también una notable insistencia sobre el respeto de culturas premodernas o de aspectos comunitarios, y por tanto una preponderancia bastante modesta al universalismo. Con mayor razón, esta aversión al nivelamiento universalista podría disminuirse en el feminismo radical, en los movimientos de los negros y de los homosexuales, y en otros movimientos generalmente considerado de izquierda (y efectivamente de izquierda, a nuestro parecer, orientados al rescate de comunidades o identidades específicas oprimidas o desvalorizadas). En nuestros cuadros —en las concretas *Gestalten* resultantes del análisis histórico— probablemente prevalecerán las correspondencias entre posiciones de izquierda o de derecha sobre todas y cada una de las dimensiones (piénsese en la ideología jacobina o en la del socialismo marxista, ambas coherentemente proyectuales, igualitarias y universalistas). No sería sin embargo difícil encontrar disonancias, como acabamos de indicar: dada la riqueza de la historia, no es necesario recurrir a casos concretos artificialmente para identificar mezclas muy curiosas.

El segundo comentario está referido al uso que puede ser hecho hoy de nuestras dimensiones, a los fines de un juicio político, de justo-equivocado. Lo que hemos ilustrado son categorías descriptivas, no categorías de juicio: ellas definen los caracteres principales de las oposiciones derecha-izquierda que pueden ser encontradas en la experiencia histórica, pero no nos dicen que es justo o equivocado colocarse, hoy, en un extremo o el otro (o en algún punto intermedio) de nuestros tres ejes. El juicio de justo-equivocado de quien escribe, por ejemplo, se coloca en las partes del centro-izquierda en todas y cada una de las dimensiones: aquello de quien le podría muy bien encontrar en otro lugar. Cerca de la primera dimensión, nosotros creemos que diseños conscientes tienen un papel importante en la historia y deben ser por tanto perseguidos; sin embargo también creemos que la madre de la que está hecha el hombre no es fácilmente enderezable y que efectos imprevistos o perversos, intentos fútiles o dañosos,

no son solamente argumentos de la "retórica reaccionaria" de la que habla Hichman, sino también, en medida no pequeña, lecciones efectivas de la historia. Acerca de la segunda dimensión, nosotros compartimos la incesante presión de la izquierda por extender el principio de igualdad, de igual dignidad individual, en la política, en la sociedad, en la economía. Sin embargo, o también somos conscientes de que la igualdad no es un asunto simple y forzamientos autoritarios por imponerla podrían comprometer de manera inaceptable la libertad, la determinación autónoma de los proyectos de vida; y no es sólo el capitalismo el que requiere esta libertad. Respecto de la tercera dimensión, nosotros esperamos que una identidad universalista de "ciudadanos del mundo" continúe reforzándose, sin romper con esos lealtades o identidades locales: de familia, de comunidad, de nación, de cultura, de género... La variedad y la riqueza cultural de las identidades "locales" no es necesariamente enemiga —en muchos casos, desgraciadamente, hoy lo es— de una más amplia identidad universal.

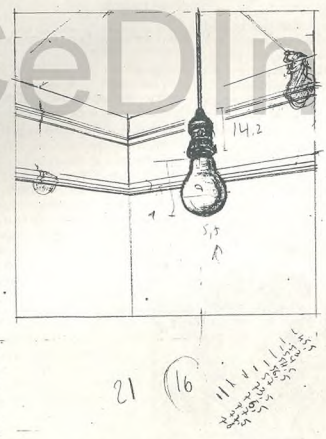
Un nuevo pragmatismo

Estratégicamente no debemos alimentar preocupaciones excesivas por "lo que ha permanecido". Tácticamente sí: el adversario es temible y la izquierda puede sufrir grandes reverses. Pero si es verdad que derecha e izquierda son categorías de análisis de la realidad histórica e instrumentos de valoración política que forman parte integrante del "proyecto moderno", entonces la izquierda está destinada a durar, a resurgir después de todo revés histórico, mientras el diseño de sociedad que nace del Iluminismo y de las grandes revoluciones burguesas mantendrá el cuadro de referencia de nuestra cultura política. Este diseño no ha carecido de desafíos en el curso de los últimos dos siglos y tampoco carece de desafíos ahora: desafíos mortales, contra adversarios que lo negaban y lo niegan de raíz (totalitarismos, integristas, racismos...); desafíos progresivos, que han sido o serán resueltos con incorporaciones de áreas periféricas al diseño originario y por tanto a través de una articulación y de un enriquecimiento del diseño mismo. Pero el diseño originario se ha difundido desde Europa al mundo entero: él es el contraparte en el campo social y político de la mentalidad racionalista y científica a través de la cual el hombre ha dominado las fuerzas de la naturaleza. Ha habido y hay momentos aún en los que la racionalidad instrumental de la ciencia y de la producción se distancia de la "racionalidad social" de la democracia y del reconocimiento de igual dignidad de cada persona: el nazismo y el estalinismo han superado en horror a *Brave New World* y 1984. Nosotros, sin embargo, compartimos todavía la idea de Tocqueville: el principio de igualdad, una vez instalado en el escenario de la historia, está destinado a permanecer. Aun a través de los fracasos; pero no sólo a través de ellos.

Hoy estamos contemplando un trágico fracaso: el fracaso de la más grandiosa manifestación de *hybris* prometeica y cristianista jamás realizada en la historia humana: el comunismo. Un fracaso de izquierda, que parece dar plenamente razón al menos a uno de los argumentos de la retórica reaccionaria recordada por Hirschman (*Jeopardy*) y que justifica todas las preocupaciones de Friedrich Hayek sobre los daños del constructivismo. Un fracaso tanto más grande en la medida en que afecta buena parte de la construcción cultural que había constituido el esqueleto ideológico y científico de la izquierda durante cerca de un siglo, al menos en la Europa continental: el marxismo. Es la elusión de un horizonte para quien se instala en la perspectiva (de izquierda) de una cada vez más extensa afirmación de los principios de igualdad: más allá del mercado, más allá de la propiedad privada —por ahora al menos— no se va. El mismo término "capitalismo", en singular, se debe despojar de aquella connotación negativa que siempre tuvo en la tradición del movimiento obrero europeo y que derivaba de la posibilidad de realización del socialismo, como modo de producción radicalmente distinto y políticamente superior. Existen los *capitalismos*, las singulares variantes de mercados y jerarquías, y la izquierda debe ejercer su presión para lograr una mayor

igualdad y una mayor justicia social en el interior ellos. El derrumbe del comunismo y la crisis profunda de la interpretación marxista de la historia están produciendo en la izquierda una reacción comprensible y saludable. En el plano ideológico y motivacional, una creciente aversión por las grandes ideologías salvíficas, es decir por aquellas que identifican grandes enemigos y grandes objetivos, con la promesa de que, derrotado el enemigo y logrados los objetivos, se producirá un salto epocal en la realización de los valores de izquierda y se saldrá de la prehistoria para entrar en la historia; el mensaje de Hannah Arendt ha sido finalmente recibido. En el plano teórico, una fuerte sospecha de las grandes teorías, de las interpretaciones demasiado coherentes y uniformes, y a la vez, en cambio, una más abierta consideración de la complejidad y de la variedad; en consecuencia, un mayor aprecio por instrumentos teóricos más precisos, pero por esto también más circunscritos y más locales. En el plano de la agenda política, una perjudicial antipatía por objetivos únicos y fuertemente jerarquizados, y a la vez una fuerte predisposición hacia el pragmatismo y el *bricolage*: el espíritu experimental —afrontar los problemas en su variedad, sobre la base de los valores y de los materiales culturales disponibles— parece prevalecer sobre el espíritu de coherencia, en vez de inducir a jerarquizarlos sobre la base de algún diseño unitario.

Esto naturalmente puede crear una gran variedad de izquierdas "locales", en la medida en que son muy distintas las condiciones de los diversos países. Consideremos por ejemplo la modernidad, más específicamente la co-responsabilidad entre los valores y las prácticas sociales en el proyecto moderno: ella siempre ha sido un partecito, aun cuando la izquierda creía tener una gran teoría. Lo es hoy aún más: ¿qué es la izquierda en países que todavía



sí. En el interior de cada país, en toda izquierda "local", no es difícil descubrir tensiones y aporías: la sensibilidad ambientalista puede entrar en conflicto con la cultura industrialista del movimiento obrero; las acciones positivas en defensa de los grupos desfavorecidos contrastan con el universalismo jurídico de la tradición liberal que la izquierda ha absorbido. Nunca como ahora la izquierda se parece a un archipiélago, compuesto por islas muy distintas.

Gobernar la modernidad

"Hay mucha confusión bajo el sol"; la situación es excelente". No se ve en efecto porque el pragmatismo y el *bricolage* deban llevar a resultados peores que la gran ideología y la gran teoría. Demandas de igual dignidad, para individuos y para grupos, nacen espontáneamente en cada situación "local": la marcha será sostenida, a veces excitante, y en otras oportunidades se transformará en una retirada. En ocasiones la marcha será en un orden disperso, con distintas izquierdas que se mueven en diversos frentes; a veces, en cambio, muchas izquierdas locales se moverán conjuntamente en el mismo frente.

Por largos períodos y en muchas situaciones locales a la vez, un frente determinado resulta un hecho dominante. En el primer siglo de la izquierda moderna, desde la revolución francesa hasta la segunda mitad del siglo pasado, en Europa ha sido dominante el problema de la democracia política, con la izquierda empeñada en reclamar una continua extensión y la derecha buscando obstaculizarla. Este problema no estaba acompañado por solución alguna; y se convirtió en predominante la "cuestión social", el gran tema que ha polarizado derecha e izquierda desde fines del siglo pasado hasta hoy. En ambos frentes, durante dos siglos, la izquierda ha obtenido grandes éxitos: derechos civiles y políticos, relaciones industriales reguladas, estado de bienestar y derechos sociales. Y los ha obtenido —así argumentaría la tesis pragmatista— porque el proyecto moderno legitimaba los valores de la igualdad sobre la base de los cuales combatiría y porque las mismas fuerzas del desarrollo económico y de la modernización producían poderosas "piernas sociales" con las cuales aquellas demandas marchaban. Según esta interpretación, el hecho de que las demandas de igualdad de las capas obreras se hayan encontrado, en la Europa continental, con la ideología escatológica del socialismo y con la gran teoría del marxismo no ha agregado nada (y acaso le haya hecho perder algo) a su probabilidad de éxito: los derechos sociales se habrían obtenido lo mismo, y acaso aun antes.

Estas es una tesis extrema y sea como fuere no verificable. De la visión "pragmatista" permanece un mensaje. Los problemas a los cuales la izquierda propone soluciones no son el fruto de invenciones de la izquierda, y sobre todo ella no inventa las fuerzas que puede poner en acción. Existen tendencias históricas y culturales profundas, encadenadas por el proyecto moderno, que siempre proponen problemas sobre los cuales la izquierda tendrá algo que decir, y sobre los cuales siempre se encontrarán fuerzas sociales prontas a combatir. Existirán fases dominadas por grandes problemas epocales como, en aquellas a las cuales hicimos referencia, y a la vez fases de variedad y diferenciación. Fases en las cuales del bagaje cultural de la izquierda saldrán propuestas ampliamente compartidas y fases en las cuales los ingredientes de nuestras tres dimensiones se mezclan, en proporciones muy distintas, en diversos contextos; o bien —en el mismo contexto— pedazos de la izquierda entran en conflictos entre sí. Pero un temor debe ser "estratégicamente eliminado": que la época de la izquierda ha concluido. □

Notas

- ¹ Tomado de *El mulino, marxismo*, 1993. Tradujo Jorge Tala.
- ² El título del artículo —que es el mismo del segundo libro de la Fundación Rosselli de Turin entre el 3 y 5 de diciembre de 1992, para el cual esta contribución ha sido pensada originalmente— juega naturalmente con las ambigüedades de los significados "¿qué es la izquierda?", "pero también '¿qué ha permanecido?'".
- ³ Albert O. Hirschman, *Retóricas de la intransigencia*. México, FCE, 1992.
- ⁴ John Rawls y Robert Nozick son los autores de dos libros ahora clásicos: *Teoría de la justicia*, México, FCE, 1981, y *Anarquía, estado y utopía*, México, FCE, 1988.
- ⁵ Marshall Merman, *Todo lo sólido se desvaneció en el aire*, Madrid, Siglo XXI, 1988, que hace suyo un célebre pasaje del *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels.

sociedad

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES (UBA)

La democracia latinoamericana: entre la ineficiencia y la pobreza

Motores de América Latina
Alain Touraine

Revisando el camino: las apuestas de la democracia en Sudamérica
Juan Carlos Prigioni

Desempeño político y autoritarismo en el Perú
Julio Cordero

Violencia: insalubridad y crisis en una democracia consolidada
Ana Aznar

Los partidos políticos y el gobierno de la crisis en Argentina
Iliana De Riza

Nuevas democracias. ¿Qué democracia?
Francisco Weffort

Notas de investigación • Textos
Resúmenes • Revisiones • Informaciones

2

ISSN 0277-7112 - MAYO DE 1993 - \$ 10

Imágenes mediáticas

Mujeres en el escenario político

De los brillos del show a la perfección doméstica, los estereotipos en torno de la mujer política no dejan de convocar al debate, aún pendiente, sobre la cuestión de la representación, política y mediática.

Leonor Arfuch

"Robustas, aros inmensos, escotes provocadores, collares de falsas perlas y labios carnosos. Estilizados, enfundados en lycra negra y mecidos al ritmo de Patricia Sosa. Elegantes, en tailleurs de colores cálidos y con teléfono portátil en sus manos o en las de sus secretarías ambulantes. Los estilos particulares de las mujeres menemistas quedaron de lado y ellas estallaron unívocamente al grito de "que lo tiren a la hinchada" cuando él, el presidente Carlos Menem, subió al palco y abrió sus brazos para abrazarlas a todas. Ustedes saben bien que la preocupación fundamental de mi vida fueron siempre las mujeres, las de Latinoamérica, las de América, las del mundo...". admitió. Ya no hacía falta, pero aclaró: "Las quiero a todas. A las peronistas. A las no peronistas. A las que están en política y a las que no están en política. Las quiero mucho". (Página 12, 22/10/92)

Acechoando en las pantallas, en la gráfica, en la radio, el espectáculo de la política no da tregua. Cada vez más lejos de las retóricas tradicionales, sus sentidos se construyen en una dispersión de géneros donde la información, el humor, el show y la ficción refuerzan su mutua equivalencia. La mezcla, la subversión de jerarquías, hace difícil distinguir entre el acontecimiento y el rumor, entre el teatro y la investigación, entre el político y su doble televisivo.

Si la mediatización de la política es un fenómeno mundial, en nuestro medio deja fuera de escala toda sorpresa. Aquí, el espectáculo político debilita incluso el efecto revulsivo del humor, es ya su propia parodia.

La neta distinción del Ancien Régime entre la cour et la ville parece reproducirse cada día en la pantalla: sordos, insensibles, inmunes al clamor, sin poder por los escenarios fastuosos que los rodean ni por el derroche de los bienes públicos, los funcionarios hablan en el vacío o se apresuran a escapar hacia la puerta salvadora, ante el asalto de eternos demandantes y entremetidos micrófonos periodísticos.

¿Qué papel tienen las mujeres políticas en esta trama? ¿Cuáles son las modalidades de su representación massmediática? ¿Qué condición de posibilidad encuentran ciertos enunciados, al más alto nivel gubernamental? La cita paródica del comienzo, un ejemplo entre tantos, puede ayu-

dar a preguntarse sobre usos discursivos que no por obvios o caricaturescos deban tomarse como algo natural.

Políticas de la seducción

La confrontación de la diferencia sexual en la escena política de los medios (como por otra parte, en todo espectáculo), pasa ante todo por el cuerpo. El cuerpo de la mujer no es algo "dado", una mera alusión visual o verbal, es primer plano, portada, narración. A un posible detalle respecto de la estética masculina, se contraponen, tratándose de mujeres, una suerte de hiperrealismo descriptivo que abarca diversos órdenes de la vida, un afán clasificatorio respecto del "tipo" de mujer en cuestión.

Ese empeño exhaustivo, asumido incluso por las propias protagonistas, no hace sino poner de manifiesto la dificultad intrínseca de la representación de "la mujer" como un colectivo de identificación, que parece insistir incluso en toda descripción particular: ¿Irrepresentable como imagen de síntesis, su "quintaesencia" se expresaría en imágenes de una femineidad convencional, de poses dramatizadas, donde algunos han creído encontrar la marca recurrente de la histeria-2 cuyo modelo canónico exalta la publicidad. Cuerpo estetizado por la borradura de lo vivencial, ícono de sí mismo que ha triunfado absolutamente en la política y no sólo en lo que respecta a la mujer.

El concepto psicoanalítico de "mascarada" es pertinente para aludir a esa tendencia a la mostración de una femineidad exacerbada, con su correlato de coquetería y seducción, que ciertas mujeres políticas ponen en escena y que suele marchar en paralelo con el intento de legitimación de su propia competencia profesional a través de una obsesiva tematización programáti-

ca o técnica. De esa máscara que no oculta nada, de esa femineidad equivalente a su representación, tenemos una larga experiencia mediática donde el cine también ha dejado huellas indelebles.

Complementariamente a las reglas del show, y quizá porque la política se presenta como la esfera más cerradamente masculina, la mujer política, aun cuando insista en la especificidad de su hacer, rara vez logra evitar la confrontación con la otra escena, "natural", de su vida doméstica.

Así, junto al rol canonizado de esposa y madre aparece el de hija real o figurada, otro de los modos de habilitación de la mujer a través o a partir de la figura masculina. Si el relato del comienzo puede hacernos sonreír por eso de que la realidad supera a la ficción, no deja de reafirmar uno de los dispositivos de poder más netos en relación al género: es el hombre quien permite, tolera, autoriza, da la palabra, cede un lugar, sin dejar de reservarse para sí el sitio principal.

En torno de la representación

Desde esa óptica, el mentado "gabinete de las mujeres", cuyo despegue iniciático narra el fragmento aludido, no podía ofrecer sino un simulacro de representación, una vaga instancia de contralor próxima a la vigilancia sobre los precios, los hijos o los impuestos, incumbencias ya clásicas para la mujer en estas latitudes.

Consecuentemente, el problema de la participación de las mujeres en las listas partidarias no se resuelve solamente con el cupo, pese a su importancia, sino que tiene que ver fundamentalmente con el carácter de esa representación. ¿A quiénes representan las candidatas mujeres? ¿De qué tipo de demandas se hacen cargo? ¿Qué lugar relativo defienden en la arena política? Si no se podría esperar que se ocuparan solamente de reivindicaciones de género (esta discriminación replicaría la tesis de la división "natural" de las tareas en el ámbito doméstico) tampoco deberían ignorar la necesidad de pensar políticas de la identidad.

En efecto, asumir un lugar de representación política como mujeres requeriría una reflexión sobre esa condición, una revisión crítica de los estereotipos, una no aceptación celebratoria de lugares de desvalorización, aun simbólicos. Los enunciados que encabezaban este artículo pueden leerse no sólo como la irrupción de una impronta personal en la gestión de gobierno sino también como la emergencia del discurso social, seguramente no hegemónico, pero que señala tanto la obediencia de la creencia como la necesidad de un debate aún no

librado en la sociedad, sobre el funcionamiento real de la democracia, de la representación, de los derechos, y en ese marco, de la participación de las mujeres en la vida política.

Frente a la corte presidencial, a "las muchachas menemistas" tradicionales o modernas, a las polifuncionarias que encuentran más lucrativos los negocios públicos que las oscuras militancias partidarias, aparecen en la escena mediática otras mujeres cuyo cuerpo no alcanzamos a percibir como individualidad, que más estamos tentados de identificar con el cuer-

po social, lejos de las máscaras de la femineidad, con un rostro donde, contrariamente, se inscriben los castigos de la vida, un rostro que aparece sin los datos de una biografía, un rostro que, como diría Lévinas, "es sentido en sí mismo".

Un abismo separa estas dos imágenes, cuya relación sin embargo es de mutua implicación.

Mientras nos distraemos en el devenir feliz de los famosos, en sus hábitos, sus sentimientos, sus consumos, mientras presenciamos la exhibición obscena de sus fantasías, su vida privada transformada en dominio público, lo que es realmente público, bienes, servicios, decisiones, queda oscurecido en los laberintos de las meditaciones, en la maratón de los trascendidos y desmentidos, en el fluir loco de la noticia que ya es pasado en el momento mismo de su enunciaci6n.

La clásica oposición entre razón y sentimiento consagra a esta última esfera como el reino por excelencia de la mujer, que es otra de las maneras de afirmar la diferencia en la desigualdad. Entre las múltiples tareas a cumplir desde una arena política deslindada de la corte, mujeres con verdadera voluntad de representación, que también las hay pese a tener muy poca prensa, podrían contribuir a afinar una nueva sensibilidad, que más allá de las oposiciones binarias y de género, remplace al actual reinado de la sensiblería, a ese gesto grandilocuente y vacío que encubre peligrosamente la más absoluta indiferencia.

Notas

¹ Este trabajo es la síntesis de una ponencia al II Coloquio Interdisciplinario de Estudios de Género, Foro Interdisciplinario de Estudios de Género, CEA, 21/10/1992.

² Este tema fue abordado por PAOLA DI CORI en: "Rappresentare il corpo e la sessualità. Un problema teorico nella storia e nella politica delle donne" in *La Sfera pubblica femminile*, Univ. di Bologna, Clueb Editrice, 1992 y en *La donna rappresentata*, Roma, Ediesse, 1993.

³ KELLY, MARY "Re-presenting the body: On Interior Part I", in JAMES DONALD Ed., *Psychoanalysis and Cultural Theory: Thresholds*, London, Macmillan 1991. La autora compra ciertas imágenes canonizadas de mujeres en la publicidad gráfica con las célebres poses de las histerias de Charcot.

⁴ El concepto de una femineidad no esencialista pertenece a Joan Riviere, paciente de Freud y analista ella misma, y fue planteado en "Womanliness as a masquerade" primera publicación, 1929, reproducido recientemente en *Formations of Fantasy*, V. Burgin comp. London/New York, Methuen, 1986.

